



Novela
corta española
(entre los siglos XIX y XX)

SELECCIÓN, PRESENTACIÓN Y NOTAS:
Benjamín Barajas

TEXTOS ^{en} RO
TA
CIÓN



La colección Textos en Rotación
espera facilitar los encuentros,
en algún punto de la espiral,
entre autores y lectores de diversas
épocas y géneros discursivos, cuyo
epicentro sea el corazón vibrante de la
obra escrita.



ISBN: 978-607-30-6606-8



~Novela Corta Española~
(entre los siglos XIX y XX)

*Juan de Mairena, que murió en
los primeros años del siglo XX,
mantuvo hasta última hora su fe
ochocentista, pensando que los siglos
no empiezan ni terminan con la
exactitud cronológica que fuese de
desear, y que algunos siglos como
el suyo, bien pudieran durar siglo
y medio.*

Antonio Machado

Barajas, Benjamín. *Novela corta española (entre los siglos XIX y XX)*; - México: UNAM, CCH, 2023, 290, pp.

ISBN volumen: 978-607-30-6606-8

ISBN obra completa: 978-607-30-3281-0

Primera edición: abril de 2023.

D.R. © UNAM 2023 Universidad Nacional Autónoma de México,
Ciudad Universitaria. Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510, CDMX.

ISBN volumen: 978-607-30-6606-8

ISBN obra completa: 978-607-30-3281-0

Edición no venal

Esta edición y sus características son propiedad de la UNAM.
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier
medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos
patrimoniales.

Impreso y hecho en México - *Printed in Mexico.*

NOVELA CORTA
ESPAÑOLA
(ENTRE LOS SIGLOS XIX Y XX)

SELECCIÓN, PRESENTACIÓN Y NOTAS:
BENJAMÍN BARAJAS

RO
TA
CIÓN
TEXTOS ^{en}



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
ESCUELA NACIONAL COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES

Índice

Presentación	9
El último pecado, <i>Juan Valera</i>	13
Fin de una novela, <i>Pedro Antonio de Alarcón</i>	29
Tropiquillos, <i>Benito Pérez Galdós</i>	45
En las cavernas, <i>Emilia Pardo Bazán</i>	67
Zurita, <i>Leopoldo Alas "Clarín"</i>	131
Medicina rústica, <i>Silverio Lanza</i>	187
La devoradora, <i>Vicente Blasco Ibáñez</i>	235

Presentación

La novela corta es una propuesta narrativa heredera de las formas tradicionales vinculadas con el relato en cadena, cuyos ejemplos se remontan a *Las mil y una noches*, *Calila y Dimna*, el *Libro de buen amor* del Arcipreste de Hita, el *Decamerón* de Giovanni Boccaccio, *El Quijote* y las *Novelas ejemplares* de Miguel de Cervantes, entre otros ejemplos.

En el siglo XIX, frente al auge de la narrativa folletinesca, o “por entregas”, los narradores remiten a los periódicos y revistas relatos con un cierto grado de autonomía, aunque pertenezcan a una constelación mayor y, bajo este principio, se empiezan a desgajar las porciones de obras cortas que no alcanzan la magnitud del universo novelístico a la altura de *Guerra y paz* de Tolstói o *Los Hermanos Karamazov* de Dostoievski, y semejan, para continuar con la metáfora interplanetaria, a los meteoros equidistantes del cuento clásico.

Los especialistas del tema suelen ubicar en Alemania el nacimiento de este subgénero moderno de la narrativa; la suelen llamar *novellen* o en su variante francesa *nouvelle*, y a esta primera aproximación genérica añaden un conjunto de detalles

estructurales vinculado al desarrollo parcial de los temas, la velocidad de las descripciones, el bosquejo de los pocos personajes y, todo ello, contrapuesto a la profundidad acostumbrada en las obras narrativas de mayor calibre.

Sin embargo, el conflicto de fronteras entre el cuento, la novela corta y la de mayores proporciones se convierte en una cuestión de predios que no están bien delimitados, por lo que siempre será importante echar una mirada más allá del texto para pensar un poco en los intereses de los lectores. La novela corta será entonces un apetitoso gajo de la epopeya, que procede de la grandeza y aspira a encarnarse en ella, pues en muchos casos es una puerta de entrada a las obras de mayor calado, como ocurre en esta breve selección de narradores españoles de los siglos XIX y XX. Aparecen aquí, en orden cronológico, *El último pecado* de Juan Valera; *Fin de una novela* de Pedro Antonio de Alarcón; *Tropiquillos* de Benito Pérez Galdós; *En las cavernas* de Emilia Pardo Bazán; *Zurita* de Leopoldo Alas “Clarín”; *Medicina rústica* de Silverio Lanza y *La devoradora* de Vicente Blasco Ibáñez.

La presente antología tiene como propósito impulsar la formación de los potenciales lectores y también motivar los futuros asedios a algunas obras maestras de la literatura española de este periodo, ubicado entre dos centurias, cuyas divisiones temporales no siempre

corresponden a la extensión de los movimientos sociales y estéticos.¹

Y justamente, en la era decimonónica florecen la teoría de la historia, la sociología, la psicología, las ciencias mecánicas y naturales, pero además, en este mundo universalmente provinciano, emerge la ruptura con el tiempo moroso en pro de la velocidad, que habrá de ser un elemento aglutinador de las vanguardias literarias de comienzos del siglo XX.

En consecuencia, si cambia la concepción mental del tiempo, también se transforma la manera de leer, sin que esto suponga un estilo que anule al otro. Per vive el lector memorioso de *En busca del tiempo perdido*,

¹ Sobre la imposibilidad de encerrar el tiempo en cifras aritméticas, escribió Antonio Machado, en voz de su personaje Juan de Mairena, esta frase imprescindible: “Juan de Mairena, que murió en los primeros años del siglo XX, mantuvo hasta última hora su fe ochocentista, pensando que los siglos no empiezan ni terminan con la exactitud cronológica que fuese de desear, y que algunos siglos, como el suyo, *bien pudieran durar siglo y medio*. Mairena no alcanzó la guerra europea, que él hubiera llamado *el gran morrón de la gran centuria*; ni el triunfo y boga de la obra de Bergson, ni el documento póstumo más interesante del ochocientos, la novela de Marcelo Proust, *A la recherche du temps perdu*, donde aparece, acaso por última vez, *l'enfant du siècle* pocho y desteñido, perdida ya toda aquella alegría napoleónica de burguesía con zapatos nuevos y toda la nostalgia romántica que en él pusieron Balzac y Stendhal, Lamartine y Musset. *Voilà enfin* -hubiera dicho Mairena- *un vrai fin de siècle*. En este hombrecito, sobre todo, que narra la novela proustiana, hubiera sentido Mairena, con los últimos compases, los primeros motivos de la melodía del siglo. Porque se trata, en efecto, de un poema romántico en la tal novela a la manera decadente, un poema en que se evoca una juventud desde una vejez. *Le temps perdu* es, en verdad, el siglo del autor, visto como un pasado que no puede convertirse en futuro y que se pierde, irremediablemente, si no se recuerda.” [https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/juan-de-mairena-sentencias-donaires-apuntes-y-recuerdos-de-un-profesor-apocrifo-984410/html/31f37e64-e310-4df6-86f8-599db3e883c0_2.html]

junto al que disfruta de las construcciones mágicas de Apollinaire y los futuristas italianos. Así, el lector de obras cortas, encadenadas o no, es parte de las transformaciones que habrán de modificar la concepción del mundo en las décadas venideras.

Benjamín Barajas Sánchez

El último pecado

El último pecado

Juan Valera¹

(1824-1905)



I

El señor don Emilio Cotarelo es un erudito de notable ingenio y de muy buen gusto, a quien debemos estar agradecidos y dar grandes alabanzas los aficionados a la amena literatura y a todas las artes de la palabra. Sus libros nos maravillan por la diligencia y el tino con que el autor ha sabido recoger noticias. Sus libros enseñan mucho y deleitan más. Natural es que sean leídos, comprados y celebrados.

Los ha compuesto ya el señor Cotarelo sobre don Enrique de Villena, sobre el conde de Villamediana y sobre el gran poeta Tirso. Pero lo que ahora me mueve a hablar de este escritor es la serie de estudios que está publicando sobre actores y actrices del siglo pasado. Ya han salido a luz la vida de la divina María Ladvenant, y más recientemente la vida de *La Tirana*. Ambas obras

¹ **Juan Valera** (1824-1905), narrador, ensayista, dramaturgo y diplomático español, cuya obra cumbre fue la novela *Pepita Jiménez*.

tienen mayor interés que las novelas, y más que novelas parecen intrincadas selvas de aventuras, lances y casos raros. Al leerlos, no podemos menos de exclamar casi con envidia: ¡Vamos, vamos, no dejaban de divertirse nuestros morigerados² abuelos!

Y lo que es para mí el mayor mérito que tienen los libros de que voy hablando, es ser muy *sugestivos*. El autor no cuenta ni afirma nada sin probar su exacta verdad con documentos fehacientes. Quedan, pues, por contar o apenas indicados entre renglones, mil sucesos importantes y ocultos, los cuales explican o pueden explicar otros cuyas causas no vislumbramos, porque el señor Cotarelo, como historiador severísimo y veraz, tiene que dejarnos a media miel, sin decir como cierto lo que no está evidentemente demostrado, aunque se presume y haya acerca de ello rastros e indicios. Siguiéndolos, voy a permitirme yo poner aquí algo muy importante de la vida de *La Caramba*, que el señor Cotarelo, por virtud de su severidad histórica, no ha podido menos de dejarse en el tintero, tal vez a pesar suyo.

² Morigerados: bien criados, de buenas costumbres.

II

El 8 de septiembre de 1785, día en que celebra la iglesia la Natividad de la Virgen Santísima Nuestra Señora, en vez de acudir al templo a rezar sus devociones, la desenfadada María Antonia Fernández bajó a pasear en el Prado, a provocar a los galanes y a escandalizar, según tenía de costumbre. Estaba en lo mejor de su edad, como sol que culmina en el meridiano; famosa por sus conquistas y celebrada por su gracia, por su primor en el vestir, por su gallardo cuerpo, por su andar airoso y por su marcial y bulliciosa desenvoltura. Iba aquel día bizarramente ataviada; brial³ de raso azul, justillo recamado de seda y oro y bien peinada la negra y undosa mata de pelo, sujeta en rodete en lo alto de la gentil cabeza por rascamoño de oro, lleno de piedras preciosas.

Completaban su tocado el lindo adorno que ella inventó y al que dio su nombre de guerra, llamándole *La Caramba*, y una mantilla blanca de preciosa y ligera blonda de Almagro.

De repente se obscureció el cielo; se levantó terrible tempestad; el aire silbaba y formaba remolinos; deslumbraban los relámpagos, y los truenos espantosos ensordecían y aterraban. Se abrieron luego las nubes y abundante lluvia, un verdadero diluvio empezó a caer

³ Brial: vestido de seda u otras telas.

sobre la tierra. No había coche ni silla de manos en que irse, y María Antonia Fernández, alias *La Caramba*, se refugió en la iglesia de Capuchinos del Prado, donde se celebraba en aquel momento una solemne función religiosa. Predicaba fray Atanasio, predicador tan elocuente como severo. El horror de la tempestad, que continuaba y crecía, las frases tremendas con que el padre fustigaba los vicios y con que describía las penas eternas que Dios justiciero les impone y tal vez asimismo el devoto cuadro de Lucas Jordán, que en aquella iglesia se parecía, representando a la Magdalena a los pies de Cristo, todo compungió por tal arte a la bella pecadora, penetrando en sus entrañas como agudas saetas de fuego, que se llenó de atrición⁴ y aun de contrición,⁵ sintió que el Altísimo la llamaba a sí y como por milagro quedó convertida.

María Antonia Fernández no volvió a pisar las tablas; hizo desde aquel punto vida retirada y ejemplar; y la amargura de su arrepentimiento tardío, las duras mortificaciones con que se castigó ella misma y la vergüenza y el profundo pesar que el recuerdo de sus pecados le causaba, acabaron pronto con la salud de su cuerpo, concediéndole en cambio la salud del alma.

Todo esto es perfectamente histórico, notorio y sabido entonces en Madrid, y recordado ahora con

⁴ Atrición: “Arrepentimiento por miedo del castigo eterno y por vergüenza del pecado que se experimenta al haber ofendido a Dios.”

⁵ Contrición: “Arrepentimiento por haber obrado en desacuerdo con la voluntad de Dios y propósito de no volver a actuar mal en adelante.”

puntualidad por el señor Cotarelo. Lo que voy a referir como apéndice es lo que generalmente se ignora.

III

Cualquier pecado mortal es abominable, pero cuando el pecado no contamina a ningún sujeto inocente y puro y no le aparta de la senda de la virtud, su malicia es mucho menor que cuando extiende su pernicioso influjo sobre criaturas humanas, y cuando todo lo inficiona y corrompe. María Antonia Fernández, aunque arrepentida y llorosa, tenía el consuelo de no haber pecado nunca en este segundo sentido. Cuantos habían caído en sus redes y habían sido con ella pecadores, estaban pervertidos muy de antemano, de modo que ella no agostó ninguna virtud en flor, ni remedando al demonio robó ángeles al cielo para llevárselos consigo. A María Antonia no remordía la conciencia, sino de su propia perdición y no de haber procurado la ajena.

Sólo en una ocasión se mostró ella propicia a cometer tan doble y feo delito, pero se frustró y quedó en conato, gracias a la entereza de un sujeto, y sobre todo, gracias a la misericordia divina. Con horror recordaba *La Caramba* aquel caso.

El duque de Campoverde, a quien llamo así para ocultar su verdadero título, protegía y albergaba en su casa a un sobrino suyo, tan ilustre como pobre, llama-

do don Jacinto de la Mota, gallardo mancebo en la florida edad de veinticuatro años, elegantísimo, discreto y agradable por todo extremo. Y lo más singular y raro que en él había era su espiritual e inmaculada limpieza. No pocas damas desafortunadas tenían el descoco de reír y burlar sobre su condición arisca, apellidándole el nuevo Hipólito y tal vez sintiendo el prurito de remedar a Fedra con mejor éxito y ventura.

El duque, viejo alegre y algo librepensador, y dos amigos suyos, muy curtidos y versados en aventuras ligeras y galantes, mortificaban de continuo a don Jacinto, ridiculizando su honesto recato y urdiendo tramas y buscando ocasiones peligrosas en que de todo punto le perdiese.

Conjurados para tan inicuo fin, buscaron el poderoso auxilio de *La Caramba*. Hubo una cena, a la que asistió don Jacinto, ignorando lo que iba a haber en ella, y le sentaron al lado de la seductora actriz, bella como nunca aquella noche, con leves y casi transparentes vestiduras, y adornados sus brazos y su desnuda y cándida garganta con ricos brazaletes y espléndido collar de perlas.

Pasaré aquí de largo, a fin de que nadie tilde de licencioso este escrito, sobre las infernales artes con que *La Caramba*, industriada por los tres libertinos, excitado su amor propio, anhelante de la victoria, y prendada además de la gallardía e inocencia del casto mozo, se esforzó por avasallarle y rendirle a todo su talante. Don Jacinto estuvo más firme que una roca;

eclipsó casi la memoria del hijo predilecto del patriarca Jacob, todo ello con tal dignidad y tan sin melindres ni remilgos, que la risa y la chacota que el tío y sus dos amigos empezaron a mostrar, hubo pronto de trocarse en admiración y respeto. Desde entonces dejaron tranquilo al mozo, sin fastidiarle y sin embromarle más con disolutas disertaciones e impuras acechanzas.

Lo que resultó de este frustrado delito, del que no pudo menos de tener noticia la sociedad elegante y aristocrática de Madrid, fue la fama casi de santidad con que resplandeció don Jacinto, a quien se dieron a reverenciar las señoronas devotas, citándole como modelo. Y resultó también, y este fue más profundo resultado, un alto aprecio, una amistad sublime y una extraordinaria gratitud en el generoso corazón de la mujer desdeñada. Porque el mozo, al rechazarla con energía, no faltó en lo más mínimo a cuanto cumple a todo cortés caballero, y nada dijo ni hizo que exacerbase el desdén y que pudiera ser considerado como injuria. Antes bien, con dulces y piadosas palabras suavizó lo agrio del desvío, y vertió en la herida que acababa de abrir bálsamo celestial de consuelo.

Con tal eficacia penetraron en el centro íntimo del alma de María Antonia Fernández estos sentimientos delicados, que me atrevo a sospechar que predispusieron a aquella mujer para que a poco, estimulada por la tempestad, por el sermón elocuentísimo del padre Atanasio, y hasta por la pintura de la Magdalena, se obrase de súbito su conversión milagrosa. Aquellos

nobles sentimientos fueron como abejas, que empezaron por clavar sus punzantes aguijones en el pecho de *La Caramba*, y después labraron en su centro panal suave de místicas flores.

Lo cierto es que María Antonia y don Jacinto quedaron amigos y que la amistad hubo de estrecharse no bien se convirtió María Antonia. Nadie la veía ni en paseos, ni en teatros, ni en toros, ni en verbenas y veladas. Iba sólo a las iglesias, humildemente vestida con basquiña⁶ y negro manto de beata. Sólo un hombre, además de su confesor, hablaba ya en ocasiones con ella. Este hombre era don Jacinto. Ora se hablaban en la misma iglesia de Capuchinos, donde fue la conversión de ella y donde ambos solían asistir; ora acudía él a casa de la actriz, si bien con prudente recato para evitar la maledicencia.

No podía ésta tener el menor fundamento, pero la malicia humana levanta en el aire castillos de torpes embustes y conviene evitar que la malicia los levante y se haga fuerte en ellos.

María Antonia Fernández se sentía atraída hacia don Jacinto por un afecto angelical y todo del espíritu, y se lisonjeaba, además, de que afecto no menos puro impulsaba a don Jacinto a venir a visitarla.

Sus pláticas eran edificantes y propendían a lo místico; pero María Antonia distaba mucho de caer ni de

⁶ Basquiña: “Falda femenina de color negro y larga hasta los pies que generalmente forma parte de un atuendo tradicional o rural.”

tropezar siquiera en el error de los *alumbrados*. Para precaverse, leía con frecuencia los *Desengaños*, del padre Arbiol. Y por otra parte, si algo había en su mente y en su corazón de que, después de examinarlo, su conciencia pudiera tener escrúpulos, era un leve asomo de complacencia al imaginar o al notar que, si no había triunfado pecaminosamente de aquel mozo por los sentidos, había logrado elevar su alma ya purificada hasta el alma de él, enlazándolas con amistoso y casto lazo.

Aquel nuevo género de vida daba al espíritu de María Antonia grata paz y regalo; pero la austera crueldad con que trataba ella su cuerpo, los ayunos, las largas vigili-⁷as, el cilicio con que maceraba su carne, y acaso la dura disciplina con que se atormentaba en su más secreto retiro, quebrantaron tanto su salud, que cayó gravemente enferma, y estuvo, durante tres meses, postrada en el lecho y a punto de exhalar el último suspiro.

La ciencia de un buen médico y el cuidadoso esmero de su criada Juana, lograron conservar su vida y devolverle la salud.

Durante la enfermedad y más aún en la convalecencia, en voz baja, al oído, tiñéndose sus pálidas mejillas de leve color de rosa, preguntaba ella con frecuencia a Juana:

—¿Ha venido a saber cómo estoy? ¿No le has visto? ¿No ha hablado contigo?

⁷ Cilicio: “Faja con cerdas o púas que se lleva ceñida al cuerpo como penitencia o mortificación.”

Contrariada y afligida Juana, tenía que confesar que don Jacinto no había parecido por aquella casa; no había enviado, al menos a un criado, a informarse de cómo estaba la enferma.

Por último, *La Caramba* supo una novedad imprevista. La marquesa viuda de Montefrío, prendada de las virtudes de don Jacinto, y después de oír los consejos e informes del padre Atanasio, su confesor, había decidido tomar a don Jacinto para yerno, casándole con su hija, la marquesita, heredada ya y señora de una renta anual de más de veinte mil ducados. Se afirmaba que la marquesita era fea y tonta; pero prevaleció la razón de estado; todo se concertó pronto y bien, y don Jacinto de la Mota era ya rico y marqués de Montefrío.

IV

Honda melancolía se apoderó del alma de María Antonia. Y, sin embargo, ella se esforzaba por disculpar a su amigo. El matrimonio, pensaba, no es para santificar por medio del Sacramento el deleite y la satisfacción de una pasión amorosa; es, en todos los que le contraen, para cumplir con una obligación y servir a Dios en aquel estado; y es, además, en los nobles, para conservar y perpetuar el lustre y decoro de sus familias, y sus apellidos y títulos, gloria y ejemplo de la patria

e inmediato sostén de las bien concentradas monarquías. Así se explicaba María Antonia que don Jacinto, severamente, sin amor y en cumplimiento de deberes impuestos por su nobleza, se hubiese al fin casado.

Esto discurría para disculpar a su amigo, pero se afligía de no verle, de no conversar con él y de la soledad y del abandono en que la había dejado.

En medio de su pena, pudo tanto aún la briosa mocedad de María Antonia, fortalecida por el modo de vivir, menos duro y penitente que su larga convalecencia le había impuesto, que vino al cabo a encontrarse de nuevo sana y hermosa.

Vehemente deseo de volver a ver a don Jacinto dominó entonces su alma. Sin dejar su humilde traje de beata, pero, con extremada, pulcra e inconsciente diligencia, peinado el undoso cabello y acicalada toda su gentil persona *La Caramba* acudió de diario a rezar en la iglesia de Capuchinos y a pasar allí largas horas.

No se confesaba, no quería confesárselo; pero tal vez recelaba con miedo que no era sólo la devoción la que allí le llevaba, sino también la esperanza de volver a ver a don Jacinto.

Y la esperanza se cumplió. María Antonia volvió a verle; mas, ¡ay, cuán diferente del que antes era! Había descendido de un coche lujoso y llevaba al lado a la señora marquesa, su mujer, muy engalanada y muy fea.

María Antonia cerró involuntariamente los ojos para no ver aquello; y para no ser vista, se echó muy a

la cara el manto y se arrimó a la pared en el lugar del templo que le pareció más sombrío.

María Antonia volvió, no obstante, a la iglesia de Capuchinos. No deseaba ya ver a don Jacinto en compañía de la marquesa. Deseaba verle solo y hablarle. Tardó en cumplirse su deseo, mas se cumplió por último.

Don Jacinto, saliendo de la sacristía, atravesó el templo. Ella le vio y salió antes que él y le aguardó a la puerta entre varios mendigos que pedían limosna. La palidez limpia y mate de su rostro tenía soberano hechizo y sus negros y rasgados ojos brillaban como dos soles de luto.

Iba tan distraído el flamante marqués que no reparó en ella, hasta que al ir a pasar la tocó con el hombro. Viola entonces y se paró, encarnado como la grana.

—¡Ingrato! —exclamó ella—. Te aguardaba aquí para cerciorarme de que no me has olvidado del todo y para pedirte la limosna de una mirada y el favor y la honra de que te dignes hablarme todavía.

—Estoy casado —dijo él; y en el tono con que pronunció aquellas palabras, se mostraba el temor de que alguien le viese con ella.

Don Jacinto, con todo, parecía más mundano y menos timorato que de soltero. Se diría, y ella lo sospechó de repente, que don Jacinto casi había desechado su mojigatería,⁸ logrado ya el fin principal que le había

⁸ Mojigatería: moralidad exagerada.

movido a tenerla. María Antonia, por primera vez después de su conversación y olvidada de su conversión, le dirigió entonces una mirada larga, fogosa, dulce y llena de promesas. Aproximando luego su rostro al de él, hasta el punto de que penetró por su boca y por sus narices el aliento de ella, dijo ella quedito y con desmayada dulzura:

—Ven de noche a casa. Nadie te verá y no lo sabrá nadie.

Enseguida María Antonia le volvió la espalda y se apartó de aquel sitio.

V

Salieron a relucir las galas y las joyas que se custodiaban en el fondo del arca. María Antonia no parecía ya la penitente. Estaba vestida, hartamente vestida, como en la noche de la tentación y de la cena. Había vuelto la espalda a Dios y dándose de nuevo al diablo. Estaba perfumada su estancia, y lucían en ella los primorosos presentes de sus antiguos amadores y el lujo de la plata labrada.

Don Jacinto no dejó de acudir a la cita. Era ya otro hombre. Había desechado la máscara del misticismo. Hasta el recuerdo de la fealdad y, de la tontería de su consorte estimulaba su liviano deseo. Para disculpar su ingratitud, brotaron de sus labios entrecortadas

frases. Después pronunció ardientes palabras de amor, y roto ya el freno de su bien utilizada hipocresía, se abalanzó a María Antonia, que le atraía con los ojos y le embelesaba con blanda risa, medio abierta la húmeda boca y dejando ver los iguales y apretados dientes, que parecían dos hilos de perlas.

Él la estrechó frenéticamente entre sus brazos y buscó los labios de ella con sus labios.

Con ambas manos, María Antonia le rechazó tan violentamente, que faltó poco para que le derribase por el suelo. No parecía mujer, sino furibunda leona. No era la lánguida y complaciente enamorada; ni era tampoco la penitente mística; era la maja de rompe y rasga, insolente y soberbia, capaz de herir con groseros y ponzoñosos insultos y capaz de matar con la llama fulmínea de sus ojos, cuando no con puñales.

—Vete, huye —exclamó—, apártate de mi presencia. No pienses que la amistad y la admiración que me infundiste con tus embustes, se han trocado en amor lascivo. Se han trocado en asco. Si continúas aquí, corres peligro de que te asesine. Sólo muriendo a mis manos y no gozándome conseguirás ya arrojarme en el infierno. Vete, repito; es un hurto ruin el que intentas, dándome tu alma y tu cuerpo vendidos ya para siempre y sin rescate a ese espantajo de mujer que te da título y dinero.

Don Jacinto pensó que *La Caramba* se había vuelto loca. Si no de su material violencia, tuvo miedo del alboroto, del escándalo y de la resonancia ridícula que

podía tener aquella escena si se prolongaba. Huyó, pues, casi despavorido. Y como era hombre que entendía bien su interés y su conveniencia, pero que de almas sabía poco, jamás llegó a comprender ni a darse cuenta de las singulares transformaciones del alma de María Antonia, convertida de súbito de libre cortesana en austera penitente, y de austera penitente en algo a modo de vengadora y aterradora Furia.

Cuando María Antonia se vio libre de la presencia de don Jacinto, quedó inmóvil y de pie por algunos instantes; rompió luego en insana risa y en descompuesta y nerviosa carcajada; y por último, se arrojó al suelo, retorciéndose, derramando un mar de lágrimas y balbuceando entre dientes el yo, pecadora.

De allí en adelante no volvió a pecar María Antonia, ni en pensamiento ni en acto. Persistió en sus rezos, redobló sus vigiliass, ayunos y mortificaciones, y logró pocos meses después, temprano y dichoso tránsito a mejor vida.

Madrid, 1897.

Fin de una novela

Fin de una novela

Pedro Antonio de Alarcón¹

(1833-1891)



ADVERTENCIA

Ha dicho Víctor Hugo, refiriéndose no sabemos a quién (y él mismo no se acordaba al hacer la cita), que puestos unos sobre otro todos los libros que se han impreso, llegarían a la Luna.

Nosotros hemos dicho, no recordamos dónde, que puestos uno sobre otro todos los libros que se han empezado y no se han concluido, llegarían a las estrellas fijas.

Y ahora decimos que también hay libros *concluidos* que no se han *empezado*, o sea finales de obras que no se han escrito.

A este último género pertenece el siguiente *cuadro romántico*, que hemos hallado entre los papeles de nuestra más tierna mocedad.

Servíos leerlo con indulgencia.

¹ **Pedro Antonio de Alarcón y Ariza** (1833-1891), narrador, dramaturgo y poeta español. Algunas de sus obras son: *El final de Norma*, *El sombrero de tres picos*, *El escándalo*.

EPÍLOGO

*Qu'importe en quels mots s'exhale
L'âme devant son auteur?
Est-il une langue égale
A l'extase de mon coeur?*²

(LAMARTINE)

I

Era una hermosa tarde de otoño.

La Naturaleza, triste siempre, aunque bella, en esa melancólica estación, se había rejuvenecido con la vida de la tempestad. Las hojas de los árboles ostentaban matices purísimos, inclinándose abrumadas por las últimas gotas de la lluvia. La tierra exhalaba aquel olor, acre y balsámico a un propio tiempo, que ensancha el corazón de los seres nerviosos. Las aves, felices criaturas del Señor que viven entre el cielo y los hombres, entonaban nuevamente sus divinos cantos, que el trueno había interrumpido... ¡Todo era bello y esplendoroso en aquella tarde que espiraba!

Juan, forastero en el país a que le habían llevado sus desventuras, vagaba por el campo, aspirando las ema-

² “¿Qué importa en cuáles palabras se exhale/ el alma ante su autor?/
¿Existe una lengua igual/al éxtasis de mi corazón?”

naciones de la tormenta y contemplando el magnífico panorama del enrojecido ocaso.

Absorto en sus fantasías de adolescente, se alejó poco a poco de la ciudad; cruzó algunos olivares; llegó a un barranco pintoresco y, cuando menos lo esperaba, se encontró enfrente del convento de ***, donde nunca había estado, pero del que ya tenía vagas noticias.

Nada hay tan solemne y poético como un monasterio solitario, olvidado en el silencio de agrestes parajes como insepulto monumento de grandezas desvanecidas...

Juan sintió profunda y religiosa tristeza, y contempló largo tiempo aquella especie de buque náufrago, cuya tripulación se había ahogado en los revueltos mares de la Historia.

Los últimos rayos del sol herían horizontalmente la austera fachada del abandonado edificio.

Las aves entraban y salían por las ventanas, abiertas y sin maderas.

En la torre de la iglesia veíase el hueco de la campana, que también había desaparecido...

Todo anunciaba que aquella casa de Dios estaba desierta, lo mismo que la que fue morada de sus sacerdotes.

Altas hierbas y profano musgo eran la única señal de vida de aquellos sitios...

Impulsado por el propio terror, el joven penetró en el convento, cuyas puertas habían sido arrancadas recientemente.

En el primer patio, poblado de cinamomos³, principiaba ya a oscurecer, y millares de gorriones buscaban allí abrigo para la noche...

Los pasos de Juan retumbaron tristemente en las movedizas losas de una larga crujía y, al término de ella, entró en un segundo patio, muy alumbrado todavía por los reflejos del Poniente.

Allí, en medio de musgosa pila rodeada de boj, se elevaba una gran fuente de mármol.

El rumor melancólico del agua prestaba aún su indefinible tristeza a aquel recinto.

Ya, en adelante, el convento no aparecía tan destrozado. Un resto de fe religiosa había dejado otro resto de pavor en el alma de los modernos Atilas.

Y es que aquél era el camino del templo.

Las desmayadas luces de la tarde se iban retirando de los claustros vacíos que atravesaba nuestro joven...

Él no tenía miedo...; pero sí una honda conmiseración, y como espanto y pena, a la par que susto, ante la temeridad de nuestro siglo.

Allí todo hablaba de lo pasado.

Allí no existía lo presente.

Allí pesaba el porvenir sobre el corazón como una montaña de hielo.

Poco después subió una ancha escalera medio derruida, adornada con un gran cuadro al óleo.

³ Cinamomos: árboles de copa dilatada y ramas frágiles.

Representaba aquel cuadro la muerte de San Francisco de Paula...

A través del polvo que cubría el lienzo, distinguió la severa faz del moribundo, del fundador de aquella Orden, del Patrono de aquella casa...

Entonces sí tuvo miedo, y apresuró el paso...

Y al apresurar el paso, creyó que lo seguían.

¡Y temía pararse, porque el ruido de sus pisadas le asustaba menos que el silencio!

Todas las celdas estaban cerradas.

Encima de ellas se leía el nombre de sus antiguos moradores.

Algún mueble roto, algunos libros por el suelo, algunos objetos de devoción... He aquí lo único que allí quedaba...

El soñador mancebo iba turbando la quietud de diecisiete años de soledad y abandono.

El terror le hizo dejar aquellas interminables crujiás, y penetró en el claustro alto.

II

Allí fue agradablemente sorprendido por las magníficas poesías que vio escritas a pincel, y con gruesos caracteres, sobre los muros, formando una especie de carteles imitados, con su marco y todo...

Sobre una puerta que daba a la escalera de escape
leíase esta redondilla, apostada como un centinela, o,
mejor dicho, como un querubín a la entrada del Edén:

“Vuélvete a Dios; que la puerta
del que es amor infinito
nunca el corazón contrito
la dejó de hallar abierta”

Juan retrocedió sin querer, pero le detuvo este aviso
pavoroso:

“Todos, ¡oh mortal!, advierte
vamos sin cesar huyendo,
y como el agua corriendo
al mar de la amarga muerte.”

En cambio, leyó al pie de un soneto:

“¡Dame, amor mío, amor con que te ame,
luz que me alumbre, fuego que me inflame!”

Aún repetía en su cabeza tan dulces y seráficas ex-
presiones, cuando halló esta imprecación al final de
una octava:

“¡Menester es criar otros infiernos!”

Parecióle estar oyendo a Isaías, y tembló como la hoja en el árbol.

No lejos leyó esta delicadísima endecha:

“¡Oh dulce suspiro mío!
No quisiera dicha más,
que cuando de mí te vas
hallarme donde te envió.”

Reconcilióse con el desconocido autor de aquel ascético álbum, y siguió leyendo:

“Lo mismo es seguir el vicio
en que te estás deleitando,
que irte ciego despeñando
al eterno precipicio.”

Y más allá:

“¡Contempla lo que has de ser!
¡No aspire a lo que expira!
Pon en lo eterno la mira!
¡Humo es hoy la luz de ayer!”

Y en otro lado:

“Ajusta el vivir de suerte
que, al final de la partida,

saques de la muerte vida,
y no de la vida muerte.”

En un rincón:

“¿Qué sirve al ciervo la veloz huida,
si el arpón no sacude de la flecha?
¡No sacándole el hierro de la herida,
poco aplicar el bálsamo aprovecha!
Si de la oculta llaga envejecida
el alma el mortal hierro no desecha,
del Sacramento la virtud divina
veneno le será, no medicina.”

Finalmente, al salir del claustro, y como si fuera un resumen de todo lo dicho, encontró esta peregrina octava:

“Si hallaste ya la senda de la vida,
despójate de todo lo que es tierra;
todo afecto de carne circuncida;
la cruz abraza; el propio amor destierra;
lo eterno pesa; lo caduco olvida.»
“Cierra los ojos y los labios cierra:
¡Todo lo que no es Dios, tenlo por humo!
¡No quieras otro bien sino el Bien Sumo!”

III

En esto se hizo de noche.

Juan quiso abandonar el convento...; pero se había extraviado en sus largas crujías.

Alzóse la brisa nocturna...

Los cinamomos gimieron tristemente, azotando las paredes del patio.

El agua de la fuente gemía sin cesar...

Un ruiseñor cantó a lo lejos sus amores... Iba a salir la Luna.

El joven corrió desalentado por los claustros...

El eco repetía sus pisadas.

Perdióse en un dédalo⁴ de corredores, y llegó a temer no encontrar salida.

Entonces vio una puerta entornada.

La empujó, y se halló en el coro.

El enorme facistol que ocupaba su centro parecía un luctuoso fantasma a la tenue claridad que se filtraba por las altas ojivas.

Juan avanzó hasta llegar a la balaustrada de aquella inmensa tribuna.

Delante, encima y debajo de él, se desplegaba la iglesia, llena de sombra.

⁴ Dédalo: laberinto.

Sólo allá arriba, por una vidriera de la cúpula, entraba en la amplísima nave un blanco destello del astro de la noche...

Pero el joven estaba ya tranquilo...

Al terror que sentía poco antes había sucedido una paz melancólica...

Se hallaba en la casa de Dios.

De pronto percibió un sordo y lejano ruido, y vio aparecer allá abajo, en lo más profundo de las tinieblas, en el fondo del prolongado templo, una blanca figura, una especie de fantasma, con una luz en la mano...

El infeliz se quedó helado de horror y superstición, y no pudo ni tan siquiera huir...

Avanzó el fantasma por la iglesia, y llegándose a un altar, que luego resultó ser el de la Virgen de los Dolores, encendió una lámpara que pendía del techo delante de él; arrodillóse delante de la Madre de Jesús, y así permaneció larguísimo tiempo.

A la luz de la lámpara, y más aún de la vela que aquella misteriosa visión conservaba en la mano, conoció, al fin, Juan que no tenía ante sus ojos un ser fantástico o diferente de toda humana criatura, sino a una mujer todavía joven y hermosa, de noble y elegante aspecto y pálido y demacrado rostro, que más inspiraba admiración y lástima que aversión o miedo... Sin embargo, no era posible sustraerse al asombro, espanto y maravilla que causaba en tal lugar y a aquella hora una aparición tan extraordinaria, semejante a las quimeras de la calentura o a las creaciones de la fantasía poética... y

por nada del mundo se hubiera aventurado el pobre joven a llamar sobre sí la atención de la desconocida. Antes bien, se hallaba dispuesto a correr y dar gritos, si por acaso subía la visión al coro, lo descubriría y se le acercaba...

Así las cosas, ella fue la que lanzó un grito horrible, y cayó al suelo como herida de un rayo... La luz que tenía en la mano se apagó al mismo tiempo.

Juan creyó morir, y tuvo que agarrarse a la balaustrada del coro para no caer también sin sentido.

Reinó luego un largo y profundo silencio, que parecía no iba a terminar nunca...

La triste mujer seguía en tierra, inmóvil, muda, rígida, y nuestro despavorido joven veía blanquear aquel cuerpo sobre el pavimento de la iglesia como si fuera la losa de mármol de una sepultura, sobre la cual algún piadoso deudo hubiese colgado perdurable lámpara.

Lo menos grave y espantoso que pensó entonces Juan fue que la misteriosa dama había muerto de repente... Y como esto podía producir también grandes dificultades si se llegaba a saber que él estaba en aquellas ruinas cuando ocurrió el caso, salió como pudo del coro, recorrió el convento en todos sentidos, hasta que dio con la escalera; atravesó luego los grandes patios a la fúnebre claridad de la ya remontada Luna, y logró al fin verse en medio del campo...

IV

Las diez de la noche iban a dar cuando nuestro joven forastero llegaba a su casa.

Vivían allí otras varias personas, por ser casa de huéspedes, y dio la casualidad que en aquel instante hablaba de la siguiente manera un comandante retirado, que llevaba ya algunos años de residencia en aquella población:

—Yo *la* he visto dos veces en las cercanías del convento... Trabajo me había costado creer, o, por mejor decir, nunca había creído, que fuese dama tan principal y bella como me contó el alcalde la primavera pasada, después de haberla instalado en aquel solitario edificio, acatando una orden del gobernador. Pero, amigos, puedo asegurar que es una mujer distinguidísima y muy hermosa, a quien deben de haber ocurrido cosas muy grandes y terribles... Al verme, en las dos ocasiones mencionadas, penetró en el convento... (donde sabéis que habita la celda prioral, sin más compañía que esa viejísima servidora que viene a la ciudad a comprar víveres). Yo respeté su tristeza y abatimiento, y no me atreví a seguirla... ¡La primera vez que vaya a la capital he de enterarme de quién es tan rara penitente, y de toda su vida y milagros!

—¡Pues no lo conseguirá usted, como tampoco lo he conseguido yo... —respondió el administrador de Correos, que también estaba allí de huésped—. La breve

historia contada por el alcalde me sorprendió como a todos ustedes, y luego me ha chocado mucho el que esa mujer no reciba jamás cartas de nadie... Pregunté, pues, en el Gobierno civil la última vez que estuve en la capital, y dijéronme que el mismo gobernador ignora quién sea la noble dama recomendada a él por el ministro de Hacienda para que le permitiera vivir en el monasterio ruinoso, sin más explicaciones y sin decirle tan siquiera cómo se llamaba...

Juan era todo oídos; pero se guardó muy bien de contar lo que había presenciado aquella noche...

En esto llegó un alguacil en busca del promotor fiscal, y le dijo que la viejísima servidora de la *dama del monasterio* acababa de presentarse al juez, a darle parte de que su señora había muerto de repente...; razón por la cual tenía que trasladarse allí el juzgado sin pérdida de tiempo...

A las doce de la noche estaba de regreso el promotor en la casa de pupilos, y refería que, en efecto, la misteriosa dama había muerto en medio de la iglesia del monasterio campestre, mientras estaba rezando la salve de costumbre a la Virgen de los Dolores; que, a juicio de los médicos, su muerte había provenido de una aneurisma en el corazón; que la vieja había declarado ignorar absolutamente cómo se llamaba la difunta y su condición y patria; pero que el obispo y el alcalde estaban ya de acuerdo en enterrarla en sagrado, visto que había muerto rezándole a la Virgen y que estaba muy

recomendada por el gobernador, al cual se daría inmediatamente cuenta del suceso, a los efectos oportunos.

Y así se hizo todo, y no pasó más; ni nunca volvió a saberse cosa que tuviera relación con aquella infortunada, a quien no fue posible extender verdadera partida de sepelio, ni poner epitafio en la sepultura, por la sencilla razón de que jamás llegó a saberse su nombre.

POST-SCRIPTUM

He aquí el *fin de una novela*. Pero la novela, ¿cuál es? Lo ignoramos completamente.

Llegamos al teatro demasiado tarde, y sólo hemos oído el último acto de la tragedia.

No fuera una temeridad y una profanación ponernos a inventar los otros cuatro actos al tenor de nuestra fantasía?

Ni ¿qué importa conocer los ríos que alimentan el profundo y poético lago?

Nosotros os hemos presentado la estatua modelada, tallada, pulida por el cincel del dolor... ¿A qué llevaros a la cantera de donde se arrancó el mármol, o referiros las penosas labores que dieron por fruto ese tan acabado tipo de romántica desesperación?

Y, en suma: nadie puede privaros a los que acabáis de leerme de la libertad en que estáis y del derecho que os asiste para discurrir la historia que se os antoje..., con tal que tenga por fin y término el desenlace referido.

Almería, 1854.

Tropiquillos

Tropiquillos
Benito Pérez Galdós¹
(1843-1920)



I

Finalizaba octubre. Agobiado por la doble pesadumbre del dolor moral y de la cruel dolencia que me aquejaba, arrastreme lejos de la ciudad ardiente, buscando un lugar escondido donde arrojar me como ser inútil, indigno de la vida, para que nadie me interrumpiese en mi única ocupación posible, la cual era contemplar mi propia decadencia y verme resbalar lento, mas sin tregua ni esperanza, hacia la muerte.

Los campos eran para mí más tristes que el cementerio. Habíanme dicho los médicos: “Te morirás cuando caigan las hojas” y yo las veía palidecer y temblar en las ramas cual contagiadas de mi fiebre y de mi temor.

El sereno cielo irradiaba demasiada luz para mis ojos, y cuando, tras el ardor húmedo del día, venían de las montañas, embozados en sombras y con la espada

¹ **Benito Pérez Galdós** (1843-1920) fue narrador, dramaturgo y cronista español. Entre sus obras destacan: *Fortunata y Jacinta*, *Doña Perfecta*, *La de Bringas*, *Marianela*.

desnuda, los traidores vientecillos septentrionales, yo me arrebozaba también en mi pobre capa, y escondía la cabeza para que no me tocasen y pasaran de largo. El campo de mis padres y la humilde casa en que nací eran lastimoso cuadro de abandono, soledad, ruinas. Hierbas vivaces y plantas silvestres erizadas de púas cubrían el suelo sin señal ni rastro alguno de la acción del arado. Las cepas sin cultivo, o habían muerto, o envejecidas y cancerosas echaban algún sarmiento² miserable, que, para sostenerse, se agarraba a los cercanos espinos. Árboles que antes protegían el suelo con apacible sombra, a cuyo amparo se reunía la familia, habíanse quedado en los puros leños, y secos, desnudos, abrasados de calor o ateridos de frío según el tiempo, esperaban el hacha y la paz de la leñera como espera el cadáver la paz del hoyo. Algunos, conservando un resto de savia escrofulosa³ en sus venas enfermas, se adornaban irrisoriamente el tronco con pobres hojuelas, semejantes a condecoraciones puestas sobre el pecho del vanidoso amortajado. Las cercas de piedra no resistían ya ni el paso resbaladizo de los lagartos, y se caían, aplastando a veces a sus habitantes.

Por todas partes, veíase el rastro baboso de los caracoles, plantas mordidas por los insectos, enormes cortinajes de tela de araña, y nubes de seres microscópicos, ávidos de poseer tanta desolación.

² Sarmiento: arbusto leñoso y trepador.

³ Escrofulosa: tumor, hinchazón.

II

Dominaba estas tristes cosas el esqueleto de la casa derrumbada, hendida por el rayo como por un lanzazo, renegrída por el incendio, con el techo en los cimientos, los cimientos hechos lodo por la humedad, las paredes trocándose lentamente en polvo.

Al ver tanta cosa muerta, me pregunté si no estaría yo también desbaratado y descompuesto como las ruinas de aquellos objetos queridos, hallándome en tal sitio al modo de espectro, que a visitar venía la escena de los días reales y de la existencia extinguida. Esta consideración evocó mil recuerdos; representome el semblante de todos los de casa, mis juegos infantiles en aquel mismo sitio, luego mi temprana ausencia de la casa paterna para correr en busca de locas aventuras, enardecido por la fiebre del lucro. Vi mis primeros pasos en el lejano continente donde el sol irrita el cerebro y envenena la sangre, mis luchas gigantescas, mis caídas y mis victorias, mi sed insaciable de dinero; sentí renovada la quemadura interna de las pasiones que habían consumido mi salud; me vi persiguiendo la fortuna y atrapándola casi siempre; recordé la ceguera a que me llevó mi vanidad y el valor que di a mis fabulosas riquezas, allegadas en los bosques de pimienta y canela, o bien sacadas del mar y de los ríos, así como de las quijadas de los paquidermos muertos; extraídas

también del zumo que adormece a los orientales y de la hierba verdinegra que aguza el ingenio de los ingleses.

Después de verme enaltecido por el respeto y la envidia, amado por quien yo amaba, rico, poderoso, vime herido súbitamente por la desgracia. Mi decadencia brusca pasó ante mis ojos envuelta en humo de incendios, en olas de naufragios, en aliento de traidores, en miradas esquivas de mujer culpable, en alaridos de salvajes sediciosos, en estruendo de calderas de vapor que estallaban, en fragancia mortífera de flores tropicales, en atmósfera espesa de epidemias asiáticas, en horribles garabatos de escritura chinesca, en una confusión espantosa de injurias dichas en inglés, en portugués, en español, en tagalo, en cipayo, en japonés, por bocas blancas, negras, rojas, amarillas, cobrizas y bozales⁴.

Ya no quedaba en mí sino el dejo nauseabundo de una navegación lenta y triste en buque de vapor cuya hélice había golpeado mi cerebro sin cesar día tras día; solo quedaban en mí la conciencia de mi ignominia y los dolores físicos precursores de un fin desgraciado. Enfermo, consumido, ya no era más que un pábilo sediento, a cuyo tizón negro se agarraba una llama vacilante, que se extinguiría al primer soplo de las auras de Otoño. Y me encontraba en lo que fue principio del camino de mi vida, en mi casa natal, montón de ruinas, habitadas sólo por el alma ideal de los recuerdos. Mis padres habían muerto; mis hermanos también; apenas

⁴ Bozales: dicho o voces de esclavos negros.

quedaba memoria de aquella honrada familia. Todo era polvo esparcido, lo mismo que el de la casa. Y yo, que existía aún como una estela ya distante que a cada minuto se borra más, parecía también de tristeza y de tisis, las dos formas características del acabamiento humano. El polvo, los lagartos, las arañas, la humedad, las alimañas diminutas que alimentaban su vida de un día con los despojos de la vida grande, me cercaban aguardándome famélicas.

Ya voy, ya voy... —exclamé apoyando mi cabeza en una piedra a punto que la interposición de un cuerpo opaco entre la luz y mis ojos, hízome conocer la presencia de un... ¿Era un hombre?

III

Sí; no podía dudar que era un hombre lo que vi delante de mí, aunque su redondez ventruda tenía algo de la vanidad del tonel, lleno de licor generoso. Vi una pipa de fumar que aparecía entre enmarañada selva de bigotes amarillentos. Cuando se disipaban las espesas nubes de humo que de la tal pipa salían, presentábanse dos carrillos redondos, teñidos de un rosicler que envidiaría cualquier doncella, los cuales colindaban con unos ojuelos movedizos y extraordinariamente vivaces, fijos en mí, y que me examinaban con presteza

desde la cara a los pies, y desde el capisayo⁵ raído a las manos trémulas. La descubierta cabeza de mi observador era redonda, con pelo tieso y duro, ligeramente salpicado de canas.

Llevaba esa magnífica toga pretexto del trabajo, a quien llamamos delantal, y por debajo de la curva que formaba éste sobre el vientre, salían dos patas poderosas, digno cimientto de tan admirable arquitectura, y más arriba, junto a los tirantes, dos brazos enfundados en mangas de camisa, los cuales se abrieron en cruz, acompañando con un gesto de asombro y cordialidad estas palabras:

No, no me engaño; es Tropiquillos... Tropiquillos, ¿no es verdad que eres tú?... sí, el hijo mayor del señor Lázaro Tropiquillos que pasó a mejor vida en esta misma casa la víspera del incendio y antevíspera de la inundación, o lo que es lo mismo, el día después de la batalla de Zarapicos, en que perecieron sus hijos y sus hermanos, Baltasar y Cosme Tropiquillos.

Es pasmoso cómo la desgracia refresca memorias de la niñez, y cómo reconocemos, en horas de angustias, cosas y fisonomías que parecían borradas para siempre de nuestra mente. Aquel era el maestro Cubas, tonelero, amigo y protegido de mi padre en días mejores, hombre excelente, trabajador, cariñosísimo, a quien en el pueblo llamábamos mestre Cubas.

⁵ Capisayo: camisa que solía tener también capucha.

Yo soy el que usted supone —dije—, y usted es mestre Cubas a cuyo taller iba yo a jugar. ¿Viven Ramoncilla y Belisarión? ¡Oh, mestre Cubas, cuántos recuerdos vienen a mi memoria! Todo perdido, todo en ruinas, ¡todo acabado! Yo que parezco vivo no soy más que un cadáver que se mueve y habla todavía.

—Todo sea por Dios —exclamó el bonachón mestre Cubas, que usaba esta frase como estribillo—. Yo creí que no quedaba ya ningún Tropiquillos. Cuando estaba ya para cerrar el ojo el señor Lázaro, me dijo: “Yo soy el último, querido Cubillas, porque mi hijo Zacarías debe de estar allá en lo hondo, con todo el mar por losa.

—No —repliqué sintiendo que mis ojos se llenaban de lágrimas—, aquí está enfermo el que ha sido sano y robusto, miserable el que ha sido rico. Yo, que he mirado los colmillos del elefante como podrías tú mirar las piedras de la cerca, he venido a Europa de limosna.

—Todo sea por Dios... ¡Cómo cambian las cosas! Pues yo que era pobre, soy rico. Lo debo a mi trabajo, a la ayuda de Dios y a tu padre que me protegió grandemente. ¿Ves eso?

Señaló con su mano atlética las lomas cercanas, llenas de viñas, cuyos pámpanos, dorados ya, dejaban ver el fruto negro.

“Pues todo eso es mío”.

—¿Ve usted eso? —le respondí con amargura señalando mi capisayo—, pues ni siquiera esto es mío. Me lo prestaron al desembarcar para que no me muriera de

frío. Tengo el fuego del trópico en mis entrañas, el tifón en mi cerebro, y mi piel se hiela y se abrasa alternativamente en el temple benigno de la madre Europa...

IV

Gracias, mil gracias, un millón de gracias, *mestre* Cubas —dije aceptando los obsequios que en la mesa me hacía aquella honrada familia, pues el buen tonelero me obligó a aceptar en hospitalidad rumbosa.

Me había dicho: “el hijo del señor Lázaro es mi hijo. Si el pródigo no pudo llegar a la casa del padre, llega a la del amigo, y es lo mismo. Yo te acojo, Tropiquillos, y haz cuenta que estás en tu casa”.

Mi alma se inundaba de una paz celestial, fruto de la gratitud, y no sabía cómo corresponder a tanta generosidad. No hallando mi emoción palabras a su gusto, no decía nada.

Mestra Cubas era una hermosa campesina, *alta de pechos y ademán brioso*, como Dulcinea.

Su esposo tenía cincuenta años, ella cuarenta, y conservaba su belleza y frescura. Eran de admirar sus blanquísimos dientes y su porte sereno que parecía el lecho nupcial de los buenos pensamientos casados con las buenas acciones.

Su hijo Belisarión estudiaba para Cura. Sus dos hijas Ramona y Paulina eran dos señoritas de pueblo muy

bien educadas, muy discretas, muy guapas. Estaban suscritas a un periódico de modas, leían también obras serias y se vestían al uso de capital de provincia, mas con sencillez tan encantadora y tan libres de afectación, que, en ellas, por primera vez quizás, perdonó la tiesura urbana al donaire campesino. Hablaban recatadamente y no sin agudeza: tenían su habitación sobre la huerta, llena de fragancias de frutas diversas, de flores y de placentero murmullo de pájaros, y se sentaban a coser en el balcón protegido del sol por ancha cortina. Desde abajo, mientras Cubas me enseñaba sus frutales, las sentía riendo benévolutamente de mi extraña facha, y cuando miraba hacia ellas para pedirles cuentas de sus burlas, decíanme:

No, Tropiquillos; no es por usted... no es por usted.

Mi corazón palpitaba de gozo ante las atenciones de aquella honrada familia. Yo sentía mi pobre ser caduco y enfermo resurgir y como desentumecerse por la acción de manos blandas y finas empapadas en bálsamo consolador.

Mestre Cubas comía como un lobo y quería que yo lo imitase, cosa difícil, a pesar del renacimiento gradual de mi apetito.

Mira, Tropiquillos —me decía—, es preciso que te convenzas de que no debe uno morir. En este mundo, hijo, hay que hacer lo siguiente: El pensamiento en Dios, la tajada en la boca, y tirar todo lo que se pueda. Dejémonos de tristezas y de aprensiones. Tan tísico están tú como ese moral que nos sombrea y nos abanica

con sus ramas. En ocho días has cambiado de color, has echado carnes, se te ha quitado aquel mirar siniestro ¿no es verdad, muchachas? Todavía hemos de hacer de ti un guapo mozo, y hemos de verte arrastrando una barriga como esta mía... Come más de este sabroso carnero. ¿Quieres que te eche un latín? Yo también sé mis latines. Oye este: *Omnis saturatio bona; pecoris autem optima.*⁶ ¿Qué te parece, amigo Tropiquillos? Echa un buen trago de este divino clarete, plantado, cogido, prensado, fermentado, envasado, clarificado y embotellado por mí, en este propio sitio, sí señor, en estas tierras de Miraculosis, que son lo mejorcito del mundo.

Yo dije que en efecto me sentía con más bríos, como si entrara progresivamente sangre nueva en mis venas; pero que no por eso dudaba de la gravedad de mi mal, y que tenía por segura mi muerte al caer de las hojas. Lo que, oído por *mestre* Cubas, fue como si quitaran la espita a un tonel dejando escapar a borbotones el vino: del mismo modo salía del cuerpo su reír franco, primero en carcajada ruidosa, después mezclado con alegres palabras en apacible chorro que salpicaba un poco a los circunstantes.

—¡El caer de las hojas!... ¡vaya una simpleza! Todo sea por Dios... Entramos ahora en la época mejor del año, en la más sana, en la más alegre, en la más útil, en la más santa. De mí sé decir que vivo aburridísimo en las otras tres estaciones. Poco que hacer, el taller

⁶ Traducción literal: *todos los bienes satisfactorios. El mejor método para el ganado.*

casi parado... compostura, echar alguna duela, aflojar y apretar los aros... Pero se acerca el otoño, se ve que la cosecha es buena y... “Mestre Cubas, que me haga usted veinte pipas...” “y a mí doce”. “Mestre Cubas, que no me olvide. Pienso envasar ochocientas arrobas...”. Luego, no necesito desatender lo mío. Cien Cubas, doscientas, nada me basta, porque octubre llueve vino... cada año más. Desde que empieza septiembre, mi taller es la gloria, y el martillo, golpeando sobre las barrigas de roble, hace la música más alegre que se puede imaginar. Pam, pum, pim... dime tú si has oído jerigonza de violines y flautas que a esto se iguale... Pues yo te pregunto si conoces nada tan grato como estar en el taller dando zambombazos, deseando acabar para ir a ver las uvas, si cuajan bien, si pintan o no, si las ha engordado la lluvia, si las ha rechupado el sol, y atender al sarmiento⁷ que se cae por el suelo y al que está muy cargado de hoja... Y luego viene el gran día, el... el *Corpus Christi* del campo, la vendimia, Tropiquillos, que es la faena para la cual hizo Dios el mundo. Como la has de ver, nada más te digo. Para mí la vida toda está en esta deliciosa madurez del año, en esta tarde placentera que al darnos el fruto de los trabajos de la mañana nos anuncia una noche tranquila, límite de la vida mortal y principio de la eterna y gloriosa.

⁷ Sarmiento: tallo largo, delgado, flexible y nudoso de la vid que sirve de vástago.

V

Con estas y otras pláticas amenizaba la comida, mostrando en todo su natural honrado y su amor al trabajo, a cuyas virtudes debía su bienestar y la paz de su casa. En las tibias y hermosas tardes, más cortas cada día, mientras el gran Cubas se afanaba en su taller, y la *maestra* dirigía con infatigable diligencia los preparativos de la próxima vendimia, las niñas y yo recorríamos toda la hacienda para coger la fruta madura. Era de ver cómo hacíamos pilas de melocotones, cómo hacinábamos peras y sandías, apartándolas y clasificándolas para entregarlas a los vendedores de la ciudad, después de guardar lo mejor para la casa. Aquellas niñas tan simpáticas que en la soledad y desamparo intelectual del campo habían sabido darse un barniz de cultura, aprendiendo lo más elemental de las letras sociales, sabían también cómo se aporcan⁸ las hortalizas, cómo se conservan las frutas para el invierno, cómo se benefician las esparragueras, en qué punto y sazón se deben regar los pimientos, cuáles uvas dan mejor mosto, qué viento es el más propio para que cuajen las almendras, qué orientación debe tener un nidal de gallinas, y cual es el modo clásico, magistral, infalible de disponer una echadura de aves. Yo las acompañaba, por aprender algo de la incomparable doctrina del campo, que ex-

⁸ Aporcan: cubrir con tierra plantas y hortalizas.

cede en belleza y bondad a todas las demás sabidurías humanas.

Ramoncita se esforzaba en darme lecciones, y cuando íbamos a echar de comer a las gallinas, me decía: —“Es preciso no darles poco ni demasiado; y en caso de no poder medir bien, atiéndase más a la sobriedad que al exceso. La sabiduría consiste en dar a la vida, ya sea moral, ya física, un poquitito menos de lo necesario”.

Esta rara sentencia me probaba lo que ya sabía yo, y era que Ramoncita tenía un despejo sin igual, intuición de primer orden, perspicacia grandísima. De tales prendas resultaría, teniendo en cuenta las compensaciones de la Naturaleza, que no debía de ser bonita. Y sin embargo lo era. Ella y su hermana pedíanme que les contara mis aventuras. Yo hablaba, hablaba: referíales maravillas y sorpresas, describiendo países, pintando pueblos, ponderando riquezas que parecían fábulas; y después de tanto charlar, me recogía en mí mismo, creyendo no haber dicho nada. Un millón de palabras había salido de mi boca, y no obstante, mi corazón permanecía lleno y pletórico lo mismo que un tonel en cuya concavidad fermenta el mosto recién sacado de las uvas.

VI

¡La vendimia! Mestre Cubas se movía como un epiléptico y gritaba como un loco, mientras la señora

daba pausadamente y sin atropellarse sus órdenes. Las cestas llenas de uvas no cabían en el patio del lagar. No lejos de allí, oíase un gorgoteo hueco y profundo, cual enjuagadero de bocas de gigantes, que soltaban buches y revolvían entre el paladar y la lengua pequeñas olas. Era que estaban llenando las pipas.

Por otro lado, Ramoncita y su hermana vigilaban la separación de las uvas, agrupándolas según su clase y su madurez, porque no se saca buen vino prensando a granel todo lo que se arranca de las parras. Pronto se vio que las prensas funcionaban, y un chorro oscuro, espumante, opaco recorría la canal para entrar en el estanquillo. Aquí, un hombre metido en mosto hasta las rodillas, lo sacaba en una gran cubeta, midiendo y contando a la vista del amo. Los mozos que hacían el trabajo de prensas, el medidor y los que transportaban el líquido a la bodega aparecían teñidos de un carmín virulento, como si sudaran pintura. Los chicos, soliviantados por febril alegría, cogían puñados de uvas ya estrujadas, y se frotaban la cara, y se pintaban rayas en ellas como los salvajes. Yo apuntaba las cántaras de mosto que entraban en la bodega, y sentía comunicarse a mi alma el gozo inquieto de *mestre* Cubas y la satisfacción prudente y circunspecta de su arrogante esposa. Las chicas, retirándose a la casa, cuidaban de que no faltase nada en la próxima comida que se había de dar a tanta gente.

Y en tanto la bodega se llenaba. Las cubas decían con espumarajos de ira que ya no podían tragar más.

Pero había toneles en abundancia, y además vasijas, tinajas, cántaros. Allí estaba recién nacido y ya bullicioso, turbulento, anunciando travesuras mil, el néctar de los dioses, el amigo de los reyes y de los pueblos, el gran demócrata, el gran nivelador, el que a un tiempo es retrógrado y revolucionario, sin dejar nunca de ser consecuente con sus altos principios salutíferos y embriagadores; el que no conoce la esquividad humana, porque le miran con ojos chispeantes el sano y el enfermo; el que preside los festines de la amistad y de la reconciliación, y disparando balas de corcho se presenta en los momentos del mayor regocijo, desbordándose en elocuencia, en cariño, en entusiasmo, en exaltada fe y esperanzas; el que en los altares es la sangre del cordero inmolado, y después de figurar junto al pan en la mesa divina, puede gloriarse de haber tenido por amigos a los más grandes hombres, Noe, Anacreonte, Horacio, Shakespeare y otros; el que ha sido adorado como Dios en Grecia, coronado de flores en Roma, cantado en Alemania, ensalzado por los bárbaros y llevado a las más remotas tierras por los conquistadores; el que se adapta con maravillosa flexibilidad al genio de cada país, siendo agrio y fino en Francia, dulce en Italia, grave en Hungría, seco y fogoso en España, delicado y pensativo en Alemania, popular en Inglaterra. Él ha encendido crueles guerras entre el Norte que lo desea y el Mediodía que lo produce; tiene parte en la melancolía del Oriente bíblico, en el estro armonioso de los helenos, en la ruda exaltación goda, en la va-

lentía torca del Romancero, que viene a ser la épica contienda de dos razas que se disputan durante siglos unas cuantas llanadas de cepas. Tiene parte también en la donosa borrachera de la poesía del Rhin, y en las epopeyas colosales de los portugueses, buscadores de mundos, para acercar la copa divina a los labios amarillos del hijo de Confucio, y despertar de su *nirvana* al bramín que tiene el mal gusto de emborracharse con agua y meditaciones.

Suyo es el picor de las conversaciones francesas, impregnadas de travesuras; suya la fantasía de los artistas flamencos, el humorismo de Teniers, la gala de Rubens; suya es también esa seriedad cómica del inglés, esa fiebre de trabajo, esa excitabilidad discreta que a tantos y tan grandes éxitos conduce. En el Olimpo antiguo y el moderno, en la literatura y en la religión, en las costumbres y en las artes, en la vida toda, en fin, hallaréis la influencia poderosa de este inmenso colaborador del trabajo humano.

VII

Vinieron días húmedos, y una lluvia fría y persistente azotaba los árboles, cuyas ramas se desnudaban a impulsos del viento. A pesar de esto, yo me sentía más fuerte, desaparecieron mis temores de una muerte próxima, y dejaba de inspirarme horror la estación otoñal.

—Ya ves cómo no pasa nada —decíame en la mesa mi amigo, después de celebrar mi buen apetito con actos que al mismo tiempo daban testimonio del suyo—. Dos meses de campo y de tranquilidad laboriosa han disipado tus necias aprensiones, dándote salud, contento, esperanza... Todo sea por Dios.

Y luego, tomando un tono más serio, no exento de cierta expresión contemplativa, añadió:

“Estamos en la placentera tarde del año, ya cerca de ese crepúsculo a quien llamamos invierno. Querido Tropiquillos, celebremos el otoño, que es la madurez de la vida y del año, la experiencia, el fruto, la cosecha cogida y apreciada, y no tomamos que esta noble estación nos anuncie el invierno, que es la decrepitud del año y de la vida. La idea de la muerte sólo causa tristeza a los tontos. Para mí, la muerte no es otra cosa que la siembra para las cosechas de tu inmortalidad.”

Después callamos todos. Yo observaba el rostro de Ramoncita, aún turbado del coloquio que poco antes habíamos tenido los dos al volver de la huerta. Cubas tomó de nuevo la palabra, y no ya con rostro grave, sino antes bien ligero y festivo, me dijo:

“Casi todos los grandes hombres han nacido en otoño... ¡Ah! ¿te ríes de mí? Soy hombre de medianas letras. Sí, ahí tienes esa pléyade augusta. Cervantes, Virgilio, Beethoven, Shakespeare nacieron en otoño... Pues todos ellos fueron a morir a la Primavera. Lee la estadística, querido Tropiquillos, y verás cómo nacemos en estos meses y nos morimos en los de abril

o mayo... Ja, ja, ja... A los que me hablan mal de mi querido otoño, les digo que es el papá del invierno y el abuelo de esa fachendosa y presumida primavera... Vamos a ver: A su vez, es el hijo del verano, que al mismo tiempo viene a ser su biznieto... De modo que...”

Sin duda la cabeza hercúlea del buen tonelero se resentía del exceso de libaciones, motivado por su prurito de unir el ejemplo a la regla en aquel ardiente panegírico del otoño. Aquella tarde la pasamos Ramona y yo entretenidos en dulces y honestas pláticas, ambos muy serios, muy proyectistas, muy atentos en mirar y remirar los horizontes del porvenir que empezaban a teñírse nos de rosa. Por la noche, pasada la hora de la cena, *mestre* Cuba, después de ahumarme con su pipa, me dijo:

Amado Tropiquillos, yo no me opongo; *mestra* Cubas no se opone tampoco; de modo que nadie, absolutamente nadie se opone.

Y reposaba su carnosa mano en mi hombro, haciéndome inclinar bajo el peso de ella.

El hijo de mi amigo Lázaro —añadió—, debe ser mi hijo... A propósito, ahí están tus tierras que no son malas. Es preciso replantarlas. Las replantaremos.

Dio varias vueltas como pipa que gira impulsada por las manos de los toneleros, y viniéndose otra vez a mí, y abrazándome con efusión sofocante, me dijo:

“Reedificaremos la casa”...

Yo no tenía palabras; yo no decía nada, y me dejaba abrazar, sintiendo el contacto de la panza de mi gene-

roso amigo y su rebote, semejantes uno y otro al de una gran pelota de goma.

El tonelero llamó a su esposa, que vino prontamente, seria y afable.

“Ramona, Ramona” —gritó después *mestre* Cubas.

Turbada, ruborosa, entró la doncella esquivando mis miradas. Sus bellos ojos mostraban singular empeño en examinar el suelo antes que mi rostro y el de sus bondadosos padres. ¿Cómo diré que todo quedó concertado aquella misma noche en palabras breves y expresivas? Mi felicidad era una nueva faz de mi salud recobrada. Ya era otro hombre, física y moralmente, y la vida me ofrecía encantos mil que jamás había conocido. ¡Sano, amado y amante, dueño otra vez del campo de mis padres y de la humilde casa en que nací, dueño también de un corazón puro y noble, de una mujer hechicera, discreta, buena, rica...! Tanta felicidad debía producir en mí uno de esos estallidos que nos trastornan para siempre. No sé bien cómo fue: no sé si fue en el momento de casarme o poco después, cuando sentí una sacudida en lo más profundo de mi ser... Yo tenía la mano de mi esposa entre las mías. ¿Tenía también su talle? No lo puedo decir. Sólo sé que todo cambió bruscamente ante mis ojos, que el mundo dio una rápida vuelta, que me encontré arrojado en el suelo debajo de una mesa, en un estado que si no era la misma estupidez se le parecía mucho.

La efervescencia de mi pensamiento se iba apagando. Yo tocaba el suelo para cerciorarme de la realidad.

Híceme cargo de tener delante una figura tosca que extendía hacia mí sus brazos, como queriendo alzarme del suelo... Creo que lo consiguió y que me puso sobre un sofá.

Era mi criado que al verme entrar lentamente en posesión de mí mismo, trajo una taza humeante, y me dijo:

“Eso va pasando. Se acabará de quitar con café muy fuerte”.

En las cavernas

En las cavernas
Emilia Pardo Bazán¹
(1851-1921)



I

La horda, rendida y extenuada, hubiese deseado refugiarse en la cueva, entrando en ella con el apresuramiento maquinal de los borregos al acogerse al redil. Llevaban varios soles caminando, en busca de una tierra benigna, donde no abundasen las fieras y la caza no faltase, y donde sus semejantes, los humanos, no fuesen más numerosos y fuertes y los exterminasen; y nunca encontraban aquel Edén de su fantasía de primitivos, deslumbrados y aturdidos aún del primer contacto con la Naturaleza. La estepa, que después se llamó Iberia, prolongábase, al parecer, sin fin, pantanosa todavía, con densa vegetación de cañas y juncos, y arbolado a trechos; algunos gazapos² la surcaban, corretones, muy difíciles de coger. Y la esperanza de la mísera ralea era que, a deshora, asomase por las ciénagas la manada de elefantes. Alguien moriría, pero los demás tendrían abundancia de sustento.

¹ Emilia Pardo Bazán (1851-1921) fue narradora, poeta y dramaturga española. Entre sus obras destacan *Los pasos de Ulloa*, *La madre naturaleza* e *Insolación*.

² Gazapos: conejos.

Dos se habían quedado rezagados, en conversación confidencial. Eran un hombre y una mujer.

Él, mozo y ágil, no parecía tan fatigado como ella, y se apoyaba, en actitud animosa, en un recio palo. Ella, joven y enjuta de formas, como una gamuza, ceñía a su delgada cintura largo delantal de corteza de árbol. A la luz de la luna, llena y rojiza aún, que empezaba a ascender por el cielo, como el rostro encendido de un dios, podía verse perfectamente que además de aquel rudimento de traje, la mujer ostentaba collares de conchillas y un peinado lleno de coquetería, grande, crespo, formando aureola, en el cual se clavaban a guisa de agujas puntas de colmillos de jabalí. Sus ojos ovalados se posaron en el mozo, y preguntó dulcemente:

—¿Estás muy cansado? ¿Tienes mucha hambre?

—No tanta que me quite las fuerzas. Tengo hambre de ti, Damara. De ti sí que tengo hambre y sed. ¿No lo sabes?

Ella sonrió, y cariñosa repitió lo tantas veces dicho:

—No quiero que nadie me tome en sus brazos, porque si ahora me respetan, sabiendo que no soy de ninguno, cuando sea de alguno seré de todos, y a eso prefiero morir. ¿No lo comprendes, Napal? Veo a mis hermanas someterse sin repugnancia a cuantos varones hay en la tierra, sin excluir al viejo Olavi, que ha cumplido más de mil lunas y le llevamos en parihuelas³ durante las caminatas; pero bien sabes que yo no

³ Parihuelas: camilla de varas.

soy como ellas: quiero un varón nada más, para que, cuando me nazca un hijo, lleve el mismo nombre de quien le engendró.

Napal se arrimaba insistente, suplicante. Esperaba siempre que Damara sintiese el mismo fuego que a él le tenía consumido, y la seguía, como sigue el cazador a la res.

—Dices bien, Damara, y no es eso lo único en que tú y yo pensamos de un modo diferente del resto de la tribu. Mira, siempre nos quedaría el recurso de aprovechar la primera ocasión favorable, desgarrarnos de los hermanos y huir juntos... pero no es posible, porque yo no debo hacerlo, teniendo como tengo maravillas que revelar a la tribu, que la redimirán de la miseria y de esta vida tan amarga, de andar y andar continuamente.

—Y por otra parte, ¿qué haríamos solos, Napal? Si unida la tribu no podemos vivir, no encontramos asilo ni sustento, ¿cuánto duraría nuestra vida, no teniendo más defensa que nuestro cariño?

Napal calló un instante, con la respiración anhelosa de deseos y fiebre de amor; y al cabo, en voz baja, sugirió:

—Por eso no habría dificultad. Conmigo te bastaba. ¿No has oído decir, Damara, al viejo Olavi, cuando nos refiere cosas de otros tiempos, que al principio hubo una mujer y un hombre en la tierra toda? Y entonces no sabían cómo se enciende el fuego, ni cómo se persigue a los animales para comer su carne y abrigarse

con su piel. Seríamos tú y yo como esos dos padres antiguos, solo que conocedores ya de grandes secretos... Ven Damara, desviémonos más de la tribu; ya blanquea la luna, y nos alumbra pródigamente; tengo que enseñarte algo que he encontrado.

Damara vaciló, y miró, inquieta, hacia el confuso grupo de la multitud, que hormigueaba a lo lejos.

—Temo —murmuró— a la sagacidad de Ambila, el astuto mago; temo que salga a espiarnos, como otras veces, nuestro hermano Ronero. Nos matará, si se convence de que no he de consentir su abrazo. Sus ojos me queman cuando se posan en mí. Si yo fuese como las demás hermanas, que no han escogido, Ronero tendría paciencia; pero habiéndote elegido a ti ¡no más!, sé que no lo ha de sufrir. Es fuerte, es duro como el jaspe, es amigo de ver correr la sangre y palpar las entrañas. Nos matará.

—¡Bah! Ahora, cansado de la larga jornada, de haber cargado en sus hombros robustos las parihuelas, todavía tiene que registrar la cueva con los demás mozos. No tengas miedo, Damara. Esto es un convenio entre la luna, tú y yo. Ven y te diré mis esperanzas, porque, siendo joven, sé más que los Ancianos y yo, con mi sabiduría, me libtaré del yugo de los Ancianos, y seré quien en adelante guíe a la tribu.

Damara, medio resistiendo, echó a andar, y treparon por la colina, buscando el amparo y misterio de los matorrales espesos y olorosos. La luna era ya un fanal clarísimo, y permitía ver el rostro de Damara,

ligeramente bronceado por la intemperie, expresivo y menudo de facciones, la boca pálida, los dientes como granizo, las mejillas como dátiles de palmera, por lo tersas y finas, y los ojos negrísimos, de mirar prometedo. Napal sonreía de gozo al verse en tan retirado lugar con la virgen, al sostenerla en los pasos difíciles, al desviar los arbustos espinosos para que no la hiriesen.

En lo alto de la colina, una meseta sembrada de dispersos pedruscos convidaba a sentarse. Napal lo hizo, atrayendo hacia sí el cuerpo de Damara, tan próximos, que podía el mozo oír latir el corazón de la moza, como paloma salvaje que palpita en la mano.

—¿Por qué no ahora mismo, di? —tartamudeaba él—. Y mañana revelo a la tribu mis ideas, lo que ha de cambiar nuestra vida, y no pueden negarme que te lleve a la vivienda que he de construir en un pantano muy oculto, que hemos dejado a la izquierda, al bajar de la montaña. Nuestra vivienda no ha de ser en cueva alguna: yo quiero ver la luz y librarte de las fieras. Sobre palos firmes que sobresalgan del agua misma, entretejeré ramas, las revestiré de barro que el sol secará, y por encima también cubriré la morada, que ninguna mujer ha tenido aún en el mundo sino tú, puesto que todos cuantos hombres hemos encontrado y con quienes hemos luchado, en cuevas se cobijaban. Y para asegurar tu comida, para que el hambre no enflaquezca tu seno igual al globo de la luna naciente —tu seno de miel, Damara—, sé yo una treta, he averiguado una cosa prodigiosa. Nadie de nuestra tribu — son po-

co más que animales, y hacen todos los días las mismas cosas que ayer hicieron —ha reparado en que ciertas hierbas dan un frutillo muy pequeño, una simiente que se puede comer... Mira.

Con movimiento rápido, Napal se descibió una especie de grosera red de hierbas secas que llevaba terciada al hombro, y extrajo de ella dos o tres pedazos de caña.

—Con esto —exclamó, tomando uno de ellos— sabes que aprisiono el aire y lo modulo de un modo deleitoso... Muchas veces me pides que haga sonar mi caña taladrada con el punzón de piedra... Nadie sabe que tengo esta habilidad, ni quiero, porque tendría que estar dándoles música siempre. ¡Bah! Música, a ti... Ya tendrán bastante que agradecerme. Seré para ellos el espíritu, el que crea la vida y la enciende como una antorcha.

Quitó el tapón de hierbas que obturaba otra caña hueca, y en la palma de la mano recogió una lluvia de granitos que sonaban como arenas al caer.

—¿Ves, Damara mía? Este es el misterio por el cual han de suponer que tengo trato con los genios, con los poderes terribles que surcan el firmamento de relámpagos y hacen retumbar el trueno en las montañas.

—Napal, ¿y si te matan, como mataron al que enseñó a sacar una llama de dos troncos?

El mozo, confiadamente, sonrió.

—Mediante estos granitos —insistía— se puede vivir sin peregrinar eternamente en busca de caza. Yo, a fuerza de observar, he averiguado cómo se reproducen

estos granitos (porque todo se reproduce, y si el hombre nace del hombre, el grano nace de su simiente, que cae en la tierra), y he notado que si la tierra está seca y dura, el grano no brota, y que en el terruño removido, crece aprisa. Al borde del pantano en que viviremos, hay tierra muy fértil, gruesa como la grasa de los oseznos, y húmeda. Sembraremos, recogeremos...

—Pero esto no se puede comer —objetó ella, que acababa de triturar entre sus blancos dentezuelos el grano, y lo escupía.

—Lo apreciarás, Damara, cuando yo te lo machaque con piedras, y añadiéndole agua pura y haciendo una masa, te lo cueza entre otras piedras candentes... ¿Podrías devorar cruda la carne del osezno o del mamut?

—El abuelo Olavi recuerda el tiempo en que así se hacía, y dice que entonces los cazadores eran más fuertes, y el halago de las mujeres más sabroso...

—¡Deja a los viejos caducos que echen de menos el tiempo pasado, porque era su juventud! ¡La vianda sangrienta, que le haga bien al que la coma! Alegre es el chirriar de la carne en la llama, y deliciosa la gordura que el fuego socarró. Olavi y Seseña, la abuela greñuda, mandan en nosotros, pero mejor fuera, Damara, que se reclinasen para morir; porque no dicen eso sólo, cabrita mía blanca; también dicen algo que...

Estremecióse la muchacha, a la vaga indicación. Entendía perfectamente lo que significaba. Recordando otros ritos ancestrales, los abuelos sostenían la idea de que, cuando no se descubría caza de otra especie, los

hombres de antaño, vigorosos y resistentes, cazaban al hombre... alimaña la más gustosa, carne delicada y regalada, en que cada trozo tiene distinto sabor... Y no era sólo por glotonería por lo que se practicaba el rito, sacro rito de la magia: en el alborear del sentimiento religioso, del temblor de una fe naciente, los genios lo pedían, lo exigían, no protegiendo a la tribu, si no ascendía hasta las nubes, desde el ara pétrea, el olor intenso de la humana sangre.

—¡Napal, no dejes que me despedacen aunque Olavi lo ordene!— balbuceó Damara, aterrada, llegándose más a su enamorado—. ¡Ni quiero que profanen mi cuerpo, ni que lo devoren! No, no quiero habitar más con nuestros padres y hermanos, puesto que somos tú y yo diferentes de ellos y poseemos ciencia que ellos no poseen. Mira, yo sé arreglar mis cabellos, y sé recoger y disponer las flores y las conchas para hacerme collares y adornos. Sé que, después del baño en los ríos, la piel queda limpia y suave como las hojas nuevas después de la lluvia de primavera, y sé que está mejor la mujer cubriendo su cintura, y no descubierta, como las hembras de los animales, que van así porque su pluma o su vellón las sirven de vestimenta. Me he labrado faldellines de corteza y de hierbas largas; tejeré redes para abrigar mis espaldas y velar la forma de mi tronco. ¿Verdad que no debe la mujer ir del todo desnuda, Napal? Pues la abuela Seseña, que no usa más velo que sus cabellos encanecidos y revueltos cayéndole sobre los hombros, asegura que es mala vergüenza cubrirse,

y que las respetadas costumbres tradicionales mandan ir como fueron nuestros ascendientes, los que ya, con sus armas e instrumentos al pie, duermen rodillas junto al rostro, en las sepulturas sagradas. Y las carnes de la abuela Seseña se amoratan en invierno, pero a veces ni aun la piel del oso quiere echar por encima de sus espadas. Y está horrible, con sus formas flácidas que cuelgan hasta muy abajo, pero sostiene que no es honesto a la mujer inflamar, con adornos y vestidura, el capricho del varón.

Napal, sonriente, inclinaba la cabeza, insinuando en chanza que la abuela Seseña podía tener razón, y la vestidura ser causa de apasionamiento. El repugnaba la desnudez polvorienta y sucia de las hembras de la tribu, y no comprendía la posibilidad de acercarse a ellas —aun cuando, siendo patrimonio común, no las celaba nadie— después de ver a Damara cubierta por su delantal largo y sus hierbas secas, mitad entretejidas, mitad graciosamente desparramadas, bajando de la espalda a la cintura. Sus gargantillas, de conchas pequeñas y rosadas, eran como parte de su belleza, y su cabello, al rodear con regularidad el rostro menudo, le prestaba misterio, como el negro plumaje se lo presta al cuervo graznador.

—¡Oh Damara —murmuró cariciosamente—, tú eres la única! La noche es protectora; dame tu mano, vente. Ahora no piensan en nosotros; solo anhelan dormir, y el registro de la cueva les preocupa. ¡Damara! ¡Es la hora de amor!

—No, hoy no; Napal... Cuando se decida la suerte...
Cuando te veneren como a un genio...

Napal jugaba con los collares, y desviaba, codicioso, los flecos de hierbas.

—No me rechaces... No hay sino tú y yo, Damara...

Una languidez la paralizaba. Su risa era confusa, entrecortada por el afanar del pecho.

—¡Que no lleguen a saberlo al menos, Napal! Me arrastraría Ronero por un brazo; me derribaría, me golpearía. No; tú solo.

—Tú sola, Damara— suspiró él, apretándola de mente, devorando su rostro, postrándose, para mejor rodear su esbelto bulto, y hacerla descender hasta él, vencida.

Resistiendo aún, Damara murmuró, señalando al cielo, a la gran placa refulgente de la luna:

—¡Oh Napal! ¡Ella nos ve! ¡Ella debe de ser muy casta, muy blanca, Napal! Parece que un rostro descolorido nos mira, maldiciéndonos, y yo tiemblo, como siempre que la veo subir.

El mozo, embelesado, reía. ¿Qué reprobación podía venir de la cándida faz, indiferente a lo que iluminaba? Gozoso, palpitante, arrastró a Damara hacia el espesor de los arbustos, buscando lugar propicio. Y como la moza aún quería soltarse, temerosa de lo ignorado, él la apretó mejor.

—Ya no nos ve...— declaró, hundiéndose con Damara en la sombra.

II

La tribu entretanto, en vez de acomodarse en la cueva para dormir con el sueño de plomo de los agotados de cansancio, esperaba aún a que Ronero y diez o doce jayanes⁴ más, ante todo, registrasen cuidadosamente la profundidad del eventual refugio.

Frotando un trozo de pedernal contra otro, y pegando fuego a hierbas secas, habían conseguido encender las rudas antorchas de resina, y a su luz, avanzaban, notando en la cueva, desde la entrada misma, algo indefinible, un olor bravo y almizclado a la vez, que denunciaba la presencia de la fiera.

En la primer sala circular, baja de techo, nada advirtieron que fuese sospechoso. Ronero, sin embargo, se había armado de recio garrote, cuya extremidad estaba endurecida al fuego, y de un agudo cuchillo de sílex. Sus compañeros empuñaban, sencillamente, enormes pedruscos, de una forma propia para convertirse en temibles armas contundentes. Los Ancianos preferían y encomiaban este armamento natural: desde que se afilaban y casi se pulían armas de forma diversa, el valor, la ferocidad habían disminuido. En vano les hacían notar que Ronero, el velludo, el temerario, usaba las armas nuevas. Meneaban la cabeza, y repetían:

⁴ Jayanes: personas de gran estatura, robustas y de mucha fuerza.

—Cuando éramos jóvenes, ¿qué hacíamos? La piedra natural, que nunca falta, era nuestra defensora. A pedradas acogotábamos al enemigo, abollábamos su cabeza, hundíamos sus costillas, y, roto su vientre, mirábamos brotar de él, humeantes, las entrañas. Estas armas de ahora, estas hachas, estas lanzas, abren heridas que no se ven apenas. Para manejarlas, no es necesario ser como el fuerte Ronero. Napal mismo, el que nunca combate, pudiera realizar hazañas ahora. Llegará día en que los cobardes vencerán. ¡La piedra gruesa sólo la dispara el brazo nervudo!

Esto mismo se murmuraba entre los de la tribu, detenidos a la boca de la cueva. Las mujeres, rendidas, se habían dejado caer al suelo; algunas amamantaban, embotada el hambre por la gran fatiga del camino. La abuela Seseña, con una mirada de recelo y de sombría inquietud, registraba los grupos. No estaba tan desfallecida como las demás, porque, en consideración a su edad y a la autoridad que conservaba en la tribu (por proceder del tiempo en que ejercía el matriarcado, que empezaba a caer en desuso), no sólo la habían porteado, relevándose, en las parihuelas de ramas, sino que, de los gazapejos aturdidos a cantazos, dorados lomillos habían sido para ella. Y no sin alarmarse, notaba la ausencia de Damara, su nieta, que la escandalizaba con su conducta. Además de vestirse y adornarse de un modo censurable aquella chicuela, ahora, llegada a la edad en que es ley sufrir el yugo, acrecentar la tribu con cría, una resistencia antojadiza, como de cabrita joven que

quiere brincar donde se le antoje, la mantenía libre, virgen y risueña. Presentía la abuela el escandaloso hecho: Damara, dando el mal ejemplo de elegir, de prendarse de uno, contra el derecho consuetudinario de la tribu.

—¡Qué tiempos los que se preparan! — refunfuñaba la centenaria, presintiendo catástrofes.

—¡La hija de mi hija, mi propia nieta! Pero Seseña, que sabe la voluntad de los genios, vive aún. ¡Todavía no la han enterrado con las rodillas pegadas al vientre!

Alrededor de la vieja se comentaba la tardanza de Ronero y sus hermanos, internados en lo profundo de la caverna.

Muchos se acercaban a la boca, miraban, como si sus ojos pudiesen atravesar las tinieblas, y volvían asegurando que se escuchaban ruidos extraños, lamentos ahogados, rumor de lucha. Pero nada podía, realmente, oírse, porque la cueva era vastísima y parecía hundirse en las entrañas de la tierra. Pasada la primer sala, casi circular, un pasadizo estrecho, en pendiente rápida, obligaba a andar sin alzar la frente: apenas cabía de pie un hombre no muy alto. De aquella angostura se salía a una galería mucho más ancha, elevada de bóveda, y una especie de despeñadero conducía a inmensa nave. Del techo pendían rígidas estalactitas agudas, y en los rincones se erizaban las estalagmitas, remedando formas de larvas encapuchadas y extrañas vegetaciones inmóviles.

Ronero avanzaba; pero sus hermanos, no menos valientes a la luz solar, empezaron a sentir que flaquea-

ban sus piernas. Algunas cuevas conocían; sólo que no eran tan hondas, de aspecto tan impresionante. Sin duda los dioses geniales estaban allí, aquel era su templo escondido, y se cometía sacrilegio al turbar su reposo.

—No avances, Ronero... Salgamos... Este lugar es terrible...

Despreciativo, siguió adelante el jayán, blandiendo su recia cachiporra.

—¿No advertís —dijo—, el olor peculiar del oso? Está emboscado, como siempre, en el último rincón de la caverna. Pronto escucharéis su resuello... Las madres de la tribu se regocijarán cuando asen su carne.

Corriéndoles un sudor glacial por las sienes, trémulos, los hombres continuaron alumbrando con las antorchas.

—¡Pronto! —urgía Ronero—: antes que nos quedemos a oscuras!

Una nueva galería, cuajada de estalactitas también, torcía a la derecha. Su remate era una especie de hornacina⁵ enorme, que parecía abierta por manos humanas, aunque era obra caprichosa de la naturaleza. El suelo, resbaladizo de humedad, inclinado, ayudaba a la rápida marcha de los cazadores. La hornacina presentaba al fondo un agujero, una madriguera... y de ella salió, enorme, balanceándose, gruñendo de un modo aterrador, el gran oso prehistórico, el de las

⁵ Hornacina: "hueco semiesférico practicado en una pared, un retablo u otra superficie, y en el cual se coloca una estatua, una imagen o un adorno."

espeluncas.⁶ Era un solitario, un viejo, ferozmente encolerizado contra los atrevidos que invadían su madriguera. Avanzaba como una mole desprendida de una cima, pero los hombres, ante el peligro ya definido y claro, habían recuperado su coraje, y uno de ellos, Jari el veloz, sin esperar a más, se adelantó, alzando el brazo para proyectar la voluminosa piedra. La recibió la fiera en pleno hocico, y tan rudo fue el golpe, que se tambaleó, rugiendo espantosamente. Recobrado, se precipitó y cayó con todo su peso encima del hombre. Sus brazuelos se cerraron sobre el tronco humano; se oyó el crujido de las costillas, y las garras, surcando la espalda, hicieron correr cinco regueros de sangre. Ronero, aprovechando el momento, descargó sobre el cráneo de la fiera su maza; y como el animal se echase atrás, atolondrado un minuto, soltando a su presa, de un brinco Ronero se metió a su vez entre las zarpas formidables, y antes de que las pudiese cerrar, clavó el cuchillo de sílex en la región del corazón. Quiso la fiera, en la agonía, apretar y ahogar a su enemigo; no tuvo tiempo: Ronero pesaba con fuerza rabiosa sobre el informe y agudo cuchillo, y lo hincaba más adentro, haciendo la herida prontamente mortal. Oso y cazador se desplomaron juntos, y mientras, Ronero, sañudo, revolvía en la herida el arma. Extrayéndola luego, y medio incorporándose sobre el suelo empapado de caliente y rojo humor, la volvió a hundir en el vientre

⁶ Espeluncas: cuevas, grutas.

del oso, rasgándolo con firme puño, de alto a bajo, sin cuidarse de las convulsiones y el ronco estertor que anunciaban la muerte del monstruo.

Cargaron dos con el herido, mejor dicho, con el moribundo Jari, y Ronero y los demás hermanos arrastraron, anhelando, el corpachón del oso por las cuestas y recovecos de la cueva. Las antorchas se habían consumido, menos una, que permitió que viesen el camino. Antes de la sala circular, extinguióse también, y a tientas salieron del pasadizo angosto.

Cuando desembocaron en las márgenes del pantano, arrastrando a la fiera y llevando el muerto, la tribu alzó un clamor. Las mujeres se arrancaban los cabellos, se arañaban los rostros, y Seseña, desplegando su elevada estatura, irguiéndose, pavorosa, en su desnudez de esparto y de yesca, empezó a entonar una especie de himno fúnebre al valor de Jari, a su destreza para la caza, a todos los servicios prestados a la tribu. Después, como las mujeres hubiesen traído agua del pantano en cuencos groseros de arcilla, Seseña lavó las heridas, pronunciando a media voz frases que eran conjuros. Al eco de las lamentaciones, el abuelo Olavi, que rendido de cansancio se había extendido a dormir, despertó: ya muchas voces le llamaban por su nombre. Ambila, el mago de la tribu, gritaba más alto aún:

—¡Olavi, padre, ven! Tu hijo Jari ha partido hacia el valle donde siempre hay agua fresca, y carne gruesa de cabras y de rebezos.

Alzóse, a su vez, el viejo. Un río de plata parecía descender de su faz: era la barba tan blanca y tan luenga, que llegaba a cubrir, honesta, su vientre rugoso, y con temblequeto senil de cabeza, deploró.

—¡Jari! ¡Oh Jari! ¿Quién ha sido causa de tu muerte, hijo amado?

Ya entonces habían sacado a rastras al corpulento oso, y los cuchillos de pedernal empezaban a hacer su oficio. Se le despellejaría, para luego descuartizarlo. Las mujeres, menos una, interrumpieron sus lamentos, y se pusieron a ayudar a la faena. ¡Se comería! La madre de Jari, entretanto, permanecía revolcándose en tierra, repelándose el cabello, clavándose las uñas. Era la maternidad el único parentesco positivo que existía en la promiscuidad de la tribu. Y las madres demostraban a sus crías un amor violento, sin quejarse nunca de tener que cargarlas a hombros, ni de quitarse el sustento de la boca para dárselo. Los hombres, llegados a la edad del vigor, atendían a sus madres, de cuyas entrañas habían salido. La madre dolorosa sollozaba.

—¡Jari! ¡Jari! ¿Quién me servirá ahora de báculo en las caminatas? ¿Quién me dará el pedazo de carne, la grasa buena? ¡Jari, hijo mío, todo mi bien, el más alentado de la tribu!

Su voz se elevaba aislada, entrecortada por el hipo del dolor. A la claridad de la luna, la tribu se afanaba en torno a la presa. Al muerto le habían arrimado a un resalte del terreno, dándole ya la posición embrio-

naria que había tenido en el vientre materno, durante la gestación; porque así sería enterrado, y era preciso doblarle las rodillas antes que sobreviniese la rigidez. Las hachas y los cuchillos de pedernal se activaban; el animal, despellejado, iba siendo dividido en trozos, con una velocidad que indicaba la costumbre. La vista y el olor de la carne fresca excitaba a los hambrientos, y muchos partidarios de los antiguos usos reclamaron su trozo y se apartaron para devorarlo, sin otra preparación. Sin embargo, las mujeres jóvenes buscaron, en los matorrales más próximos, leña en rama, y armaron la hoguera para asar las costillas y jamones del oso, los mejores bocados. Y los hombres, seducidos por la glotonería, lanzaban exclamaciones jubilosas al ver gotear sobre la llama la grasa rancia del viejo solitario.

El abuelo Olavi se acercaba, a pasos tácitos, con su barba fluvial, que el aire de la noche hacía oscilar suavemente. Un antojo pueril se leía en sus ojos emboscados tras unas cejas pobladísimas. Sus manos sarmentosas se tendían, como suplicando.

—¿Comerías del asado, abuelo Olavi?— preguntó Belenda, mocita de veinte años, amiga y rival de Damará, ofreciendo un trozo de la carne al viejo.

—Una vez sola...— balbuceó él, luchando entre sostener sus opiniones tradicionales, opuestas a que los manjares se aderezasen, y el apetito y la gula, despiertos antes por el olor confortador de aquel tueste.

Riendo, la moza cortó con el hachuela de sílex una porción más abundante, y la entregó al anciano, que

al pronto creyó deber manifestar cierta repugnancia; pero ingerido el primer bocado, iba a devorar con delicia el segundo, cuando Seseña, airada, terrible, se acercó al grupo, y arrancó de manos de Olavi el asado goteando sebo.

—¡Nosotros no! —gritó colérica—. ¡Nosotros no! ¡Nosotros, como nuestros padres: aquellos que, sin aguardar ni a que se descuartizase la res, arrancaban palpitando el jirón rojo, antes que se fuese de él el espíritu de la fiera, que al ser devorada nos infunde su valor...

Intimidado y consternado, Olavi se retiró, incapaz de aplicar sus encías desguarnecidas a la carne cruda, que, probada la otra, le causaba náuseas. Seseña se alejó también, reprobando tácitamente la profanación de la hoguera. La tribu se dividió: unos se agruparon en torno del fuego, repartiéndose, entre gruñidos de satisfacción, los trozos medio achicharrados de la carne; otros, bajo la luz lunar, se hartaban de vianda cruda, pingajos y piltrafas correosas, porque el oso era sobrado viejo ya, y su pelaje iba volviéndose gris.

Ronero no comía; una preocupación profunda le inquietaba. Se acercó a Belenda familiarmente.

—¿Dónde está Damara? ¿Lo sabes?

—No. ¿Quién lo adivina? Come de nuestro asado, Ronero; repara tus fuerzas, puesto que has dado muerte al oso.

El jayán insistió.

—Damara llegó aquí con nosotros. ¿No has visto hacia dónde se dirigía?

—Te digo que no lo sé. ¿Qué te importa Damara? ¿No soy yo tan moza, tan lozana como ella?

Ronero se encogió de hombros. Era graciosa Belenda, e imitaba bien la moda impuesta por Damara: como ella lucía delantales de cortezas flexibles, y desparramaba flecos de hierbas entretejidas con florecillas silvestres sobre el seno, y en brazaletes alrededor de la rodilla. Pero Belenda había sufrido varias veces el yugo varonil, y Damara se resistía a aceptarlo. Y Ronero no pensaba sino en Damara, en su intacto cuerpo, en su tez siempre purificada por abluciones, en sus ojos largos, cuya mirada era una antorcha encendida. De noche, balbuceaba Ronero el nombre de la virgen. Pensativo, recorrió los grupos que se hartaban, descuidados de cuanto no fuese el goce de comer, tras largos días de escasez en que habían vivido mascando hojas y frutillos salvajes.

Por instinto, al buscar a Damara, buscaba a alguien que no era ella. ¡Napal tampoco estaba allí! Ronero frunció el ceño. Una sospecha, ya antigua, se despertó en su espíritu, como se despereza aletargada víbora al calor de la llama. Que la virgen rehusase el yugo del varón, era osadía, era contravenir a la costumbre ancestral; pero que evitando a los demás de la tribu, se reservase para uno, podía calificarse de delito ya. Y, sobre todo, allá dentro Ronero comprendía que no le importaba la veneración a las costumbres y leyes tribales, sino otra cosa: un sentimiento feroz que le mordía el alma; un sufrimiento que nadie conocía allí, por lo

mismo que ninguna mujer pertenecía a nadie en particular. Ronero no sabía dar nombre a aquella tortura nueva, intolerable. Apretó los dientes, y rastreando como si buscara en el aire los efluvios de Damara, iba a alejarse a buen paso, cuando vio que, a lo lejos, una figura gentil avanzada, despaciosa, y reconoció en ella a Damara misma. Se quedó clavado en el suelo, esperando no sabía qué; tal vez una gran dicha, tal vez un gran desengaño...

Ya casi blanqueaba el alba la cima de los montes, cuando la tribu harta, ebria de carne, se acogió, para dormir, a la cueva libre ya. Amontonados fueron cayendo sobre el suelo, y se les oía roncar, resollando fuerte. Damara no quiso entrar. Se quedó al lado del muerto Jari, alrededor del cual algunos mozos depositaban hachas, utensilios y trozos de carne, que debían acompañarle en la sepultura de piedras que le dejarían erigida, bien cubierta para proteger de los carniceros sus despojos.

III

Resolvió la tribu permanecer en aquella cueva, haciéndola su paradero hasta que hubiesen recobrado fuerzas para otra caminata. En tal resolución entraba por mucho el no saber adónde dirigirse. Una inmensa desolación les acometía ante la idea de seguir errantes,

como andaban desde hacía tanto tiempo, rodeados de misteriosos peligros, ateridos de frío o abrasados de calor, al azar de que el sustento apareciese o no, de las hambres que los diezmaban; y de noche, hablando de lo que podía ocurrir por mediación de los genios, el mago, el sagaz Ambila, les anunciaba un prodigio, un reposo dulcísimo durante el cual sus hijos seguirían habitando donde los padres habían habitado siempre: la posesión de un suelo fértil en caza, que pertenecía a la tribu y que nadie osaría disputarles.

Y este ensueño, esta aspiración —natural en los peregrinantes por la tierra—, iba tomando cuerpo, a pesar de la oposición de los Ancianos, del partido de los abuelos Seseña y Olavi, que preconizaban la vida siempre errante y a la ventura, al azar de las cazas peligrosas, en que el valor se templa y el orgullo del triunfo hace apetitoso el alimento. Aunque se demostrase que se podía vivir en la quietud, esa sería, a juicio de los abuelos, una existencia humillante. Vida de paradero, bueno; paradero temporal. Pero vida sedentaria sería la mengua. ¿No peregrinaban los mayores? ¿No andaban esparcidos sus huesos a tanta distancia?

El otro partido, el nuevo, estaba inspirado por Napal. Alrededor del mozo empezaba a formarse una leyenda. Se decía que era mago, tanto o más que Ambila. ¿No lograba cosas increíbles? Una tarde, poco después de llegar al paradero, se le vio descender de la montaña donde había pasado largas horas, seguido de dos o tres

cabras, de fulvo⁷ pelaje, sujetas con retorcidas fibras de esparto. Creyó la tribu que sería para acogotarlas y devorarlas, pero Napal extendió la mano, y declaró que aquellas cabras y aquel macho cabrío no morirían. Una de las cabras estaba preñada; otra, a la cual su cabritillo seguía balando, traía las ubres hinchadas de leche. Se sujetaron estacas aguzadas en tierra, y amarradas a ellas las cabras, fue ordeñada por Napal la más llena. A medida que se colmaban las escudillas, los varones querían beber, ansiosos, pero Napal señaló a las madres que lactaban, y de cuyo seno tiraban los niños con irritado llanto de avidez.

—Bebed vosotras, hermanas nuestras...

De noche, aquel primer conato de rebaño era recogido a la cueva, por resguardarlo de las salvajinas voraces. Napal, otro día, al volver del monte, trajo atado a un animal que se defendía desesperadamente. Era un lobezno. Napal, acariciándole, le presentó restos de gazapillo, dándoselos a roer. Pronto estuvo domesticando el lobezno, y guardó a las cabras, gañendo rabioso si venteaba que otro lobo pudiese acercarse.

No obstante, la miseria continuaba. La caza de pájaros y conejitos, que pululaban ya en Iberia con abundancia increíble; los peces de la laguna y del río próximo, cogidos con una especie de chuzo de madera; las hierbas, roídas con voracidad, —no hacían sino entre-

⁷ Fulvo: de color pardo o rojizo.

tener la gazuza⁸ continua, jamás saciada. La leche de las cabritas era una golosina, un regalo para las nodrizas y los enfermos. Y el abuelo Olavi y la abuela Seseña, que habían censurado al principio ásperamente la captura realizada por Napal, venían ahora, desplegando su autoridad, enseñando su barba y sus canas rudas, alegando los privilegios de su extrema vejez, a reclamar una escudilla de aquel néctar, que bebían golosamente, con desdentadas bocas, guiñando los ojos al cla, cla que producía al deslizarse por el gazzate.

El problema de la subsistencia continuaba amenazador. Los mozos, las mujeres no cesaban de preguntar ansiosamente a los cazadores:

—¿Cuándo mataréis un toro bien tierno o una novilla? ¿No vendrán nunca a bañarse en el lago rinocerontes o elefantes?

Dirigíanse las preguntas principalmente a Rone-ro, conocido por su ardimiento, por la furia con que atacaba a los grandes mamíferos, trayendo botín para muchos días. Pero sin duda Ronero también deseaba enfrentarse con alguno de aquellos formidables enemigos, puesto que salía a horas desusadas, acompañado de mozos de los más resueltos, de los que le habían asistido para matar al oso de la caverna. Se alejaban, desviándose leguas más allá del paradero, volviendo con caza menuda; pero comprobando desesperadamente que no asomaba la mayor por toda la estepa y

⁸ Gazuza: hambre.

los montecillos que era fácil registrar. Napal, a su vez, desaparecía días enteros. Y Damara —primera pastora— cuidaba de las cabras y, atándolas con filamentos de esparto, iba en busca de la hierba blanda y jugosa, que la primavera hacía brotar, regada con las aguas del deshielo.

Pronto notó Damara que no hacía falta amarrar a las cabritas, pues la seguían dóciles, ni al lobezno, que no sólo la seguía, sino que, perdida la fiereza, lamía sus manos. Entonces la pastora se iba en busca de un pradito escondido, donde estaba citada con Napal. Mientras las cabras pacían y las guardaba el lobezno, iniciada su evolución, hacía el can de pastor, los amantes, estrechamente enlazados, hablaban, fluyéndoles las palabras como un río de miel. A todo cuanto se decían le encontraban un sentido honradamente significativo, un infinito interés; pero Damara, con su instinto precavido de mujer, anunciaba peligros, sugería precauciones.

—No te fies de nadie, Napal, —repetía—. Mira que son falsos, que mienten. Ronero es acaso el menos desleal. Mejor fuera que huyésemos tú y yo, como te dije el primer día, ¿no te acuerdas? Esto ha de acabar por descubrirse, y entonces me harán sufrir la ley común, y yo preferiré que me apedreen a repartir con otros hombres, con el velludo Ronero, que me codicia, lo que sólo es tuyo por ley de amor.

—No te preocupes, Damara, mi pastora —respondía con su alarde de confianza genial el inventor—. Te lo dije: los beneficios que la tribu va a deberme son tales,

que nada me podrá negar; ya empiezan a tenerme por mago; pronto me tendrán por dios o genio, y no habrá cosa que puedan rehusarme. En vez de traerles una fiera muerta que despedazan y consumen en cuatro días y que cuesta la vida de dos o tres hombres, les doy un medio de mantenerse fijo y seguro, sin el menor riesgo, con alegría. Cuando tu pequeño rebaño crezca y haya crías suficientes para que se reproduzcan, de su carne y de su leche comerá la tribu, y su lana les abrigará al cuajar la nieve lo alto de la sierra. Y cuando yo recoja dentro de breves días el grano que he sembrado en el valle que ellos no conocen, y enseñe a la tribu el modo de triturarlo y de cocerlo entre piedras candentes... se acabará el suplicio de no comer, porque lo que yo hice pueden hacerlo en mayores proporciones los que en la tribu tienen brazos y juventud y fuerza. Y los niños no morirán porque sus madres se hayan secado, escuálidas de criar sin nutrirse. Ya ves, Damara, seré el amo de la tribu, que me respetarán más que a los mismos Ancianos, o al mago Ambila, el cual se inclina a mis ideas. Les pediré una recompensa bien fácil: que habites conmigo donde yo esté... Y no será en la cueva sombría, cuyo suelo alfombran los despojos de la caza, los huesos abiertos para sacarles la médula, no. Yo sé también cómo se hace la vivienda; yo se lo enseñaré. Cada cual residirá con su amada, con los hijos que nazcan de ella y de él, que sean cosa suya, sangre de su sangre. Cuando regrese del campo que labraré, me esperarás al lado de las piedras ardientes, donde habrás cocido mi sustento

y el tuyo; me ofrecerás leche regalada. ¡Quién sabe si, para festejar el nacimiento próximo de un hijo, asaremos, atravesado en un palo, sobre la llama, un gordo chivato! Y nuestra cama, de hierbas olorosas y pieles espesas, estará ya mullida, esperándonos... Y esta felicidad nuestra será la felicidad de todos; todos habrán rebaño, grano, casa y mujer que únicamente les ame, hijos que sean de sus lomos... ¿Qué dices, Damara? Parece que te quedas pensativa...

—¡Ay, Napal! No tengo confianza; conozco a los de la tribu, a los sangrientos Cazadores, a los Ancianos tercios. Dudo que comprendan el bien que vas a hacerles.

—Mira si beben afanosos la leche dulce...

—Sí; pero temo que, cuanto mayor sea tu poder, más envidia suscitará. Ambila, el mago, envidia el poder de todos. Y yo tengo la desgracia de que Ronero me codicie. Y las mozas que ansían ser festejadas por Ronero me odian. Belenda me espía, y no estoy segura de que no me haya seguido. ¡Oye! —gritó de pronto alarmadísima—. ¿No ves cómo se ha sobresaltado Guá? —Llamaban así al lobo guardián, por su gañido semicanino.

—Alguien viene. Apártate, Napal. Te aseguro que viene alguien.

—Será una alimaña.

—No; nos buscan. Apártate.

Napal desapareció, emboscándose detrás del seto, ligero como los rebezos que, burlándose de los cazadores, saltaban por las fragosidades de la sierra. La

inquietud del fiel Guá aumentó, y al fin, gañendo furiosamente, se disparó contra la persona que llegaba. Damara no se había equivocado: era Belenda, con dos mozas de su misma edad, que, imitando la moda impuesta por Damara, lucían anchos faldellines de esparto y hierba amarillenta, y agitaban, vanidosas, las sartas de caracoles a punzón que componían sus collares.

—¡Hola, Damara! —burló Belenda—. ¿No estaba aquí contigo Napal?

—No —respondió Damara con ligero temblor—; no le he visto.

—¿Estabas, pues, sola?

—¿No lo véis? Con mis cabras y con Guá.

—¡Tus cabras! No las llares así. Son de todos, Damara, y las demás mozas las podemos pastar lo mismo que tú.

—Pastadlas enhorabuena —concedió la moza—. Ya sabéis que la leche que dan es para las nodrizas y para los débiles Ancianos. Yo no la pruebo.

—De todo eso se hablará. El abuelo Olavi, Seseña, la madre antigua, reprueban que te declares independiente a pretexto de las cabras. Una mocita debe permanecer bajo la vigilancia de las madres y abuelas de la tribu, y tú andas por vericuetos con demasiada libertad.

—Lo mismo que andáis vosotras —replicó, echándolo a broma Damara.

—Nosotras somos portadoras de una orden para Napal, y por eso le buscamos. Tú, sin duda, sabes por

donde anda. Cinco días hace que no aparece por la cueva, y como es necesaria la ayuda de todos los varones para la gran empresa que va a acometer el valiente Ronero, mañana, desde que raye el día...

—Yo no sé dónde puede encontrarse Napal —declaró con el acento de la verdad Damara, pues en aquel momento lo ignoraba efectivamente—; pero si le viese, se lo advertiría. Decidme qué empresa es la que Ronero va a acometer.

—De la parte por donde sale el sol descende una manada de elefantes, que de seguro se dirigen a bañarse y a retozar en la laguna y los pantanos que la rodean. Hay que preparar, con la prisa que el caso requiere, la gran zanja en que han de caer, por lo menos, algunos. —Ronero —añadió con pueril vanidad Belenda— me ha prometido regalarme la punta de los colmillos para adornar mis cabellos. La abundancia reinará en la tribu.

—Por pocos días —objetó Damara, como si hablase consigo misma—. La carne se corrompe, y aun secándola al sol para cecina, hay más bocas siempre que carne.

—¿No estimas la hazaña que va a realizar Ronero? Pues sabe que, en premio de ella, podrá elegir libremente, entre las mozas de la tribu que todavía no han sufrido el yugo viril, la que prefiera, para imponérselo. Así lo han resuelto los Ancianos, y Ambila, que conoce la voluntad de los genios, ha declarado que no pueden sernos favorables si no respetamos las antiguas cos-

tumbres y los ritos impuestos por el poder que habla con la voz del trueno y nos mira con la luz del rayo.

Damara, bajo el atezado suave de su piel sedosa, se sintió palidecer. Un estremecimiento recorrió sus venas.

—¿Cuándo se han reunido los Ancianos en consejo?— preguntó, disimulando la impresión de susto.

—Esta mañana. Ambila no hizo la evocación mágica, porque la hará de noche. Y los hombres de la tribu han empezado a trabajar ya, pero les hace falta más gente. La zanja ha de ser muy honda, muy honda, para que no salgan de ella los que caigan... Las mujeres también vamos a tener que ayudar. Todos, todos a la faena.

Y en la voz alegre de la moza se percibía el placer de tomar parte en el mismo trabajo que realizaba Ronero, de poder acercarse a él, ayudarle, llevarle agua, secarle el sudor.

—Ya lo sabes— añadió imperiosamente, dirigiéndose a la pastora—. Vuélvete allá, y si ves a Napal...

—Pero, ¿por qué he de verle?

—¡Quién sabe! —Y una malicia ofensiva brilló en la expresión de la cara de Belenda—. Si le ves, ¡que no permanezca ocioso, que corra a ayudar a sus hermanos!

Y, apresuradas como habían venido, se volvieron las mozas, chanceándose, haciéndose confianzas, mientras corrían, hiriendo con las descalzas plantas el suelo alfombrado de menudas corolas de flor tempranera.

—¿Has visto? Ya no lleva conchas al cuello. Lleva unos capullos de espino blanco, entretegidas con hierba.

—Y en el pelo dos o tres flores moradas y amarillas.
Lirios.

—¿Dónde encuentra esas flores, Belenda? —preguntó una de las lindas mocitas.

—Creo que debe ser al borde del arroyo.

—Nos adornaremos así.

—Damara siempre está discurrendo... ¡Qué presumida!

—¡Y alrededor de la muñeca, en brazaletes ¿no viste? ¡Ha ensartado huevecillos vacíos de pájaro!

—¡Y en su delantal, con arte, ha pegado, sin duda con goma de árbol, plumajes lindísimos, de pajarillos también! ¿No os fijasteis? No cesa de inventar, para aparecer más hermosa...

Belenda, frunciendo el entrecejo, meditaba.

—¿Creéis que Napal no andaría por allí?

Las otras rieron alegremente. Después se hicieron las escandalizadas.

—No debe consentirse que Damara haga lo que a ninguna es permitido: elegir, reservarse para el que prefiere...

Al retirarse las mozas, Napal salió de la espesura.

—¿Lo ves? ¿Has oído? ¿Sabes el peligro que nos amaga?

—¿Peligro? ¿Cuál? Voy a ayudarles a abrir la zanja; eso es justo, querida mía... Cuando trabajan los demás, quiero trabajar yo también. Y tú, baja igualmente, recoge el rebaño, y si es preciso no niegues tu concurso: llévalas agua, ayuda a trasladar la tierra.

—¡Napal, Napal! Mi corazón está encogido. Aprovechemos el instante, huyamos. Créeme: tú tienes con los genios comunicaciones que no tengo; tú realizas prodigios; tú sabes; tú ves, Napal... Y sin embargo hay algo en que yo soy más sabia, porque conozco la malignidad de los hombres de la tribu nuestros hermanos. Por mucho bien que les hagas, no dejarán de aborrecerte. Los viejos te maldicen, porque traes costumbres nuevas, y no pueden sufrirlas; exigen que todo se siga haciendo como ayer se hizo; cambiar, es matarles. Ambila el mago te traicionaría, porque no habiendo conseguido nunca hacer nada útil a la tribu, cuando tú reveles tantas cosas buenas, sus encantaciones y conjuros serán risibles. Y Ronero, que dirige a los Cazadores, te odia... porque me quiere. Napal, dejémosles: ¿qué nos importa si sufren hambre? Debemos, ante todo, salvarnos tú y yo... ¡y el hijo que vendrá!

Enternecido Napal, la estrechó contra su pecho, colmándola de caricias.

—Te prometo que, si no me atienden, si no admiten mis enseñanzas, huiremos y fundaremos nosotros casta de hombres y mujeres, que vivirá quieta y venturosa, en el lugar que elija para sepultura de sus padres... Pero sería cruel abandonar al hambre a las madres y a esos Ancianos que nos combaten, sin saber ellos mismo por qué. Sería una mala acción, Damara. ¿No lo comprendes? Ayudémosles ahora en su caza. Ronero es más fuerte que yo, pero no temas: yo soy más diestro. Bajemos hacia la cueva; el sol se pone...

IV

Cuando llegaron a la boca de la cueva —cada cual por distinto lado, disimulando—, oyeron el confuso rumor de la muchedumbre, y vieron que algunos mozos bajaban del montecillo, agitando encendidas antorchas. Era que querían contemplar terminada la obra del mago Ambila, el encantamiento hecho en las paredes y el techo de la cueva, para atraer a la caza. No se acudía a este recurso y a las ceremonias que le acompañan, sino en vísperas de grandes empresas, en horas críticas, cuando faltaba el sustento. Ambila, desde el amanecer, se había entregado al encantamiento artístico.

Mezclando el ocre rojo y la pálida arcilla sobre el hueso de la paleta de un elefante, y ayudándose con sus dedos ágiles y duchos, el mago había trazado, primero rayas de significado indescifrable, conjuros sin duda, luego gallardas figuras de animales, bisontes, caballos, ciervos y jabalíes, y hasta un elefante, que era la esperada caza. Los signos, que tenían forma de peines o de naves, los realzó con blanca creta⁹ y con cinabrio.¹⁰ Ambila recogía todo lo que le pareciese útil para pintar, guardándolo en valvas de moluscos, recuerdo del breve tiempo pasado a la orilla de un mar muy azul,

⁹ Creta: roca.

¹⁰ Cinabrio: color bermellón o rojo.

sitio delicioso de donde otras tribus los expulsaron. Y ahora, al dibujar con primorosa fidelidad los animales, acompañaban a su dibujo figuras más imperfectas, que querían ser humanas, y que representaban muñecos con las manos alzadas para orar, en el primer transporte de las creencias, que ya asomaban, envueltas en las mágicas evocaciones.

Toda la tribu había considerado con un sentido de respetuoso terror las pictografías de Ambila. El prestigio del mago crecía con las pinturas, que los demás no sabían ejecutar.

Y ahora, alineándose a la puerta de la cueva, empuñadas las antorchas, esperaban a que apareciese el hechicero. Los cazadores, con Ronero al frente, ostentaban cada uno su máscara de animal: Ronero se cubría con la del oso, su última víctima; y las mujeres se disponían a acompañar la danza religiosa con prolongados alaridos.

Ambila asomó por la puerta de la cueva. Su cuerpo, desnudo enteramente, estaba embijado con el mismo ocre de sus pinturas; en su cabeza lucía el gorro mágico, de paja trenzada, guarnecido con caracoles y conchitas colgantes, y en la mano derecha esgrimía el bastón de asta de ciervo, en el cual había grabado figuras de animales, también con el objeto de atraerles, al reproducir sus contornos en aquel signo de su poder de mago. Al ver al brujo, los cazadores gritaron roncamente, repitiendo el alarido que exhalaban al acometer, y que podía traducirse así:

—¡Aau! ¡Aau!

Después empezaron su danza simbólica. Ambila la dirigía con su bastón de mando. Era una especie de representación de la lucha de las fieras. Las acometían, simulaban el golpe de la maza, el del cuchillo, el acto de arrojarse la fiera sobre el hombre y la rabiosa pelea cuerpo a cuerpo.

Cada cazador arremetía, según arremete el animal cuya máscara cubría su rostro.

Ronero, al pasar cerca de Damara, exageró sus violentos ademanes. Hizo el gesto de abrazar como el oso abraza, con corto abrazo fuerte, y lanzó el aullido característico. Otros cazadores mugían como toros, o imitaban la embestida del jabalí.

Para acrecentar el ardor de la danza sagrada, Ambila sacó de un rincón un recipiente de arcilla que contenía gomas recogidas de los árboles, y las quemó sobre una piedra. El fuerte olor de las resinas se subía a los cerebros, vírgenes todavía de alcoholes.

Les embriagaba, sin necesidad de nada más, su propio movimiento, su esperanza de caza próxima, abundante, succulenta. Apenas la danza hubo cesado, sudorosos aún, quitándose las caretas de fieras, corrieron hacia la zanja, seguidos de toda la tribu.

Era la zanja superficial aún y se distribuyeron para ahondarla. Cavaban con huesos, con piedras, con cuchillos de pedernal, con las manos, en su ignorancia de los instrumentos que pueden remover el terruño, y de los metales con que se construyen. Arrojabán la

tierra al azar y les estorbaba luego para salir de la fosa. Entonces, la voz de Napal se elevó.

—Traed parihuelas, las parihuelas en que llevamos a los ancianos... Echad la tierra en ellas y porteadla donde no os moleste.

El consejo era bueno y se adoptó enseguida. Ronero, sin embargo, frunció el ceño y se volvió vivamente.

—¡Ah, eres tú, Napal! —pronunció con gesto sombrío—. Creímos que te hubieses desgarrado de la tribu. Nunca se te ve entre nosotros.

—Acudo si soy necesario — respondió calmoso Napal—. Y oye, Ronero, que es en bien de toda mi advertencia. Al lado de esta fosa, cavad un agujero más hondo; así cazaréis, en lugar de uno, dos elefantes. Uno se caerá en el agujero y quedará cautivo; le echaréis hierbas y tallos, y le tendréis sujeto, para matarlo cuando os plazca. Al otro, el de la fosa, tendréis que matarle en seguida.

Ambila intervino, sentencioso. No se debía precaver tanto. Los genios pudieran ofenderse de la precaución exagerada. Sin embargo, las mujeres, las que sufrían cuando faltaba alimento para los niños, aprobaron ruidosamente, y la misma vieja Seseña, en un relámpago de discreción, se adhirió explícita. ¡La carne se corrompía tan pronto, en aquel tiempo de deshielo!

A pesar de lo rudimentario de los instrumentos, la fosa alcanzó pronto gran profundidad, y al extremo, separado por pared de tierra, abrióse el agujero vasto, prisión futura del elefante. Y todo se cubrió hábilmen-

te, con esa destreza característica del salvaje, de ramas, cañas y matojo.

La manada, al cruzar por aquel punto para bañarse en el río, tenía que tropezar con el lazo que se le tendía y caer en él.

Era urgente terminar, porque el olfato sutilísimo de Ronero ya percibía a lo lejos vagos efluvios, el rastro como de brea y almizcle reunidos que deja el elefante por donde pasa. Era más penetrante aun en la especie a que pertenecía la manada, la más antigua especie que ha vivido sobre el planeta, el elefante llamado Meridional, de gigantesca corpulencia. Ronero estaba seguro; muy en breve, la manada se presentaría.

Retiróse a la cueva la tribu, y sólo los Cazadores quedaron vigilando. Ronero, siempre irónico, ordenó a Napal que les hiciese compañía.

—Aunque tu brazo débil no disparará la piedra contra los elefantes, tu ciencia puede sernos útil. ¿Quién sabe qué consejo vas a darnos? —murmuró con fisga.

—Mi consejo, cazador, óyelo bien: cuando el animal caiga en la fosa, no le arrojéis pedruscos. Tardaríais mucho en darle muerte. Tiene dura la piel, terribles las defensas, y cuando penséis haberle aturdido y bajéis a la fosa, alguno de vosotros pagará con la vida; los colmillos os rasgarán el vientre. ¡En la trompa, crujirán vuestras costillas! Haced otra cosa. Así que caigan, id echando tierra y guijarros. Enterradle así, y cuando tenga presas las patas y sólo fuera la cabeza, le venceréis bien fácilmente.

Por muy primitivos que fuesen los Cazadores, el ardid les plugo. Pusiéronse en acecho, atentos a los ruidos lejanos, pegando al suelo la oreja. Ya palidecían los astros y el firmamento se bañaba en lechosa claridad, cuando Ronero, sobresaltado, se incorporó.

—¿No oís? ¡Vienen!

Se escuchaba, en efecto, un ruido como el fragor de un torrente; la tierra trepidaba. No tuvieron tiempo los cazadores sino de correr a ocultarse entre los cañaverales espesos y altísimos. Se percibió, claro y distinto, el barritar pavoroso de la manada, y como ya amanecía, luego se vieron los bultos enormes, que parecían despeñarse como moles graníticas, rodando de alguna ladera. Y de pronto, un estrépito, golpes aterradores.

Eran los animales, al caer en las trampas. No se detuvo el resto de la manada por eso: ciegos de polvo y de calor, sólo veían el goce de meterse en el agua de la laguna, más allá de los esteros. La sed, como una locura, los precipitaba. Continuaron su galope, retozando a medida que el agua les venía a la trompa, y podían recogerla, jugando, y lanzarla al aire.

Entretanto, los cazadores empezaban a emparedar a su primer cautivo, que barritaba lúgubrementemente, a cada cascada de tierra y guijo que se deslizaba a lo largo de sus flancos enormes. Al sentirse preso, intentó defenderse con las patas, con la trompa, pero la tierra le cegaba cayendo sobre sus ojos, y sus patazas, torpes y macizas como troncos de árbol, iban fijándose, cogidas y enredadas en la tierra que ascendía. Ya los terrones

le subían hasta el vientre, hasta los pellejos fofos y colgantes que de él pendían; y el animal, imposibilitado de moverse, loco de rabia, de calor y de fatiga, proyectaba la trompa, buscando una presa en el aire. Los cazadores se reían a carcajadas; alguno se divirtió en lanzar piedrezuelas cortantes a la trompa arrancando al animal berridos lúgubres. Una de las piedras rompió el enorme colmillo curvo, la terrible defensa.

Ya la tierra iba subiendo hasta la mitad del vientre; poco a poco trepaba hasta el lomo anchísimo, y lo cubría. Enterrado estaba el enemigo.

—Ahora —sugirió Ronero— le machacaremos la cabeza.

—No —intervino, según costumbre, Napal—. No hace falta. Si le machacáis, podréis no matarle, al menos en bastante tiempo. Juntad ramas secas alrededor, y asad la cabeza viva.

Lo hicieron así, prometiéndose un espectáculo cruel, pero Napal sabía que, por tal sistema, la muerte del paquidermo sería más pronta. El humo le asfixiaría. Un momento hubo, no obstante, en que gritó furioso, y su trompa, como una serpiente, se retorció en enrosques insensatos. Pero, faltándole el respiro, cerrados ya para siempre los diminutos ojos, abierta de angustia la boca, se aquietaron sus estertores, y la llama, viva y antojadiza, fue lamiendo y tostando aquella enorme testa, cuya piel estallaba agrietándose. El olor a pellejo asado despertó la codicia de los hombres extenuados de trabajo, de insomnio y de excitación.

Con los cuchillos de pedernal atacaron la cabezota del monstruo, y devoraban glotonamente hasta la lengua, medio achicharrada, y la trompa socarrada entre los carbonizados colmillos, La tribu —mujeres, niños, viejos— acudía ya, loca de júbilo. Era otra vez la seguridad de la vida, el hartazgo, un elefante enterrado que podían despedazar, otro preso en el pozo, que conservar vivo; y algazara de clamores de alegría y vítores se elevó, aturdidora.

—¡Alabanza a Ronero! ¡Los Cazadores, nuestros hermanos, son como genios, son como jabalíes vigorosos!

Les llamaban jabalíes, porque de toda la caza, era esa la que encontraban más exquisita.

—¡Cúmplase la ley! —gritaba Belenda—. Que la hermosa, exenta hasta hoy del yugo del varón, ¡sea entregada a Ronero!

Damara se estremeció de angustia, y Napal se volvió hacia los Ancianos, que clamaban también elevando sus manos sarmentosas, y les imploró.

—¡Es preciso que me escuchéis, padres y abuelos de nuestra tribu!— exclamó en voz alta y resonante —Pero, ante todo, despedazad la presa, y preparadla para el festín de victoria. Saciaos, corred, alegraos... Reclamo sólo atención un momento.

—Ya te oímos, Napal el inventor. ¡Habla... —dijo uno de los Cazadores, el joven Mordala, mocetón tosco y leal, competidor de Ronero y algo mal dispuesto en contra suya, desde que un día le quitó indebidamente una cabra muerta—! Sabedlo, ancianos: la gran jornada

de hoy, más que a nosotros, se debe a Napal.

Risas mofadoras del grupo donde estaba la moza Belenda, gruñonas exclamaciones de Seseña y de Ronero corearon la declaración de Mordala.

—¡Napal matando elefantes!— rió desdeñosa la moza.

—Napal, el mismo —sostuvo Mordala, enojado—. Suya fue la opinión de hacer el pozo para coger dos elefantes en vez de uno. Suya la de trasladar la tierra con parihuelas, que nos hizo ganar tanto tiempo. Suya, la de enterrar al otro elefante. Suya, la de asarle la cabeza.

—¿Qué respondes a esto, Ronero? —interrogó en voz cascajosa el abuelo Olavi.

—Respondo —contestó Ronero después de una pausa, altivamente — que es verdad. Yo no merezco recompensa alguna, ancianos, en este lance de caza. El pensamiento de Napal ha hecho más que mi brazo. Tendría a menos decir otra cosa. Yo no soy amigo de Napal: deseo probar mis fuerzas con él. Pero no he de mentir.

Napal arrojó a su enemigo una mirada en que había gratitud simpática.

—No, Ronero, yo no acepto los honores de la jornada. Vuestra fortaleza lo ha hecho todo. A vosotros se debe la caza. Y tú, no me odies. Yo no te profeso mala voluntad.

Ambila intervino, cambiando el giro de la disputa. La caza se debía a los genios, a las mágicas encantaciones que los habían propiciado. Eran los genios quienes dirigían la mano del hombre. Ellos habían impulsado

hacia la laguna a los elefantes. Y si la tribu se olvidase de los genios, sería castigada.

A su vez los Abuelos dieron su dictamen. Se ofrecería a los genios parte de la caza, que se quemaría en su honor; pero, en primer término, lo que reclamaban los genios era el respeto a los usos, a las sagradas costumbres, que iban perdiéndose ya. Y Seseña, toda pellejos y pergaminos, toda canas revueltas y feroces, tomó la palabra, condenando severamente los nuevos estilos, los abusos que corrompían la antigua virtud. Mirando a Damara, tronó contra las vestimentas, contra el arreglarse artificiosamente el cabello, contra los adornos lascivos, que enloquecen al varón y le hacen que aborrezca al otro varón de su tribu misma, a quien debe amar como hermano. Y al referirse a la pretensión de la moza, que quiere un mozo sólo para sí, y ser para él también solamente, tuvo la centenaria frases durísimas.

—Si hay en nuestra tribu tal loba, que la cacen los cazadores —exclamó destellando furor por los ojos encarnizados.

Su seca diestra se tendía hacia Damara; pero los de la tribu ya no la oían. Estaban desenterrando y descuartizando el elefante.

V

El atracón, en aquellos cuerpos de estómago casi siempre vacío o mal lastrado, era como una borrachera. Tendidos entre despojos y carbones, digerían, sin ocuparse al pronto de ninguna otra cosa.

Acercándose a Damara disimuladamente, Napal le sopló al oído:

—Tenías razón. Mañana al amanecer sal a pastar tus cabras: me reuniré contigo, y huiremos.

Ella se estremeció de gozo. Sabía que era su única salvación. Iban a entregarla a Ronero el velludo. La abuela, sin duda, quería castigarla por sus adornos, por su repugnancia a la promiscuidad ritual. Y sentía en torno suyo la furia de las voluntades, como hienas que en la sombra se preparasen a saltar sobre ella. Era preciso escaparse sin dilación. Sería mejor en el instante mismo. La frescura de la tarde empezó a despertar a los hartos, y se desperezaron, terminada la siesta, a la sombra de los cañaverales. Pronto la tribu se encontró en pie; algunos entraron a bañarse en la laguna, para prepararse a la cena, que no sería menos copiosa. Cuando había carne, la tribu comía aunque fuese tres veces, hinchando los vientres hasta que abultasen como odres, y contemplándolos con alegría. La esperanza de la cena despertaba en ellos una expansión de vida, un júbilo carnal. Algunas parejas desaparecieron detrás de los matojos. Belenda rondaba al cazador;

pero éste, brusco, la rechazó con un gesto. Apenas había comido. La imagen de Damara no se apartaba un instante de su espíritu. Era otra caza más anhelada, más difícil; y haciendo estallar las articulaciones de sus brazos, Ronero se prometía, cuando pudiese echarlos al cuello de la moza, apoderarse de ella, o ahogarla.

Entretanto, el mago Ambila, cautelosamente, se había aproximado a Napal, y lo llevaba hacia los cañaverales.

—Los ancianos de la tribu han prometido escucharte, Napal, pero conviene que antes sepa yo algo. ¿Qué tienes que decir a los padres y a las madres? Ya sabes que son ellos los que poseen la sabiduría, ellos los que mandan; pero los genios me inspiran, y yo influyo en las decisiones de los Ancianos, que creen seguir su capricho y siguen mi impulso.

—Ambila — respondió Napal —, grande es tu poder y el de los Ancianos; pero tú sabes que los genios no inspiran siempre cosas iguales. Y también sabes que, en los casos extremos, el hombre no espera a consultarte, ni al resultado de tus encantaciones, y necesita valerse por sí mismo. Los genios están muy altos, en la gran montaña de fuego, y nosotros por la tierra, sin amparo, más débiles que las fieras, si nuestra destreza no nos ayuda y nos salva. Tú, Ambila, no me desmentirás. Nadie nos oye. ¡Ay de nosotros si sólo hiciésemos aquello que los genios nos sugieren por tu boca!

—Tus palabras son audaces, Napal. No las repetiré a los Ancianos, porque pudieran serte funestas.

—Mis palabras en nada ofenden a los genios. Ellos, seguramente, velan por nosotros, y una de las maneras que tienen de protegernos, es enseñarnos cómo se practica la defensa. Ellos nos han sugerido que agucemos el pedernal, que encendamos la lumbre, que nos abriguemos en las espeluncas¹¹; y ellos, Ambila, nos reparten la capacidad, o para pintar como lo haces tú, o para inventar. A mí los genios me han dirigido hacia el descubrimiento de secretos que los demás de la tribu ignoran. Esos secretos quiero comunicarlos, porque yo, Ambila, amo a mi tribu, amo a todos, a los Ancianos, a los niños... Y amo a una mujer, ¡y quiero que no sea sino mía!

—Lo sabemos. Amas a Damara. Pero no esperes, Napal, conseguirla para ti sólo. Te propones arrancar con tus manos una costumbre ya tan antigua, que no recordamos otra, y las costumbres viejas adquieren divinidad. No la arrancarás tú, como no arrancarías un árbol muy grande, muy recio, de extensa copa.

—Acaso aciertes. En fin, este asunto de mi amor, es cuenta mía. Pensé pedir a la tribu que me concediese a Damara en premio de lo que vas a saber, pero ni aun eso he de solicitar. Sin interés alguno, oye lo que os ofrezco...

Ambila, desde hacía unos instantes, escuchaba profundamente pensativo. En su mente, un trabajo de combinación se verificaba.

¹¹ Espeluncas: cuevas, grutas.

—Ofrezco a la tribu —insistió Napal— el medio de no sufrir nunca hambre. Les doy un alimento excelente, sin necesidad de salir a caza. Todos los soles habrá qué comer. Mira.

De su saco de hierbas entretejidas extrajo algo plano y tostado, lo partió, y ofreció al mago un trozo.

—Come sin temor; dime si te agrada.

Ambila hincó el diente a la torta, primero receloso, luego con golosina.

—¿Qué es esto?

—Un grano, que nace de su semilla, que yo trituro, que amaso, que cuezo entre dos piedras... pero podría cocerse también dentro de tres paredes de piedra y arcilla que resistan al fuego.

—¿Y dónde hallas este grano? —interrogó Ambila con sumo interés.

—En el vallecillo, al Oriente, he sembrado, he recogido, y vosotros podéis hacer lo mismo, pero en mayor cantidad, y guardar lo que recojáis en la cueva, para repartir cada día una ración. Y oye otro secreto que he de revelarles: mejor que en esas cuevas oscuras y tristes, viviríais si construyeseis, con ramas y arcilla, vuestras habitaciones sostenidas en tronco, sobre las aguas del lago. No podrían allí atacaros las fieras. Cada cual de vosotros tendría así su vivienda, y con él habitaría la mujer preferida, los hijos de sus lomos. ¿No comprendes, oh mago, la diferencia? ¿No reconoces que seríais más dichosos? Y al serlo, bendeciréis el nombre

de Napal, que ha cambiado vuestra vida, que os ha redimido del incesante caminar y caminar, empujados por la miseria. Os fijaréis en un lugar favorable, donde encontréis aguas puras y tierra fértil; sembraréis este grano que os dará sustento, y os acordaréis de mí.

—¿Según eso —preguntó el mago, cada vez más preocupado, más grave—, tú anhelas, Napal, que la tribu te cuente entre los genios y, al hablar de ti, alce las manos como para orar a los espíritus?

—No, yo no busco eso; me basta haceros bien. Lo he deseado siempre, porque he visto que nuestra condición era infeliz, y he tratado de mejorarla. Detrás de mí, otros hombres buscarán otros secretos, y poco a poco se remediarán nuestros males. He aquí lo que pensaba decir a los Ancianos. Si tú te encargas de hacérselo saber, es lo mismo, Ambila. Acaso hasta sea mejor: a ti te creerán. Tienen fe en tu magia.

Guardaba silencio el brujo, fruncido el ceño y pensativa la faz. Napal tuvo un instante de desconfianza y le miró fijamente.

—¿No aprecias mi revelación? ¿Acaso la rechazas en nombre de esas costumbres que invocáis para todo? Haz lo que quieras, Ambila; yo no obligo a nadie a que reciba un don gratuito.

—No; al contrario, Napal... De mí puedes estar seguro; lo que dudo es que se avengan a tales variaciones y novedades los Ancianos. En fin, déjalo de mi cuenta, y a nadie reveles palabra hasta que yo consiga convencerles. Ahora conviene que visitemos juntos

el lugar donde has sembrado el grano, para que comprenda mejor lo que debo anunciar. Es preciso que te vea fabricar la gustosa torta; así podré elogiar tu descubrimiento y pintarlo fácil y practicable, a fin de que sepan que el peligro del hambre, gracias a ti, está conjurado... Reunámonos, pues, a la hora en que menos pueda notarse nuestra ausencia; van a aprestar la cena, y cuando estén entretenidos en los preparativos, aguárdame detrás de la cueva, al principio del sendero, y aprovecharemos lo que resta de día.

Convino Napal, y el mago se apartó de él, disimulando. Deslizándose por el borde de la laguna, fue a detenerse ante la fosa donde el elefante vivo, cautivo en su agujero, barritaba cavernosamente, vibrando su trompa en demanda de auxilio. Parecía que aspirase el aire, buscando en él el rastro de la manada que le había abandonado en su extraña prisión.

—Eres fuerte, grande y temible —pensó Ambila—; pero la astucia te ha vencido... Los hombres saben cómo se hace caer en la trampa al poderoso, y cómo se le roban sus cachorros a la fiera... Los hombres saben luchar por medio de la prudencia cautelosa...Mientras pensaba así el mago, un paso resonó, y una sombra gallarda y robusta se proyectó sobre el suelo de seco barro.

—¿Eres tú, Cazador?

Ronero miró hoscamente a Ambila.

—Yo soy... ¿Qué?

—Te buscaba, para decirte algo que te importa.

—Pocas cosas me importan, Ambila. Casi ni la vida me importa nada.

—Porque piensas siempre en una mujer.

—Tienes razón. La virgen de los collares de conchas me ha robado el sueño, el gusto de la carne y el afán de la ardiente caza.

—En una cosa yerras, Ronero —contestó el mago.

—¿En cuál?

—Ya lo sabrás... Ven conmigo, alejémonos un poco.

—Oye, Ambila —murmuró el Cazador cuando se apartaron buen trecho, fijando en el hechicero la mirada calenturienta—, tú que sabes de encantaciones y conoces el modo de propiciar a los genios, ¿no me dirás cómo debo hacer para que Damara sea mía? Aunque los Ancianos me la entreguen y se cumpla la costumbre, yo estoy dispuesto a ahogarla antes de acariciarla, si observo que le causo horror... Y estoy seguro, Damara me aborrece.

Ambila se recogió un instante sin responder.

—Ronero, antes te he dicho que en algo te equivocabas... Llamaste virgen a la de las sartas de conchas. Y tiempo hace que ha cumplido el rito, con Napal el inventor.

El Cazador gimió, como si recibiese herida interna y mortal.

—¿Es cierto lo que me dices?

—Cierto. Lo sé por Belenda y por otras mozueltas de la tribu. Lo atestiguo por los cuerpos de nuestros padres, que han quedado esparcidos en diversas regiones, cubiertos con piedras para no ser devorados.

Con ojos alocados, el jayán miraba a Ambila.

—Y si eso es verdad, ¿cómo lo toleráis los que tenéis el deber de velar por las antiguas costumbres? ¿No va contra nuestras leyes que el varón escoja una mujer, la mujer un varón? Napal y Damara deben ser apedreados, y sus cuerpos quedar insepultos.

Ambila sonreía con irónica tranquilidad.

—Sí; esa es la ley vieja, pero como otras, ha caído en desuso. Sólo los Ancianos la sostienen y la recuerdan. Los mozos se opondrían a ese acto de justicia. Todo cambia, y quién sabe las variaciones que mañana sufrirá nuestro modo de pensar y de vivir... ¡Tú mismo, Ronero, no lo niegues, estás inficionado de este nuevo espíritu, y en vez de mirar como hermanas y como esposas a todas las mujeres de la tribu, sólo piensas en la de los collares! También tú desacatas la tradición, y de estos afanes amorosos vendrán grandes desventuras: por la mujer, el hombre odiará a su semejante y se odiará a sí mismo.

—¿No hay remedio para mi mal, según eso?

—Puede haberlo; pero tú mismo lo has de aplicar. Los genios aman la sangre vertida. En otro tiempo era sangre humana lo que se ofrecía; la víctima era sujeta sobre una piedra acanalada, y por la hendidura el licor rojo y humeante corría a empapar el suelo. Y la caza abundaba, y nunca se extenuaban de hambre las nodrizas. También se ha perdido esta costumbre —¿no lo ves? — ¡Si te digo que es preciso variar incesantemente! Ahora, apenas si una o dos veces al año

se ofrece a los genios un toro, un jabalí... Hoy, gran día de caza, lo único que les habéis brindado son las piltrafas y despojos del elefante. Lo que no quisisteis devorar... Y los genios, en su montaña de fuego, sufren sed; ¡lo que únicamente puede apagarla es la sangre! Para propiciarlos bastas tú. ¿Tienes una hachuela bien afilada o el cuchillo con que diste muerte al oso?

El Cazador rugió.

—¡Sangre! Yo también tengo las fauces secas que no duermo, ni encuentro sabor a las lonjas de oso. Mira cómo han enflaquecido mis miembros y cómo de mi boca sale malsano calor. ¡Sangre! La deseaba, y no la vertía por no contravenir a la ley de la fraternidad en la tribu, donde todos somos hermanos.

—El ha roto la fraternidad antes que tú. Quiere que Damara le pertenezca exclusivamente.

—¡No será!

Al decirlo, el cazador alzó las manos para jurar o maldecir.

—Si tu resolución es firme —advirtió Ambila—, encuéntrate hoy, una hora después de que salga la luna, en el montecillo de las cabras: allí estaré yo con ellos.

Un asombro cortó la palabra al mago. La luz del sol hería de lleno el rostro barbado, duro y contraído del jayán, y por él rodaba algo líquido y brillante, como gota de rocío que lustra el follaje de las cañas al amanecer.

—¿Lloras? —interrogó Ambila atónito.

—Mátame, Ambila—, suplicó él—. Arrójame a la fosa del elefante cautivo. ¿No habrá un conjuro contra mí?

Deshazlo. Esa moza me ha sacado del pecho el corazón y lo ha dado a comer a su lobezno, al que la guarda.

—¡Bah! —Y el mago, festivamente, hirió las mejillas del mozo—. Ya te curaremos... Sal al montecillo a la hora convenida...

VI

Desde antes de anochecer, Napal había llevado al mago a visitar sus sembrados, donde las espigas, verdes aún, mostraban, sin embargo, llenas las cápsulas y un tanto doblugada la cabeza. En aquel suelo graso, intacto, era rapidísimo el crecimiento y madurez, y podían lograrse al año cuatro cosechas.

Volviendo luego a la meseta en que Damara les esperaba, rodeada de su rebañillo, sacó Napal la harina ya molida, y a presencia de Ambila amasó la torta, mientras la pastora encendía el fuego, cebaba con leña la hoguera, y rodeando de brasa las piedras chatas para que se pusiesen candentes, improvisaba el horno informe donde había de cocerse el pan. Ambila lo miraba todo con ojos ávidos, enterándose de las manipulaciones, ayudando, penetrado desde el primer momento de lo singular de la novedad y lo incalculable de sus frutos. No había mentido el inventor: desde aquel día estaba segura la subsistencia del hombre.

A su vez, Damara le explicaba la utilidad de las cabritas. Parirían, habría carne abundante, leche, zaleas

de abrigo. Ambila estaba deslumbrado. El que revelase tales misterios sería más que los genios, aboliría sus ritos, se haría adorar.

Entretanto, comenzaba el festín. Después de ordeñar, Damara le presentaba el cuenco rebosante, y de la caliente torta Napal remojaba trozos, que le ofrecía. Saboreando tan nuevos manjares, los alababa el mago.

—Es como si corriese un río de dulzura por las venas... Es tan grato, que la lengua viene a los labios para gustarlo otra vez...

—¿No te lo había yo dicho? Ya la tribu no sufrirá; los niños no estarán escuálidos, los viejos volverán a los días de su niñez, porque esta leche deleitosa les dará un alimento que no necesita mascarse. ¡Oh, cuánto he pensado en estas cosas! Noches y noches mi imaginación ha volado, y el porvenir se ha desarrollado ante mis ojos con más claridad que se desarrolla en las paredes y en el techo de las cuevas la serie de tus pinturas... He visto muchas viviendas; anchas, relucientes, en hileras, donde moraban hombres que activamente iban y venían; he visto campos infinitos, todos cubiertos de grano ya sazonado, color de sol; he visto prados muy verdes, y en ellos rebaños a millares; y he visto también cazadores persiguiendo a las fieras, sólo por el gusto de exterminarlas, no para comer su carne asquerosa. He visto anchos ríos y mares inmensos, y yo andaba por ellos, no sé cómo, tal vez de pie sobre unas tablas; y he visto mujeres que del río sacaban agua, y no llevaban descubierto sino el cuello y los brazos. Lo demás lo

envolvía castamente una especie de blanca nube. ¡Qué hermosas eran! ¡Qué encanto en sus formas!

Ambila escuchaba, no sin prestar a veces oído a los rumores lejanos, como si algo recelase o esperase que iba a venir.

—No temas —advirtió Napal, que lo interpretó a su manera—. No se acuerdan de nosotros... Habrán cenado y se habrán tendido a dormir... Mientras tengan carne abundante, no se inquietarán por nada. Hasta creo más prudente no revelarles cosa alguna sino cuando el hambre empiece a acosarles. Hoy no escucharían. Ni aun les extrañará tu ausencia. Espera todavía, vas a oír algo que te agradará. Has probado la cándida leche mezclada con la torta caliente, apetitosa. Ahora, satisfecho ese instinto de la necesidad que nos mueve a luchar para la conservación de la vida, algo más quisiéramos, ¿no es cierto? Nos convendría un goce que nos hiciese olvidar por instantes esa misma inquietud de la conservación... Otras ideas que nos distraigan...

Extrajo del saco de hierbas el pedacillo de caña perforada, y bajo la luz de la luna, Napal empezó a modular suavemente las sonatas sencillas de la primitiva rústica flauta del pastor. Damara, sentada en una piedra, los codos en las rodillas, el rostro descansando en las palmas, escuchaba con toda su alma llena de ternura. Era el sonido tan nuevo como el sabor del pan, pues no se habían escuchado en la tribu sino los salvajes «auus» con que se excitaban para la caza, o las fórmulas siniestras de los conjuros de hechicería, para

propiciar a los genios oscuros, a las fuerzas elementales. De improviso, en la copa de un árbol próximo, un pajarito despertado empezó a hacer el dúo, trinando delicadamente. De la garganta del ave brotaba el gorjeo, desgranándose como sarta de caracolillos que rueda rota sobre un seno de mujer; y la misma luna blanca y suave, parecía gozar iluminando el maravilloso concierto. Como sin darse cuenta, Damara, ensayando su voz juvenil, moduló un cántico, una melopea misteriosa, frases entrecortadas de halagüeña o coloquio, algo que era arrullo, queja y llamamiento. Alternaba el canto divino del pájaro con la improvisación de la mujer y con el quejido delicado de la flauta, y Ambila, por un instante, sintió que en su corazón se alzaba algo que pudiera llevar el nombre de remordimiento. Su oído, aunque saturado del encanto de la música, percibía entre la maleza algo como el rastrear de una alimaña y la contenida y jadeante fatiga de un resuello ronco...

Quizá hubiese sido ilusión, porque nada volvió a escucharse, y siguieron alzándose entre el amigo silencio de la noche, la sonata del ave, el tembloroso y suavísimo plañido rimado de la mujer, y los ecos de la flauta, semejantes al susurro del viento en las altas y lanceoladas cañas que bordan la laguna...

Cuando terminó el recreo, Napal se acercó al mago.

—Ambila, esto ha sido una despedida. Te dejo una herencia espléndida: el pan, el rebaño, la idea de las nuevas viviendas y hasta la música. Toma esta flauta, y

cuando el cuerpo esté saciado, despierta sus espíritus superiores con la armonía imitada de aquella con que nos regalan esasavecillas...

Ambila interrogaba.

—¿Qué era eso de heredar la flauta, el pan, las invenciones?

—¿No has comprendido? Damara y yo nos desgarramos de la tribu esta noche. Adondequiera que nos conduzca la casualidad, dueña del humano existir, ella será para mí y yo no tendré otra mujer, ni otro cariño. Nacerán criaturas, y se llamarán como nosotros, Napal y Damara. La tierra nos ofrece sus frutos, y yo he de legar a mis hijos estas maravillas y otras acaso mayores, encaminadas a hacer grata la vida. No volveré a verte: mi ruta es lejana. Adiós, Ambila, y que los de la tribu hablen de mí como del que les ha salvado.

Oía el mago, creyendo soñar. Un reconcomio de haber preparado lo que iba a suceder le oprimía. No hacía falta, por lo visto, que nadie muriese: la sangre, grata a los genios, no necesitaba correr. Napal, al fugarse, le dejaba dueño de su poderío. No volvería jamás, de seguro, y para él, Ambila, sería la gloria, el aparecer como un numen enviado por los poderes sobrenaturales. Y ahora, ¡qué hacer! La suerte estaba fijada; retroceder no cabía. Se encogió de hombros.

Ambila no hacía el mal si no le convenía, pero la ambición de ser grande entre los suyos le devoraba. El poder de los ancianos constituía para él un estorbo: estaban demasiado aferrados a la ley primitiva, y siempre

que algo desconocido llegaba a proponerse, chillaban enfurecidos, sin tomarse ni el trabajo de mirar en qué consistía la variación. En el fondo de su alma, el mago, aparentando guardarles grandes consideraciones, y escuchándoles con gestos de respeto, menospreciaba a los Ancianos y a las centenarias abuelas, encochecidas por la edad y las enfermedades y flaquezas. Más de una vez, Ambila había pensado en la necesidad de cambiar la existencia de la tribu, fijándola a la orilla de un caudaloso río o de un fresco lago. El descubrimiento de Napal le abría vastísimos horizontes. Era el fin del poder de los caducos, que nada hacían y todo lo estorbaban. Si, tan feliz advenimiento que le haría omnipotente, tenía que costarle la vida a Napal... ¿A Napal tan sólo? En un relámpago, Ambila adivinó... También conocía los secretos Damara, y también tenía que morir. De otro modo hablaría, alborotaría; sabríase la verdad, el nombre del inventor, y no sería él Ambila, a quien venerarían como a un genio, sino al mozo... Una arruga profunda surcó su frente, mientras Napal y Damara, risueños, repetían:

—Adiós, mago, adiós...

Y la pareja, enlazada, echó a andar, en dirección a una senda que trepaba por los escarpes montuosos, hacia una gruta conocida de Napal, y en la cual pensaban pasar la noche para emprender su camino desconocido antes de que asomase el sol. Iban ligeros, a paso elástico, alegre Damara, que desde el primer día ansiaba la evasión, la libertad. Su dicha principiaba en aquel

instante; el mundo se abría a su amor inocente y ardoroso; realizaba un sueño inconsciente: la purificación del instinto brutal, por la elección del alma. Y desaparecieron, detrás de la cortina de vegetación, hacia el árbol donde el ave cantora continuaba aún gorjeando.

Una masa oscura salió de los matorrales, y la voz bronca, alterada, del Cazador, balbuceó:

—Voy tras ellos...

De súbito, una idea más horrible cruzó por el pensamiento de Ambila. También Ronero había escuchado. ¡También tenía la clave del porvenir!

—Oye, Cazador — murmuró —. Mis consejos son mejores aún que los de los Ancianos... Síguelos de lejos, observa dónde se detienen, y, si se entregan al sueño, acómételes así, cuando no se puedan defender...

—¿A traición? ¡No! —gritó Ronero—. Cara a cara he de matarle.

Y enarbolando su formidable garrote de madera endurecida, echó a andar furtivamente. Ambila le siguió por el empinado sendero. Los amantes les llevaban delantera, porque, ansiosos de llegar a su refugio, iban por el atajo que conocían. Se encontraban ya en la gruta, en que el cuidado de Napal tenía mullido un lecho de seca hierba olorosa, lleno de agua un cuenco, y, puestos sobre hojas frescas, frutillos silvestres, pero gustosos, fresas agrias y madroños de granate encendido. Damara, gozosa, reía al frugal refresco, acariciando al lobezno fiel, que la había seguido, abandonando el

rebaño. Con su Napal, todo era bello para la moza, todo se revestía de luces y colores.

—¡Cuánto te quiero, Napal!

—¡Mi Damara! ¡Mía desde hoy, y para siempre!

El abrazo era estrecho, prolongado, interminable... Una sombra, en la puerta de la cueva, veló la luz de luna. Un ¡auu! Salvaje, de reto y de odio, resonó, modulado con energía diabólica. Damara exhaló un chillido de miedo... Ronero estaba allí, apoyado en su garrote, esperando.

—¿Qué quieres, Cazador? — preguntó Napal, protegiendo con su cuerpo a Damara.

—Tu sangre.

—¿Por qué? En nada te he ofendido. Ayer te ayudé en tu empresa de caza.

—Me has quitado a Damara, la has robado, como los buitres a las zuritas.¹² Vengo a recobrarla.

—Te engañas. Nunca fue tuya. Ella ha querido venirse en mi compañía. Ella se resiste a sufrir el yugo. Pregúntaselo. Es mía.

—Ella debe sufrir lo que sus hermanas sufren. Y sobre todo, yo la quiero: o me la das, o tu sangre.

—Ronero — suplicó Damara temblorosa —, perdónanos. Te invocaré como a los genios; pero déjame ser libre. Dentro de mí no puedes mandar.

—Cuando haya sacado a Napal el corazón por el pecho, entonces me dirás a quien perteneces. Entretanto,

¹² Zuritas: palomas.

te aguardo, mozo. Coge una piedra o toma mi cuchillo de pedernal; ármate, si lo prefieres con mi maza... Me bastan los brazos.

Y rápidamente, soltando el garrote, arrojando al suelo el cuchillo, avanzó hacia la plataforma que rodeaba la gruta y que dominaba, por un lado, el sendero abrupto, y por otro, un profundísimo barranco. Apretando los puños, haciendo resaltar sus bíceps, aguardó. A pesar de las súplicas de Damara, Napal se adelantó también. Al abocarse, se estrecharon cuerpo a cuerpo. Ronero hizo crujir el de Napal, pero un puñetazo hábil de éste entre los ojos cegó a su enemigo, y ya iba el mozo a aprovechar la victoria segundando, cuando por detrás una mano le asió de un tobillo y le hizo caer cuan largo era. Sin darle tiempo a levantarse, ciego y todo el Cazador, a tientas, aseguró con las rodillas a Napal, y buscó con las manos abiertas el cuello de su enemigo. Eran las manos de Ronero dos tenazas peludas, dotadas de fuerza incontrastable; y bajo su presión cruel, pronto perdería el inventor el respiro. Pero el Cazador sintió que por detrás le cogían con nerviosa violencia: era Damara, que acudía en defensa de su amigo. Y de nuevo intervino el mago. Asiendo a Damara por la cintura, la arrastró hacia el extremo de la plataforma, manteniéndola medio derrumbada hacia el precipicio, mientras con desesperados esfuerzos ella forcejeaba por volver a acercarse a los dos hombres.

Entonces Guá, el domesticado lobezno, se arrojó a morder a Ambila, y el mago, con el garrote que recogió del suelo, le tendió inerte, partiéndole el espinazo.

El momentáneo auxilio de la pastora había bastado para que Napal, ágil y pronto, se desasiese de las manos que le sujetaban y asestase otro certero golpe a Ronero en el estómago. Jadeó el Cazador, y como aún no se había disipado la nube de dolor que cubría sus ojos, a tientas, buscó nuevamente a su enemigo. Este se había armado ya del cuchillo de pedernal que yacía por tierra y aguardaba a pie firme, con resolución desesperada. Veía el grupo de Damara y el mago, ella pugnando por socorrerle, él impidiéndolo; comprendía, por fin, la asechanza, y de cualquier modo, quería salvarse y salvar a su predilecta. Empuñando el trozo aguzado del sílex, calculaba el golpe. Así que Ronero se arrojó sobre él, rápidamente le apuñaló. Penetró el arma bajo un hombro, cerca del cuello, y el Cazador, al sufrimiento agudísimo, se embraveció más; sus puños, lanzados a vuelo, aturdieron a Napal, alcanzándole en las sienes, y luego le aseguraron, yendo ambos enemigos, —enlazados por el abrazo del odio—, a precipitarse del escarpe al fondo del barranco, donde cayeron sin desasirse, Napal con la frente rota, Ronero con el pulmón partido, ambos rebotando en las piedras. El mago, al verlos rodar, empujó a Damara, y detrás de su amante, la enamorada descendió al abismo.



Y fue la primera vez que en la tribu se cometió un crimen pasional. Le siguieron otros muchos, pues habiendo el mago Ambila enseñado el cultivo del trigo y la confección del pan y el arte de edificar moradas, —por lo cual se le veneró como a una divinidad—, la tribu dejó de andar errante, y dio origen a pueblos agricultores y pastores, que abolieron el viejo rito, enemigo del Amor.

Zurita

Zurita
Leopoldo Alas “Clarín”¹
(1852-1901)



I

—¿Cómo se llama V.²? —preguntó el catedrático, que usaba anteojos de cristal ahumado y bigotes de medio punto, erizados, de un castaño claro.

Una voz que temblaba como la hoja en el árbol respondió en el fondo del aula, desde el banco más alto, cerca del techo:

—Zurita, para servir a V.

—Ese es el apellido; yo pregunto por el nombre.

Hubo un momento de silencio. La cátedra, que se aburría con los ordinarios preliminares de su tarea, vio un elemento dramático, probablemente cómico, en aquel diálogo que provocaba el profesor con un desconocido que tenía voz de niño llorón.

Zurita tardaba en contestar.

¹ **Leopoldo Alas**, apodado “Clarín” (1852—1901) fue narrador y ensayista español, su obra cumbre es *La Regenta*.

² V.: usted.

—¿No sabe V. cómo se llama? —gritó el catedrático, buscando al estudiante tímido con aquel par de agujeros negros que tenía en el rostro.

—Aquiles Zurita.

Carcajada general, prolongada con el santo propósito de molestar al paciente y alterar el orden.

—¿Aquiles ha dicho V.?

—Sí... señor —respondió la voz de arriba, con señales de arrepentimiento en el tono.

—¿Es V. el hijo de Peleo? —preguntó muy serio el profesor.

—No, señor —contestó el estudiante cuando se lo permitió la algazara que produjo la gracia del maestro. Y sonriendo, como burlándose de sí mismo, de su nombre y hasta de su señor padre, añadió con rostro de jovialidad lastimosa —: Mi padre era alcarreño.

Nuevo estrépito, carcajadas, gritos, patadas en los bancos, bolitas de papel que buscan, en gracioso giro por el espacio, las narices del hijo de Peleo.

El pobre Zurita dejó pasar el chubasco, tranquilo, como un hombre empapado en agua ve caer un aguacero. Era bachiller en artes, había cursado la carrera del Notariado, y estaba terminando con el doctorado la de Filosofía y Letras; y todo esto suponía multitud de cursos y asignaturas, y cada asignatura había sido ocasión para bromas por el estilo, al pasar lista por primera vez el catedrático. ¡Las veces que se habrían reído de él porque se llamaba Aquiles! Ya se reía él también; y aunque siempre procuraba retardar el momento de

la vergonzosa declaración, sabía que al cabo tenía que llegar, y lo esperaba con toda la filosofía estoica que había estudiado en Séneca, a quien sabía casi de memoria y en latín, por supuesto. Lo de preguntarle si era hijo de Peleo era nuevo, y le hizo gracia.

Bien se conocía que aquel profesor era una eminencia de Madrid. En Valencia, donde él había estudiado los años anteriores, no tenían aquellas ocurrencias los señores catedráticos.

Zurita no se parecía al vencedor de Héctor, según nos le figuramos, de acuerdo con los datos de la poesía.

Nada menos épico ni digno de ser cantado por Homero que la figurilla de Zurita. Era bajo y delgado, su cara podía servir de puño de paraguas, reemplazando la cabeza de un perro ventajosamente. No era lampiño, como debiera, sino que tenía un archipiélago de barbas, pálidas y secas, sembrado por las mejillas enjutas. Algo más pobladas las cejas, se contraían constantemente en arrugas nerviosas, y con esto y el titilar continuo de los ojillos amarillentos, el gesto que daba carácter al rostro de Aquiles era una especie de resol³ ideal esparcido por ojos y frente; parecía, en efecto, perpetuamente deslumbrado por una luz muy viva que le hería de cara, le lastimaba y le obligaba a inclinar la cabeza, cerrar los ojos convulsos y arrugar las cejas. Así vivía Zurita, deslumbrado por todo lo que quería deslumbrarle, admirándolo todo, creyendo en cuantas

³ Resol: reverberación del sol.

grandezas le anunciaban, viendo hombres superiores en cuantos metían ruido, admitiendo todo lo bueno que sus muchos profesores le habían dicho de la antigüedad, del progreso, del pasado, del porvenir, de la historia, de la filosofía, de la fe, de la razón, de la poesía, de la crematística,⁴ de cuanto Dios crió, de cuanto inventaron los hombres. Todo era grande en el mundo menos él. Todos oían el himno de los astros que descubrió Pitágoras; sólo él, Aquiles Zurita, estaba privado, por sordera intelectual, de saborear aquella delicia; pero en compensación tenía el consuelo de gozar con la fe de creer que los demás oían los cánticos celestes.

No había acabado de decir su chiste el profesor de las gafas, y ya Zurita se lo había perdonado.

Y no era que le gustase que se burlaran de él; no, lo sentía muchísimo; le complacía vivamente agradar al mundo entero; mas otra cosa era aborrecer al prójimo por burla de más o de menos. Esto estaba prohibido en la parte segunda de la *Ética*, capítulo tercero, sección cuarta.

El catedrático de los ojos malos, que tenía diferente idea de la sección cuarta del capítulo tercero de la segunda parte de la *Ética*, quiso continuar la broma de aquella tarde a costa del Aquiles alcarreño, y en cuanto llegó a la ocasión de las preguntas, se volvió a Zurita y le dijo:

—A ver, el señor don Aquiles Zurita. Hágame V. el

⁴ Crematística: “Economía política, y especialmente la parte que se refiere al dinero.”

favor de decirme, para que podamos entrar en nuestra materia con fundamento propio, ¿qué entiende V. por conocimiento?

Aquiles se incorporó y tropezó con la cabeza en el techo; se desconchó este, y la cal cubrió el pelo y las orejas del estudiante. (*Risas.*)

—Conocimiento... conocimiento... es... Yo he estudiado Metafísica en Valencia...

—Bueno, pues... diga V., ¿qué es conocimiento en Valencia?

La cátedra estalló en una carcajada: el profesor tomó la cómica seriedad que usaba cuando se sentía muy satisfecho. Aquiles se quedó triste. “Se estaba burlando de él, y esto no era propio de una eminencia”.

Mientras el profesor pasaba a otro alumno, para contener a los revoltosos, a quien sus gracias habían soliviantado, Zurita se quedó meditando con amargura. Lo que él sentía más era tener que juzgar de modo poco favorable a una eminencia como aquella de los anteojos. ¡Cuántas veces, allá en Valencia, había saboreado los libros de aquel sabio, leyéndolos entre líneas, penetrando hasta la médula de su pensamiento!

Tal vez no había cinco españoles que hubieran hecho lo mismo. ¡Y ahora la eminencia, sin conocerle, se burlaba de él porque tenía la voz débil y porque había estudiado en Valencia, y porque se llamaba Aquiles, por culpa de su señor padre, que había sido amanuense de Hermosilla!

Sí, Aquiles era un nombre ridículo en él. Su señor padre le había hecho un flaco servicio; ¡pero ¡cuánto le debía!, bien podía perdonarle aquella ridiculez recordando que por él había amado los clásicos, había aprendido a respetar las autoridades, a admirar lo admirable, a ver a Dios en sus obras y a creer que la belleza está en todo y que la poesía es, *como decía el gran Jovellanos*, “el lenguaje del entusiasmo y la obra del genio”. ¡Oh dómine de Azuqueca, tu hijo no reniega de ti, ni de tu pedantería, a la que debe la rectitud clásica de su espíritu, alimento fuerte, demasiado fuerte para el cuerpo débil y torcido con que la naturaleza quiso engalanarle interinamente!

Pero, aquel mismo señor catedrático, seguía pensando Zurita, ¿hacía tan mal en burlarse de él? ¡Quién sabe! Acaso era un humorista; sí, señor, uno de esos ingenios de quien hablan los libros de retórica filosófica al uso. Nunca se había explicado bien Aquiles en qué consistía aquello del *humour* inglés, traducido después a todos los idiomas, pero ya que hombres más sabios que él lo decían, debía de ser cosa buena. ¿No aseguraban algunos estéticos alemanes (¡los alemanes!, ¡qué gran cosa ser alemán!) que el humorismo es el grado más alto del ingenio? ¿Que cuando ya uno, de puro inteligente, no sirve para nada bueno, sirve todavía para reírse de los demás? Pues de esta clase, sin duda, era el señor catedrático: un gran ingenio, un humorista, que se reía de él muy a su gusto. Claro, ¿a

quién se le ocurre llamarse Aquiles y haber estudiado en Valencia?

II

Tenía ya treinta años. Hasta los quince había ayudado a su padre a enseñar latín; a los veinte se había hecho bachiller en artes en el Instituto de Guadalajara; después había vivido tres años dando paso de Retórica, Psicología, Lógica y Ética a los niños ricos y holgazanes. Un caballero acaudalado se lo llevó a Oviedo en calidad de ayo⁵ de sus hijos, y allí pudo cursar la carrera del Notariado. A los veinticinco años la historia le encuentra en Valencia sirviendo de ayuda de cámara, disfrazado de maestro, a dos estudiantes de leyes, huérfanos, americanos. A cada nuevo título académico que adquiría Zurita cambiaba de amo, pero siempre seguía siendo criado con aires de pedagogo. Parecía que su destino era aprenderse de memoria, a fuerza de repetirlas, las lecciones que debían saber los demás. Al cabo supo todo lo que ignoraban los que medraron mucho más que él. Zurita les enseñaba... y ellos no aprendían; pero ellos subían y él no adelantaba un paso.

Estas reflexiones no son de Zurita. Aquiles seguía pensando que era muy temprano para medrar. A los

⁵ Ayo: "persona que en una casa acomodada se encargaba del cuidado y educación de los niños."

veintisiete años emprendió la carrera de filosofía y letras, que, según él, era su verdadera vocación. “Ahora me toca estudiar a mí” se dijo el infeliz, que no había crecido de tanto estudiar; que tenía una palidez eterna, como reflejo de la palidez de las hojas de sus libros.

¿De qué vivía Zurita después que dejó de enseñar Retórica y cepillar la ropa a sus discípulos? Vivía de sus ahorros. El ahorro era una religión y una tradición familiar para Aquiles. El amanuense de Hermosilla, el que había copiado en hermosa letra de Torío toda la *Ilíada* en endecasílabos, había sido, además de humanista, avaro; guardaba un cuarto y lo ponía a parir; y a veces los cuartos del dómine de Azuqueca parían gemelos. Desde niño Aquiles que tenía la moral casera por una moral revelada, se había acostumbrado al ahorro como a una segunda naturaleza. La idea del fruto civil le parecía tan inherente a las leyes de la creación como la de todo desarrollo y florecimiento. Así como la tierra —o sea Demetera según Zurita— de su fecundo seno saca todos los frutos, así el ahorro en el orden social produce el interés, su hijo legítimo. Malgastar un cuarto le parecía al tierno Aquiles tan bárbara acción como hacer malparir a una oveja o aplastarle en el vientre los póstumos recentales,⁶ o como destrozar un árbol robándole la misteriosa savia que corría a nutrir y dar color de salud a los frutos incipientes.

Cuando leyó, hombre ya, la apología que escribió

⁶ Recentales: corderos.

Bastiat del *petit centime*, Aquiles lloró enternecido. Bastiat fue para él un San Juan del evangelio económico.

Aquello que la *ciencia* le decía lo había él adivinado. Pero ¡con qué elocuencia lo demostraba el sabio! ¡La religión del interés! ¡La religión del ahorro! ¡Las armonías del tanto por ciento!... Esto era lo que él había aprendido empíricamente en el hogar bendito. “El dómine de Azuqueca era, además de un Quintiliano, ¡un Bastiat inconsciente!”. Zurita alababa la memoria de su padre, que tenía un altar en su corazón; y prestaba dinero a interés a sus discípulos. Como él era estoico, le costó poco trabajo vivir como un asceta; apenas comía, apenas vestía; su posada era la más barata de Valencia; le sobraba casi todo el sueldo que le daban los estudiantes americanos, como antes le había sobrado la soldada que recibía del ricacho de Oviedo. Cuando Zurita se decidió a *estudiar de veras*, con independencia, sin dar lecciones ni limpiar botas, reunía, merced a sus ahorros y a los que heredara de su padre, una renta de dos mil trescientos reales, colocada a salto de mata, en peligrosos parajes del crédito, pero a un interés muy respetable, en consonancia con el riesgo. Cobraba los intereses a toca—teja, sin embargo, merced a su fuerza de voluntad, a su constancia en el pedir y a la pequeñez de las cantidades que tenían que entregarle sus deudores. Por cobrar una peseta de intereses daba tres vueltas al mundo, y abrumaba al deudor

con su presencia, y se dejaba insultar. Siempre cobraba. Peseta a peseta y a lo más duro a duro, recogía sus rentas, las rentas de aquel capital esparcido a todos los vientos. De los dos mil trescientos reales le sobraban al año los trescientos para aumentar el capital. Las matrículas no le costaban dinero, sino disenterías, porque las ganaba a fuerza de estudiar. Su presupuesto exigía que los estudios se los pagase el Estado. Tenía, por consiguiente, que ganar de seguro el premio llamado... *matrícula de honor*; tenía que estudiar de manera que a ningún condiscípulo pudiese ocurrírsele disputarle el premio. Y conseguía su propósito. No había más que sacrificar el estómago y los ojos. Con sus dos mil reales pagaba la posada y se vestía y calzaba. Su ambición oculta, la que apenas se confesaba a sí mismo, era ir a Madrid. Su gran preocupación eran las *eminencias*, a quien también llamaba *aquellas lumbreras*. Aunque sus aficiones intelectuales y los recuerdos de las enseñanzas domésticas le inclinaban a las ideas que se suele llamar reaccionarias, en punto a *lumbreras* admiraba las de todos los partidos y escuelas, y lo mismo se pasmaba ante un discurso de Castelar que ante una lamentación de Aparisi. ¡Si él pudiese oír algún día y ver de cerca a todos aquellos sabios que explicaban en la Universidad Central, en el Ateneo y hasta en el Fomento de las Artes! A los muchachos valencianos que estudiaban en Madrid les preguntaba, cuando volvían por el verano, mil pormenores de las costumbres, figuras y gestos de

las *lumberas*. Leía todos los libros nuevos que caían en sus manos, y se desesperaba cuando no entendía muy bien las *modernas teorías*.

Quedarse zaguero⁷ en materia científica o literaria se le antojaba el colmo de lo ridículo, y los autores que le atraían a su causa en seguida eran los que trataban de ignorantes, fanáticos y trasnochados a los que no seguían sus ideas. Por más que el corazón le llamaba hacia las doctrinas tradicionales, al espiritualismo más puro, los libros de cubierta de color de azafrán, que entonces empezaban a correr por España anunciando, entre mil galicismos, que el pensamiento era una sección del cerebro, trastornaban el juicio del pobre Zurita.

La duda entró en su alma como un terremoto, y sus entrañas padecieron mucho con aquellos estremecimientos de las creencias. Muchas veces, mientras sacaba lustre a las botas de algún discípulo muy amado, su pensamiento padecía torturas en el potro de una duda acerca de la permanencia del *yo*. —¿El *yo* de hoy es el *yo* de ayer, señor Zurita? —le había preguntado un filósofo que acababa de cursar el doctorado de letras en Madrid, y venía con una porción de problemas filosóficos en la maleta.

Zurita a sus solas meditaba: “Mi *yo* de hoy ¿es el mismo de ayer? Este que limpia estas botas ¿es el mismo que las limpió ayer?”. Y para sacar mejor el

⁷ Zaguero: “Que está o va en la zaga de algo.”

lustre, contrayendo los músculos de la boca, arrojaba sobre la piel de becerro el aliento de sus pulmones.

El aliento salía caliente, y esto le recordaba la teoría de Anaxímenes y en general las de toda la escuela jónica; y el materialismo antiguo, empalmado con el moderno se le volvía a aparecer mortificándole con sus negaciones supremas de lo espiritual, inmortal y suprasensible. El pobre muchacho pasaba las de Caín con estas dudas. En materias literarias también su pensamiento *había sufrido una revolución*, como decía Zurita, imitando sin querer el estilo de las *lumberas*. —¡Él, que se había criado en el estilo más clásico que pudo enseñar amanuense de retórico!— Ya se había acabado la retórica complicada de las figuras, y según veía por sus libros, y según lo que le decían los estudiantes que venían de Madrid, ahora la poesía era objetiva o subjetiva, y el arte tenía *una finalidad propia* con otra porción de zarandajas filosóficas todas extranjeras. Para enterarse bien de todas estas y otras muchas novedades, deseaba, sin poder soñar con otra cosa, verse en la corte en las cátedras de la Universidad Central, cara a cara con el profesor insigne de Filosofía a la moda y con el de literatura trascendental y enrevesada.

Llegó el día esperado con tal ansia, y Zurita entró en la corte, y antes de buscar posada, fue a matricularse en el doctorado de Filosofía y Letras. Licenciado ya se había hecho, según queda apuntado.

En la fonda de seis reales sin principio en que hubo de acomodarse, encontró un filósofo cejijunto, taciturno y poco limpio que dormía en su misma alcoba, la cual tenía vistas a la cocina por un ventanillo cercano al techo... y no tenía más vistas.

Era el filósofo hombre, o por lo menos filósofo, de pocas palabras, y jamás a los disparates que decían los otros huéspedes en la mesa quería mezclar los que a él pudieran ocurrírsele. Zurita le pidió permiso la primera noche para leer en la cama hasta cerca de la madrugada. Separaba los dos miserables catres el espacio en que cabía apenas una mesilla de nogal mugrienta y desvencijada; allí había que colocar el velón de aceite (porque el petróleoapestaba), y como la luz podía ofender al filósofo, que no velaba, creyó Zurita obligación suya pedir licencia.

El filósofo, que tendría sus treinta y cuatro años y parecía un viejo malhumorado, seco y frío, se desnudaba mirando a Zurita, que ya estaba entre sábanas, con gesto de lástima orgullosa, y contestó:

—Usted, señor mío, es muy dueño de leer las horas que quiera, que a mí la luz no me ofende para dormir. El mal será para V., que con velar perderá la salud y con leer llenará el espíritu de *prejuicios*.

No replicó Zurita, por falta de confianza pero no dejó de asombrarle aquello de los *prejuicios*. Poco a poco, pero sin trabajo, fue consiguiendo que el filósofo se dignara soltar delante de él alguna sentencia, no a la mesa al almorzar o al cenar, sino en la alcoba antes de dormirse.

Como Zurita observase que el señor don Cipriano, que así se llamaba, y nunca supo su apellido, sobre todo asunto de ciencia o arte daba sentencia firme y en dos palabras condenaba a un sabio y en media absolvía a otro, se le ocurrió preguntarle un día que a qué hora estudiaba tanto como necesitaba saber para ser juez inapelable en todas las cuestiones. Sonrió don Cipriano y dijo:

—Ha de saber el licenciado Zurita que nosotros no leemos libros, sino que *“aprendemos en la propia reflexión, ante nosotros mismos, todo lo que hay puesto en la conciencia para conocer en vista inmediata, no por saberlo, sino por serlo”*.

Y se acostó el filósofo sin decir más, y a poco roncaba.

Zurita aquella noche no podía parar atención en lo que leía, y dejaba el libro a cada poco minuto, y se incorporaba en su catre para ver al filósofo dormir.

Empezaba a parecerle un tantico ridículo buscar la sabiduría en los libros, mientras otros roncando se lo encontraban todo sabido al despertar.

Algunas veces había visto al don Cipriano en los claustros de la Universidad; pero, como sabía que no era estudiante, no podía averiguar a qué iba allí.

Una noche, en que la confianza fue a más se atrevió a preguntárselo.

El filósofo le dijo que él también iba a cátedra, pero no con el intento de tomar grados ni títulos, sino con el de comulgar en la ciencia con sus semejantes, como también Zurita podía hacer, si le parecía conveniente.

Contestó Aquiles que nada sería más de su agrado que estudiar desinteresadamente y comulgar en aquello que se le había dicho.

A los pocos días Zurita comenzaba a ser krausista como el señor don Cipriano, con quien asistía a una cátedra que ponía un señor muy triste. Sin dejar las clases en que estaba matriculado, consagró lo más y lo principal de su atención a la nueva filosofía (nueva para él) que le enseñaba el señor taciturno, con ayuda del filósofo de la posada. Don Cipriano le decía que al principio no entendería ni una palabra; que un año, y aun dos, eran pocos para comenzar a iniciarse en aquella filosofía armónica, que era la única; pero que no por eso debía desmayar, pues, como aseguraba el profesor, para ser filósofo no se necesita tener talento. Estas razones no le parecían muy fuertes a Zurita, porque ni él necesitaba tales consuelos, ni había dejado de entender una palabra de cuantas oyera al profesor.

A esto replicaba don Cipriano que lo de creer entenderle era un puro *prejuicio*, preocupación subjetiva, y el declarar que entendía, prueba segura de no entender.

Cada día iba estando más clara para el buen Aquiles la doctrina del maestro; pero como don Cipriano se obstinaba en probarle que era imposible que comprendiese de buenas a primeras lo que otros empezaban a vislumbrar a los tres años de estudio, el dócil alcarreño se persuadió al cabo de que vivía a oscuras y de que el ver la luz de la razón iba para largo. Tendría paciencia.

Cuando el catedrático de los anteojos le preguntó

si era hijo de Peleo y lo que era conocimiento en Valencia, Aquiles desahogó la tristeza que le produjo el ridículo en el pecho de su filósofo de la posada.

—Merecida se tiene usted esa humillación, por asistir a esas cátedras de pensadores meramente subjetivos, que comienzan la ciencia desde la abstracción imponiendo ideas particulares como si fueran evidentes.

—Pero, señor don Cipriano, como yo necesito probar el doctorado...

—Déjese usted de títulos y relumbrones. ¿No es usted ya licenciado? ¿No le basta eso?

—Pero, como quiero hacer oposición a cátedras...

—Hágalas usted.

—¿Cómo, sin ser doctor?

—A cátedras de Instituto.

—Pero esas no tienen ascensos, ni derechos pasivos, y si llego a casarme...

—¡Ta, ta, ta! ¿Qué tiene que ver la ciencia con las clases pasivas ni con su futura de usted? El filósofo no se casa si no puede. ¿No sabe usted, señor mío, amar la ciencia por la ciencia?... Concrétese usted a una aspiración; determine usted su vocación, dedicándose, por ejemplo, a una cátedra de Psicología, Lógica y Ética, y prescindida de lo demás. Así se es filósofo, y sólo así.

Zurita no volvió a la cátedra del señor de los ojos ahumados.

Perdió el curso, es decir, no se examinó siquiera, ni volvió a pensar en el doctorado, que era su ambición única allá en Valencia.

Lo que a él le importaba ahora ya no era un título más, sino *encontrar a Dios en la conciencia, siendo uno con Él y bajo Él*.

Buscaba Aquiles, pero Dios no aparecía de ese modo.

Su vida material (la de Zurita) no tenía accidentes dignos de mención. Pasaba el día en la Universidad o en su cuartito junto a la cocina. En la mesa le dejaban los peores bocados y los comía sin protestar. La patrona, que era viuda de un escritor público y tenía un lunar amarillo con tres pelitos rizados cerca de la boca, la patrona miraba con ojos tiernos (restos de un romanticismo ahumado en la cocina) a su huésped predilecto, al pobre Zurita, capaz de comer suelas de alpargata si venían con los requisitos ordinarios de las chuletas rebozadas con pan tostado. Nunca atendía al subsuelo Aquiles. Debajo del pan, cualquier cosa; él de todos modos lo llamaría chuleta. Mascaba y tragaba distraído; si el bocado de estopa, o lo que fuese, oponía una resistencia heroica a convertirse en bolo alimenticio y no quería pasar del gaznate, a Zurita se le pasaba por la imaginación que estaba comiendo algo cuya *finalidad* no era la deglución ni la digestión; pero se resignaba. ¡Era cuestión tan baladí averiguar si aquello era carne o pelote!⁸

¡Con qué lástima miraba Aquiles a un huésped, estudiante de Farmacia, que todos los días protestaba

⁸ Pelote: “pelo de cabra, que se emplea para rellenar muebles de tapicería y sirve también para otros usos industriales.”

las chuletas de doña Concha (la patrona), diciendo que “aquello no constituía un *plato fuerte*, como exigían las bases del contrato, y que él no quería ser víctima de una mistificación”! ¡Si estaría lleno de *prejuicios* aquel estudiante! Doña Concha le servía un par de huevos fritos sucedáneos de la chuleta. El estudiante de Farmacia, por fórmula, pedía siempre la chuleta, pero dispuesto a comer los huevos. La criada acudía con el plato *no constituyente*, como le llamaban los otros huéspedes; el de Farmacia, con un gesto majestuoso, lo rechazaba y decía “¡huevos!” como pudiera haber dicho *Delenda est Carthago*. La chuleta del estudiante, según los maliciosos, ya no era de carne, era de madera, como la comida de teatro. Esto se confirmó un día en que doña Concha, haciendo la apología de la paciencia gástrica de Zurita, exclamó: “¡Ese ángel de Dios y de las escuelas sería capaz de comerse la chuleta del boticario!”.

Don Cipriano ya no almorzaba ni comía en la casa. No venía más que a dormir.

Zurita le veía pocas veces en la cátedra del filósofo triste. El otro le explicaba su ausencia diciendo:

—Es que ahora voy a oír a Salmerón y a Giner. Usted todavía no está para eso.

En efecto, Zurita, aunque empezaba a sospechar que su profesor de filosofía armónica no daba un paso, se guardaba de dar crédito a estas *aprensiones subjetivas*, y continuaba creyendo al sabio melancólico bajo su palabra.

Una noche D. Cipriano entró furioso en la alcoba; Zurita, que meditaba, con las manos cruzadas sobre la cabeza, metido en la cama, pero sentado y vestido de medio cuerpo arriba; Zurita, volviendo de sus espacios imaginarios, le preguntó:

—¿Qué hay, maestro?

—¡Lea V.! —gritó D. Cipriano, y le puso delante de los ojos un papel impreso en que al filósofo de seis reales sin principio y a otros como él les llamaban, sin nombrarles, *attachés*, o sea agregados, del krausismo.⁹ Zurita se encogió de hombros. No comprendía por qué D. Cipriano se irritaba; ni ser *agregado* de la ciencia le parecía un insulto, ni quien escribía aquello, que era un pensador *meramente discursivo*, de ingenio, pero *irracional* (según la suave jerga de D. Cipriano), merecía que se tomase en cuenta su opinión.

El filósofo llamó idiota a Zurita y apagó la luz con un soplo cargado de ira.

⁹ El krausismo es una doctrina idealista que se funda en una conciliación entre el teísmo y el panteísmo, según la cual Dios, sin ser el mundo (panteísmo) ni estar fuera de él (teísmo), lo contiene en Sí y de Él trasciende. Dicha concepción se denomina Panenteísmo. Debe su nombre al pensador postkantiano alemán Karl Christian Friedrich Krause (1781—1832). Esta filosofía tuvo gran difusión en España, donde alcanzó su máximo desarrollo práctico gracias a la obra de su gran divulgador, Julián Sanz del Río, y a la Institución Libre de Enseñanza dirigida por Francisco Giner de los Ríos, además de la contribución del jurista Federico de Castro y Fernández (Wikipedia: <https://es.wikipedia.org/wiki/Krausismo#:~:text=El%20krausismo%20es%20una%20doctrina,S%C3%AD%20y%20de%20C3%89%20trasciende.>)

III

Muy en serio había tomado Aquiles lo de ver dentro de sí —siendo uno con él— a Su Divina Majestad. Se le antojaba que de puro zote no encontraba en sí aquella unidad en el Ser que para D. Cipriano y el catedrático triste era cosa corriente.

El filósofo se retiraba tarde, pero dormía la mañana. Aquiles se acostaba para que no se le enfriasen los pies al calentársele la cabeza; y sentado en el lecho, que parecía sepultura, meditaba gran parte de la noche, primero acompañado de la mísera luz del velón, después de las doce a oscuras; porque la patrona le había dicho que aquel gasto de aceite iba fuera de la cuenta del pupilaje. Mientras D. Cipriano roncaba y a veces reía entre sueños, Zurita pasaba revista a todos los recursos que le habían enseñado para prescindir de su propio yo, *como tal yo finito (este que está aquí, sin más)*. El sueño le rendía, y cuando empezaban a zumbarle los oídos, y se le cerraban los ojos, y perdía la conciencia del lugar y la del contacto, era cuando se le figuraba que iba entrando en el yo en sí, *antes de la distinción de mí a lo demás...* y en tan preciosos momentos se quedaba el pobre dormido. De modo que no parecía Dios.

Se quejaba el infeliz a su mentor, y don Cipriano le decía:

—Cómprase V. una cafetera y tome mucho café por la noche.

Así lo hizo Aquiles, aunque a costa de grandes sacrificios. Como se alimentaba poco y mal, y no tomaba ordinariamente café, por espíritu de ahorro, el moka de castañas y otros indígenas le produjo los primeros días excitaciones nerviosas, que le ponían medio loco. Hacía muecas automáticas, guiñaba los ojos sin querer y daba brincos sin saberlo. Pero conseguía su propósito: no se dormía.

Aunque el Ser en la Unidad no acababa de presentársele, tenía grandes esperanzas de poseer la apetecida visión en breve. ¡El café le hacía pensar cada cosa! A lo mejor le entraba, sin saber por qué y sin motivos racionales, un amor descomunal a la Humanidad de la Tierra, como decía él, copiando a D. Cipriano. Lloraba de ternura considerando las armonías del Universo, y la dignidad de su categoría de ser consciente y libre le ponía muy hueco. Todo esto a oscuras y mientras roncaba D. Cipriano.

Pero ¡oh dolor!, al cabo de pocas semanas el café perdió su misterioso poder, y le hizo el mismo efecto que si fuese agua de castañas, como efectivamente era. Volvía a dormirse en el instante crítico de disolverse en lo Infinito, siendo uno con el Todo, sin dejar de ser este que individualmente era, Zurita.

—Pero V., D. Cipriano —preguntaba desconsolado el triste Aquiles al filósofo cuando este despertaba (ya cerca de las doce de la mañana)—, ¿V. ve realmente a

Dios en la Conciencia, siendo uno con Él?

—Y tanto como veo —respondía el filósofo mientras se ponía los calcetines, de que no haré descripción de ningún género. Baste decir, por lo que respecta a la ropa blanca del pensador, que no había tal blancura, y que si era un sepulcro D. Cipriano, no era de los blanqueados por fuera; la ropa de color había mejorado, pero en paños menores era el mismo de siempre.

—Y diga V., ¿dónde consiguió ver por primera vez la Unidad del Ser dentro de sí?

—En la Moncloa. Pero eso es accidental; lo que conviene es darse grandes paseos por las afueras. En las Vistillas, en la Virgen del Puerto, en la Ronda de Recoletos, en Atocha, en la Venta del Espíritu Santo y en otros muchos parajes por el estilo he disfrutado muchas veces de esa vista interior por que V. suspira.

Desde entonces Zurita dio grandes paseos, a riesgo de romper las suelas de los zapatos, pero no consiguió su propósito; le robaron el reloj de plata que heredara de sus mayores, mas no se le apareció el Ser en la Unidad.

—¿Pero V. lo ve? —repetía el aprendiz.

—¡Cuando le digo a V. que sí!

Zurita empezaba a desconfiar de ser en la vida un filósofo sin prejuicios. “¡Este maldito yo finito, de que no puedo prescindir!”.

Aquel yo que se llamaba Aquiles le tenía desesperado.

Nada, nada, no había medio de verse en la Unidad del ser pensado y el ser que piensa bajo Dios. ¡Y para esto había él perdido el curso del Doctorado!

El hijo del dómine de Azuqueca se hubiera vuelto loco, de fijo, si Dios, que veía sus buenas intenciones, no se hubiera compadecido de él apartando de su trato a don Cipriano, que se fue a otra posada, y no volvió por la de Zurita ni por la Universidad, y trayendo a España nuevas corrientes filosóficas, que también habían de volverle la cabeza a Aquiles, pero de otro lado.

Por aquel tiempo recibió una carta de una antigua amiga de Valencia que se había trasladado a Madrid, donde su esposo tenía empleo, y le llamaba para que, si era tan bueno, diese lección de latín a un hijo de las entrañas, mucho más mocoso que amigo de los clásicos. No pensaba Zurita aceptar la proposición, pues aunque sus rentas eran lo escasas que sabemos, a él le bastaban, y la filosofía, además, no le permitía perder el tiempo en niñerías por el vil interés; pero fue a ver a la señora para decírselo todo en persona.

Era la dama, o rica o amiga de aparentarlo, porque su casa parecía de gran lujo y allí vio, palpó y hasta olió Zurita cuanto inventó el diablo para regalo de los sentidos perezosos. Lo peor de la casa era el marido, casi enano, bizco, y de tan malos humores, que los vomitaba en forma de improperios de la mañana a la noche; pero estaba poco en casa, de lo que se mostraba muy contenta la señora. Esta llamada doña Engracia, era beata de las orgullosas, de las que se ponen muy encarnadas si oyen hablar mal de los curas malos, como si fuesen ellas quien les cría; su virtud parecía cosa de apuesta, más la tenía por tesón que por amor de Dios, que era

como no tenerla. Siempre hablaba de privaciones de penitencias; pero, como no fuera de lo desagradable, lo pobre y lo feo, no se sabía de qué se privaba aquella señora, rodeada de seda y terciopelo, que pisaba en blanduras recostando el cuerpo, forrado de batista,¹⁰ en muebles que hacían caricias suaves como de abrazos al que se sentaba o tendía en ellos. Verdad es que ayunaba y comía de vigilia siempre que era de precepto, y otras veces por devoción; pero sus ayunos eran pobreza del estómago, que no resistía más alimento, y sus viglias comer mariscos exquisitos y pescados finos y beber vinos deliciosos. No tenía amante doña Engracia, y como el marido bizco y de forma de chaparro no hacía cuenta, sus veintinueve años (los de la dama) estaban en barbecho. No le faltaban deseos, tentaciones, que ella atribuía al diablo; pero por salir con la suya rechazaba a cuantos se le acercaban con miras de pecar. Mas la ociosa lascivia hurgaba, y como no tenía salida, daba coces contra los sentidos que se quejaban de cien maneras. Pasaba la señora el día y la noche en discurrir alguna traza para satisfacer aquellas ansias sin dejar de parecer buena, sin que hubiera miedo de que el mundo pudiese sospechar que las satisfacía. Y al cabo el diablo, que no podía ser otro, le apuntó lo que había de hacer, poniéndole en la memoria al don Aquiles Zurita que había conocido en Valencia.

¹⁰ Batista: “tela muy fina y ligera de lino o algodón, generalmente de color blanco o algún color pastel; se utiliza para pañuelos, lencería y prendas delicadas.”

Para abreviar (que no es esta la historia de doña Engracia, sino la de Zurita), la dama consiguió que el filosofastro “le sacrificara”, como ella dijo, una hora cada día para enseñar latín al muchacho. Al principio la lección la tenían a solas maestro y discípulo; pero, pasada una semana, la madre del niño comenzó a dejar olvidados en la sala de la lección pañuelos, ovillos de hilo, tijeras y otros artículos, y al cabo no hacía ya más que entrar y salir, y más al cabo no hacía más que entrar y no salir; con lo que Zurita, a pesar de su modestia e inocencia prístina, comenzó a sospechar que doña Engracia se había aficionado a su persona.

¡Rara coincidencia! Observación parecida había hecho en la posada, notando que la patrona, doña Concha, suspiraba, bajaba los ojos y retorció las puntas del delantal en cuanto se quedaba sola con él. Los suspiros eran de bomba real allá en la noche, cuando Aquiles meditaba o leía, y la viuda, que dormía pared por medio, velaba distraída en amorosas cavilaciones. En una ocasión tuvo el eterno estudiante que dejar las ociosas plumas (que eran de paja y pelote duro) porque la disentería le apuraba —¡tanto estudiar!— y a media noche, descalzo y a oscuras, se aventuró por los pasillos. Equivocó el camino, y de golpe y porrazo dio en la alcoba de doña Concha. La viuda, al sentir por los pasillos al joven, había apagado la luz y esperaba, con vaga esperanza, que una resolución heroica del muchacho precipitase los acontecimientos que ella en vano quería facilitar a fuerza de suspiros simbólicos. Doña

Concha era romántica tan consecuente como Moyano, y hubiera preferido una declaración a la luz de la luna y por sus pasos contados, con muchos preparativos, graduada y *matizada*; pero, ya que el ardiente doncel prefería un ataque brutal, ella estaba dispuesta a todo, aunque reservándose el derecho de una protesta tímida y débil, más por lo que se refería a la forma que por otra cosa. Doña Concha tenía cuarenta años bien conservados, pero cuarenta...

Cuando conoció su error, que fue pronto, Zurita se deshizo en excusas y buscó precipitadamente la puerta. Entonces el pudor de la patrona despertó como el león de España de 1808 y comenzó a gritar: “¡Ladrones!, ¡ladrones! ¿Quién anda ahí?... ¡Oigan la mosquita muerta!”, y otros tópicos de los muchos que ella conocía para situaciones análogas. El amor propio no le dejó a la viuda creer lo de la equivocación, y se inclinó a pensar que el prudente Aquiles, en un momento de amor furioso, se había levantado y había acometido la empresa formidable de que luego se arrepintiera, tal vez por la pureza de su amor secreto.

Ello es que la viuda siguió suspirando, y hasta se propasó, cuando vino la primavera, a dejar todas las mañanas en un búcaro de barro cocido un ramo de violetas sobre la mesilla de noche del filosofastro.

Comprendiendo Aquiles que aquella pasión de doña Concha le distraía de sus reflexiones y le hacía pensar demasiado en las calidades del *yo* finito, decidió dejar la posada de las chuletas de cartón—piedra, y sin oír

a los sentidos, que le pedían el pasto perpetuamente negado, salió con su baúl, sus libros y su filosofía armónica de la isla encantada en que aquella Circe, con su lunar junto a la boca, ofrecía cama, cocido y amor romántico por seis reales... sin principio.

Más peligrosa era la *flirtation* de doña Engracia, que cada día se insinuaba con mayor atrevimiento. Vestía aquella señora en casa unos diablos de batas de finísima tela que se pegaba al cuerpo de diosa de la enemiga como la hiedra al olmo; se sentaba en el sofá, y en la silla larga, y en el confidente (todo ello blando, turgente y lleno de provocaciones), con tales posturas, doblándose de un modo y enseñando unas puntas de pie, unos comienzos de secretos de alabastro y unas líneas curvas que mareaban, con tal arte y hechicería, que el mísero Zurita no podía pensar en otra cosa, y estuvo una semana entera apartado de su investigación de la Unidad del Ser en la conciencia, por no creerse digno de que ideas y comuniones tan altas entrasen en su pobre morada.

Según huían los pensamientos filosóficos, despertaban en el cerebro del hijo del dómine recuerdos de los estudios clásicos y se le aparecía Safo con aquel *zumbar de oídos*, que a él también le sorprendiera algunas veces cuando doña Engracia se le acercaba hasta tocarle las rodillas con las suyas. Entonces también le venía a la memoria aquello de Ovidio en la Elegía IV de *Los Amores*:

*Quidquid ibi poteris tangere, tange mei...*¹¹

¡Ovidio! De coro se lo sabía Aquiles, pero ¡con qué desinterés! Sin que un mal pensamiento surgiese en su mollera, consagrada a las humanidades, en la juventud risueña Aquiles había traducido y admirado, desde el punto de vista del arte, todas las picardías galantes del poeta de las *Metamorfosis*. Sabía cómo había que enamorar a una casada, las ocasiones que se debían aprovechar y las maniobras a que se la sujetaba para que no pudiera inspirar celos al amante el marido. Pero todo esto le parecía antes a Zurita bromas de Ovidio, mentiras hermosas para llenar hexámetros y pentámetros.

Mas ¡ay!, ahora los dísticos del poeta de los cosméticos volvían a su cerebro echando fuego, cargados de aromas embriagadores, con doble sentido, llenos de vida, significando lo que antes Aquiles no podía comprender. ¡Cuántas veces, mientras estaba al lado de doña Engracia, como un palomino aturdido, sin dar pie ni mano, venían a su imaginación los pérfidos consejos del poeta lascivo!

¡Y qué extraña mezcla harían allí dentro los versos del latino y los sanos preceptos de los *Mandamientos de la Humanidad* vulgarizados en francés por el simpático filósofo de Bruselas Mr. Tiberghien! “¡Vaya una manera de buscar lo Absoluto dentro de mí siendo uno conmigo!” pensaba Zurita.

¹¹ Envide: convidar, invitar.

—Sin embargo —añadía— yo no sucumbiré, porque estoy decidido a no declararme a doña Engracia, y ella, es claro que no se atreverá a ser la que envide¹²; porque, como dice el condenado pagano, no hay que esperar que la mujer emprenda el ataque, aunque lo desee:

*Vir prior accedat; vir verba precantia dicat:
Excipiet blandas comiter illa preces.
Ut potiare roga; tantum cupit illa rogari.*¹³

A pesar de tanto latín, Aquiles y Ovidio se equivocaron por esta vez, porque doña Engracia, convencida de que el tímido profesor de Humanidades jamás daría el paso definitivo, el que ella anhelaba, se arrojó a la mayor locura. Pálida, con la voz temblona, desgredada, se declaró insensata un día al anochecer, estando solos. Pero Aquiles dio un brinco enérgico y dejó el bastón (pues capa no tenía) en casa de aquella especie de Pasífae enamorada de un cuadrúpedo.

—¡Sí, un cuadrúpedo! —iba pensando por la calle él— por que debiendo haber huido antes, esperé a esta vergüenza, y estoy en ridículo a los ojos de esa mujer, y no muy medrado a los de mi conciencia, que mucho antes quiso el remedio de la fuga, y no fue oída.

¹² Convidar, invitar.

¹³ Que sea el varón el que ataque primero/ el que diga las palabras de solicitud: / ella recibirá amablemente estas palabras cariñosas/ ruegue él tanto como desea ella que se ruegue.

Pero si al principio se apostrofó de esta suerte, más tarde, aquella misma noche, reflexionando y leyendo libros de moral, pudo apreciar con más justicia el mérito de su resistencia. Comió muy mal, como solía, pues para él mudar de posada sólo era mudar de hambre, y las chuletas de aquí sólo se diferenciaban de las de allá en que las unas podían ser de jaco andaluz y las otras de rocín gallego; mas para celebrar el triunfo moral del *ángel sobre la bestia*, como él decía, se toleró el lujo de pedir a la criada vino de lo que costaba a dos reales botella. Ordinariamente no lo probaba. Salió de su casa Aquiles a dar un paseo. Hacía calor. El cielo ostentaba todos sus brillantes. Debajo de algunos árboles de Recoletos, Zurita se detuvo para aspirar aromas embriagadores, que le recordaban los perfumes de Engracia. ¡Oh, sí, estaba contento! ¡Había vencido la tentación! ¡Aquella hermosa tentación!... ¿Quién se lo hubiera dicho al catedrático de los anteojos ahumados? Aquel pobre Aquiles tan ridículo había rechazado en poco tiempo el amor de dos mujeres. Dejemos a un lado a doña Concha, aunque no era grano de anís; pero ¿y doña Engracia? Era digna de un príncipe. Pues bien, se había enamorado de él, le había provocado con todas las palabras de miel, con todos los suspiros de fuego, con todas las miradas de gancho, con todas las posturas de lazo, con todos los contactos de liga... y la mosca, la salamandra, el pez, el bruto, el ave no habían sucumbido. ¿Por qué se había enamorado de él

aquella señora? Zurita no se hacía ilusiones; aun ahora se veía en la sombra, entre los árboles, y reconocía que ni fantaseada por la luz de las estrellas su figura tenía el patrón de Apolo. Doña Engracia había amado en él el capricho y el misterio. Aquel hombre tímido, para quien un triunfo que otros divulgaban era una abominación, un pecado irredimible, callaría hasta la muerte. El placer con Zurita era una singular manera del placer solitario. “Además, añadía para sus adentros Aquiles, yo sé por la Historia que ha habido extrañas aberraciones del amor en ilustres princesas; una se enamoró de un mono, otra de un enano, aquella de un cretino... y Pasífae de un toro, aunque esto es fabuloso; ¿por qué no se ha de enamorar de mí una mujer caprichosa?”. Esta humildad positiva con que Zurita reconocía la escasez de sus encantos, esta sublime modestia con que se comparaba a un mono, le inundaba el alma de una satisfacción y de un orgullo legítimos.

Y así, muy en su derecho, suspiró, como quien respira después de un aprieto, mirando a su sombra desairada, y en voz alta, para oírse a sí mismo, exclamó contento (*compos voti*, pensó él):

—¡Oh, lo que es psicológicamente considerado... no soy una *vulgaridad*

IV

Pasaron meses y meses, y un año, y más. Zurita seguía en Madrid asistiendo a todas las cátedras de ciencia armónica, aunque en el fondo de su fuero interno —como él lo llamaba— ya desesperaba de encontrar lo Absoluto, el Ser, así en letra mayúscula, en el propio *yo* “no como este a distinción de los demás, sino en sí, en lo que era antes de ser para la relación del límite, etc.”. El mísero no podía prescindir del *yo* finito aunque le ahorcasen.

Sin embargo, no renegaba del armonismo, aunque por culpa de este se estaba retrasando su carrera; no renegaba porque a él debía su gran energía moral, los solitarios goces de la virtud. Cuando oía asegurar que la satisfacción del bien obrar no es un placer intenso, se sonreía con voluptuosa delicia llena de misterio. ¡Lo que él gozaba con ser bueno! Tenía siempre el alma preparada como una tacita de plata para recibir la presencia de lo Absoluto, que *podía ser un hecho* a lo mejor. Así como algunos municipios desidiosos y dinásticos limpian las fachadas y asean las calles al anuncio de un viaje de SS. MM., Zurita tenía limpia, como ascua de oro, la pobre pero honrada morada de su espíritu, esperando siempre la visita del Ser. Además, la idea de que él era uno con el Gran Todo le ponía tan hueco y le daba tales ínfulas de personaje impecable, que el infeliz pasaba las de Caín para no cometer pecados ni

siquiera de los que se castigan como faltas. Él podría no encontrar lo Absoluto, pero el caso era que persona más decente no la había en Madrid.

Y cuando discutía con algún descreído decía Aquiles triunfante con su vocecilla de niño de coro:

—Vea V.; si yo no creyera en lo Absoluto, sería el mayor tunante del mundo; robaría, seduciría casadas y doncellas y viudas.

Y después de una breve pausa, en que se imaginaba el bendito aquella vida hipotética de calavera, repetía con menos convicción y menos ruido:

—Sí, señor, sería un pillo, un asesino, un ladrón, un libertino...

Por aquel tiempo algunos jóvenes empezaban a decir en el Ateneo que el mentir de las estrellas es muy seguro mentir; que de tejas arriba todo eran conjeturas; que así se sabía lo que era la esencia de las cosas como se sabe si España es o no palabra vascongada. Casi todos estos muchachos eran médicos, más o menos capaces de curar un constipado, alegres, amigos de alborotar y despreocupados como ellos solos. Ello es que hablaban mucho de Matemáticas, y de Física, y de Química, y decían que los españoles éramos unos retóricos, pero que afortunadamente ellos estaban allí para arreglarlo todo y acabar con la Metafísica, que, según parecía, era lo que nos tenía arruinados.

Zurita, que se había hecho socio transeúnte del Ateneo, merced a un presupuesto extraordinario que amenazaba *labrar su ruina*, Zurita oía con la boca abier-

ta a todos aquellos sabios más jóvenes que él, y algunos de los cuales habían estudiado en París, aunque pocos. Los enemigos de la Metafísica se sentaban a la izquierda, lo mismo que Aquiles, que era liberal desde que era armónico. Algunas veces el orador antimetafísico y empecatado decía: “*Los que nos sentamos en estos bancos creemos que tal y que cual*”. Zurita saltaba en la butaca azul, porque él no creía aquello. Su conciencia comenzó a sufrir terribles dolores.

Una noche un joven que estaba sentado junto a él y a quien había visto dos años atrás en la Universidad cursando griego y jugando al toro por las escaleras, se levantó para decir que el krausismo era una *inanidad*; que en España se había admitido por algunos, porque acabábamos de salir de la primera edad, o sea de la teológica, y estábamos en la metafísica; pero era preciso llegar a la edad tercera, a la científica o positiva.

Zurita no durmió aquella noche. Lo de estar en la segunda edad le parecía un atraso y, francamente, él no quería quedarse a la zaga.

Volvió al Ateneo, y... nada, todos los días lo mismo.

No había Metafísica; no había que darle vueltas. Es más, un periódico muy grande, a quien perseguía mucho el Gobierno por avanzado, publicaba artículos satíricos contra los *ostras* que creían en la *psicología vulgar*, y los equiparaba a los reaccionarios políticos.

Zurita empezó a no ver claro en lo Absoluto.

Por algo él no encontraba el Ser dentro de sí, antes del límite, etc., etc.

“¿Sería verdad que no había más que hechos?”

“Por algo lo dirían aquellos señoritos que habían estudiado en París, y los otros que sabían o decían saber, termodinámica”.

Discutiendo tímidamente en los pasillos con un paladín de los *hechos*, con un enemigo de *toda ciencia a priori*, Zurita, que sabía más lógica que el otro, le puso en un apuro, pero el de los hechos le *aplastó* con este argumento:

—¿Qué me dice V. a mí, santo varón, a mí, que he comido tres veces con Claudio Bernard, y le di una vez la toalla a Vulpián, y fui condiscípulo de un hijo del secretario particular de Littré?...

Zurita calló, anonadado. ¡Se vio tan ridículo en aquel momento! ¿Quién era él para discutir con el hombre de la toalla...? ¿Cuándo había comido él con nadie?

Dos meses después Aquiles se confesaba entre suspiros “que había estado perdiendo el tiempo lastimosamente”. El armonismo era una *bella, bellísima y consoladora* hipótesis... pero le faltaba la base, los hechos...

“¡No había más que hechos por desgracia!”.

—Bien; pero ¿y la moral?

¿En virtud de qué principio se le iba a exigir a él en adelante que no se dejara seducir por las patronas y por las señoras casadas?

“Si otra Engracia...”, y al pensar esto se le apareció la hermosa imagen de la provocativa adúltera, que le enseñaba los dientes de nieve en una carcajada de sar-

casmo. Se burlaba de él, le llamaba necio, porque había rechazado groseramente los favores sabrosos que ella le ofrecía... y resultaba que no había más que hechos, es decir, que tan hecho era el pecado como la abstención, el placer como la penitencia, el vicio como la virtud.

“¡Medrados estamos!”, pensaba Zurita, desanimado, corrido, mientras se limpiaba con un pañuelo de hierbas el sudor que le caía por la espaciosa frente...

“Y a todo esto, yo no soy doctor, ni puedo aspirar a una cátedra de Universidad; tendré que contentarme con ser catedrático de Instituto, sin ascensos y sin derechos pasivos; es decir, tengo que renunciar a la familia, al amor casto, mi sueño secreto de toda la vida... ¡Oh, si yo cogiese ahora por mi cuenta al pícaro de don Cipriano, que me metió en estos trotes de filosofía armónica...!”

Y la Providencia, o mejor, los hechos, porque Zurita ya no creía en la Providencia (por aquellos días a lo menos), la casualidad en rigor, le puso delante al mismísimo don Cipriano, que volvía de los toros con su familia.

¡Sí, con su familia! Venía vestido de negro, con la levita muy limpia y flamante, y sombrero de copa, que tapaba cuidadosamente con un pañuelo de narices, porque empezaban a caer gotas; lucía además el filósofo gran pechera con botonadura de diamantes, cadena de oro y una cara muy afeitada. Daba gozo verlo. De su brazo derecho venía colgada una señora, que transcendía a calle de Toledo, como de cuarenta años, guapetona, blanca, fina de facciones y grande de cara, que no era de muchos amigos. La filósofa, que debía de

ser garbancera o carnicera, ostentaba muchas alhajas de mal gusto, pero muy ricas. Delante del matrimonio una pasiega de azul y oro llevaba como en procesión un enteco infante, macrocéfalo, muy emperifollado con encajes, seda y cintas azules.

En otra ocasión Zurita no se hubiera atrevido a detener a don Cipriano, que pasaba fingiendo no verle, pero en aquel momento Aquiles tuvo el valor suficiente para estorbar el paso a la pareja rimbombante y saludar al filósofo con cierto aire triste y cargado de amarga ironía. Temblábale la voz al decir:

—Salud, mi querido maestro; ¡cuántos siglos que no nos vemos!

La filósofa, que le comía las sopas en la cabeza a Zurita, le miró con desprecio y sin ocultar el disgusto. Don Cipriano se puso muy colorado, pero disimuló y procuró estar cortés con su antigua víctima de trascendentalismo.

En pocas palabras enteró a Zurita de su nuevo estado y próspera fortuna.

Se había casado, su mujer era hija de un gran maragato de la calle de Segovia, tenían un hijo, a quien había bautizado porque *había que vivir en el mundo*; él ya no era krausista, ni los había desde que Salmerón estaba en París. El mismo don Nicolás, según cartas que don Cipriano decía tener, iba a hacerse médico positivista.

—Amigo mío —añadió el ex—filósofo poniendo una mano sobre el hombro de Zurita— estábamos equivocados; la investigación de la Esencia del Ser en

nosotros mismos es un imposible, un absurdo, cosa inútil; el armonismo es pura *inanidad* (¡dale con la palabreja!, pensaba Zurita), no hay más que hechos. Aquello se acabó; fue bueno para su tiempo; ahora la experimentación... los hechos... Por lo demás, buena corrida la de esta tarde; los toros como del Duque; el *Gallo* superior con el trapo, desgraciado con el acero... Rafael, de azul y oro, como el ama, algo tumbón pero inteligente. Y ya sabe V., si de algo puedo servirle... Duque de Alba, 7, principal derecha...

La hija del maragato¹⁴ saludó a Zurita con una cabezada, sin soltar, es decir, sin sonreír ni hablar; y aquel matrimonio de mensajerías desapareció por la calle de Alcalá arriba, perdiéndose entre el polvo de un derribo...

—¡Estamos frescos! —se quedó pensando Zurita—. De manera que hasta ese Catón se ha pasado al moro; no hay más que hechos... don Cipriano es un hecho... y se ha casado con una acémila rica... y hasta tiene hijos... y diamantes en la pechera... Y yo ni soy doctor... ni puedo acaso aspirar a una cátedra de Instituto, porque no estoy al tanto de los conocimientos modernos. Sé pensar y procurar vivir con arreglo a lo que me dicta mi conciencia; pero esto ¿qué tiene que ver con los hechos? En unas oposiciones de Psicología, Lógica y Ética, por ejemplo, ¿me van a preguntar si soy hombre de bien? No, por cierto.

¹⁴ Maragato: "Natural de la Maragatería, comarca de León, en España."

Y suspirando añadía:

—Me parece que he equivocado el camino.

En un acceso de ira, ciego por el desencanto, que también deslumbra con sus luces traidoras, quiso arrojar al crimen... y corrió a casa de doña Engracia, dispuesto a pedirle su amor de rodillas, a declarar y confesar que se había portado como un beduino, porque no sabía entonces que todo eran hechos, y nada más que hechos...

Llegó a la casa de aquella señora. El corazón se le subió a la garganta cuando se vio frente a la portería, que en tanto tiempo no había vuelto a pisar...

—El señor Tal, ¿vive aquí todavía?

—Sí, señor; segundo de la izquierda...

Zurita subió. En el primer piso se detuvo, vaciló... y siguió subiendo.

Ya estaba frente a la puerta, el botón dorado del timbre brillaba en su cuadro de porcelana; Aquiles iba a poner el dedo encima...

¿Por qué no? No existía lo Absoluto, o por lo menos, no se sabía nada de ello; no había más que hechos; pues para hecho, Engracia, que era tan hermosa...

—Llamo —se dijo en voz alta para animarse.

Y no llamó.

—¿Quién me lo impide? —preguntó a la sombra de la escalera.

Y una voz que le sonó dentro de la cabeza respondió.

—Te lo impide... *el imperativo categórico*... Haz lo que debes, suceda lo que quiera.

Aquiles sacudió la cabeza en señal de duda.

—No me convenzo —dijo; pero dio media vuelta y a paso lento bajó las escaleras.

En el portal le preguntó la portera...

—¿Han salido? Pues yo creía que la señora estaba...

—Sí —contestó Zurita—, pero está ocupada... está... con el *imperativo categórico*... con un alemán... con el diablo, ¡señora...!, ¿a V. qué le importa?

Y salió a la calle medio loco, según se saca del contexto.

V

Aquiles Zurita frisaba con los cuarenta años cuando, según el estilo de un periódico de provincia que se dignó dar la noticia, *vio, al fin, coronados sus esfuerzos con el merecido galardón* de una cátedra de Psicología, Lógica y Ética, en el Instituto de Lugarucos, pueblo de pesca, donde un americano pródigo había fundado aquel centro de enseñanza para los hijos de los marineros que quisieran ser pilotos.

Cinco oposiciones había hecho Aquiles antes de *obtener, al fin, el merecido galardón*. Dos veces había aspirado a regentar una clase de Retórica, y tres a una de Psicología. En el primer combate le derrotó un orador florido; en el segundo, un intrigante; en el tercero, el Ministro, que no quiso darle la cátedra a pesar de ir

Aquiles en el lugar principal de la terna, *por considerarle peligroso para la enseñanza*. El ministro se fundaba en que Zurita había llamado a Dios Ser Supremo en el programa, y así, con letra mayúscula.

Cuando, lleno de canas y arrugas, casi ciego, llegó a firmar la nómina, Aquiles aborrecía ya el oficio mecánico de sabio de Real orden. Aquella ciencia que él había amado tanto sin pensar en el interés, les servía a otros para ganar un mendrugo falsificándola, recorándola y dislocándola, a gusto del que repartía la sopa universitaria.

“Unos cuantos lugares comunes, que se repetían cien y cien veces en los ejercicios, algunas perogrulladas profesadas con pedantería, unos pocos principios impuestos por la ley, predicados con falso entusiasmo, para acreditar *buenas ideas*... esto, y nada más, era la ciencia de las oposiciones”.

—¡Dios mío, qué asco da todo esto! —pensaba Zurita, el eterno estudiante, que había nacido para amarlo y admirarlo todo, y que se veía catedrático de cosas que ya no amaba, ni admiraba, ni creía.

“¡Todo extremo, todo insensatez! En los Ateneos, mozalbetes que reniegan de lo que no han estudiado, audaces lampiños que se burlan de la conciencia, de la libertad humana; que manifiestan un rencor personalísimo a Su Divina Majestad, como si fuesen quisquillas de familia... y ante el Gobierno, esos mismos jóvenes, ya crecidos, u otros parecidos,

quemando incienso ante la ciencia trasnochada del programa oficial... ¡qué asco, señor, qué asco!”

“Ni aquello es ciencia todavía, ni esto es ciencia ya, y aquí y allá ¡con qué valentía se predica todo! Es que los opositores y los ateneístas no son completamente honrados; no lo son... porque aseguran lo que no saben, sostienen lo que no sienten”.

Estos monólogos, y otros muchos por el estilo, los recitaba el catedrático de Lugarucos en frente de las olas, en la playa solitaria, melancólica, de arena cenicienta.

Zurita era una de las personas más insignificantes del pueblo; nadie hablaba de él para bien ni para mal. Su cátedra en el Instituto era de las que se consideraban como secundarias. El fundador se había empeñado en que se enseñase Psicología, Lógica y Ética, y se enseñaba, pero, ¿para qué? Allí lo principal eran las matemáticas y la Náutica, la Geografía y la Física después, la Economía mercantil acaso; pero la Psicología, ¿para qué les servía a los muchachos? El director le había advertido a Zurita desde el primer día que en su cátedra no había que apurar mucho a los alumnos que necesitaban el tiempo para estudios técnicos, de más importancia que la filosofía.

Aquiles había bajado la cabeza mientras despedazaba con los dientes un palillo. Estaba conforme, de toda conformidad; los pilotos de Lugarucos no necesitaban para nada absolutamente saber que el alma se dividía en tres facultades, sobre todo considerando que des-

pués resultaba que no había tal cosa, ni menos saber que la inteligencia tiene once funciones, cuando no las tiene tal.

—¡Ya me guardaré yo —le decía Aquiles al mar— de enervar el espíritu de esos chicos robustos, morenos, tostados por el sol, ágiles, alegres, valientes, crédulos, ansiosos de aventuras y tierra nueva! Que aprendan a manejar los barcos, y a desafiar las tormentas, y a seguir las corrientes del agua, a conocer las lenguas y las costumbres de los países lejanos; que aprendan a vivir al aire libre, por el ancho mundo... y en cuanto a Psicología, Lógica y Ética basta una salve. ¡Mal haya el afán de saber Psicología y otras invenciones diabólicas que así me tiene a mí de medrado física y socialmente!

Zurita, por cumplir con la ley, explicaba en cátedra el libro de texto, que ni pinchaba ni cortaba; lo explicaba de prisa, y si los chicos no entendían, mejor; si él se embrollaba y hacía oscuro, mejor; de aquello más valía no entender nada. En cuanto hacía buen tiempo y los alumnos querían salir a dar un paseo por mar, ¡ancha Castilla!, se quedaba Zurita solo, recordando sus aventuras filosóficas como si fueran otros tantos remordimientos, y comiéndose las uñas, vicio feo que había adquirido en sus horas de meditación solitaria. Era lo que le quedaba del krausismo de don Cipriano, el morderse las uñas.

En una ocasión exponía Zurita en clase la teoría de las armonías preestablecidas, cuando estalló un cohete en el puerto.

—¡Las *Gemelas*! —gritó en coro la clase...

—¿Qué es eso?

—Que entran las *Gemelas*, el bergantín de los Zalduás...

Y todos estaban ya en pie, echando mano al sombrero.

—¡Un bergantín en Lugarucos!

La cosa era mucho más importante que la filosofía de Leibniz. Además era un *hecho*...

—¡Vayan ustedes con Dios! —dijo Zurita sonriéndose y encogiendo los hombros. Y quedó solo en el aula.

Y cosas así, muchos días.

La Psicología, la Lógica y la Ética en Lugarucos no tenían importancia de ningún género, y a los futuros héroes del cabotaje les tenía sin cuidado que la volición fuese esto y la razón lo otro y el sentimiento lo de más allá.

Además, ¿qué filosofía había de enseñar a estos robustos hijos de marineros, destinados también a la vida del mar?

—No lo sé —decía a las olas Zurita—. ¿La filosofía moderna, la que pasa por menos fantástica? De ningún modo. Una filosofía que prescinde de lo Absoluto... mala para marinos. ¡Que no se sabe nada de lo Absoluto...!, pues ¿y el mar? ¿Dónde habrá cosa más parecida a ese Infinito de que no quieren que se hable?

Quitarles la fe a los que habían de luchar con la tormenta le parecía una crueldad odiosa.

Muchas veces, cuando desde lo alto del muelle veía entrar las lanchas pescadoras que habían sufrido el

abordaje de las olas allá fuera, Zurita observaba la cara tostada, seria, tranquila, dulce y triste de los marinos viejos. Veíalos serenos, callados, tardos para la ira, y se le antojaban sacerdotes de un culto; se le figuraba que allá arriba, tras aquel horizonte en que les había visto horas antes desaparecer, habían sido visitados por la Divinidad; que sabían algo, que no querían o no podían decir, de la presencia de lo Absoluto. En el cansancio de aquellos rostros, producido por el afán del remo y la red, la imaginación de Aquiles leía la fatiga de la visión extática...

Por lo demás, él no creía ya ni dejaba de creer.

No sabía a qué carta quedarse. Sólo sabía que, por más que quería ser malo, libertino, hipócrita, vengativo, egoísta, no podía conseguirlo.

¿Quién se lo impedía?

Ya no era el imperativo categórico, en quien no creía tampoco mucho tiempo hacía; era... eran diablos coronados; el caso estaba en que no podía menos de ser bueno.

Sin embargo... ¡tantas veces iba el cántaro a la fuente...!

El cántaro venía a ser su castidad, y la fuente doña Tula, su patrona (¡otra patrona!), hipócrita como Engracia, amiga de su buena fama, pero más amiga del amor. Otra vez se le quería seducir, otra vez su timidez, su horror al libertinaje y al escándalo eran incentivo para una pasión vergonzante. Doña Tula tenía treinta años, había leído novelas de Belot y profesaba la teoría

de que la mujer debe conocer el bien y el mal para elegir libremente el bien; si no, ¿qué mérito tiene el ser buena?

Ella elegía libremente el mal, pero no quería que se supiera. Su afán de ocultar el pecado era vanidad escolástica. No quería dar la razón a los *reaccionarios*, que no se fían de la mujer instruida y literata. Ella no podía dominar sus fogosas pasiones, pero esto no era más que un caso excepcional, que convenía tener oculto; la regla quedaba en pie: la mujer debe saber de todo para escoger libremente lo bueno.

Doña Tula escogió a Zurita, porque le enamoró su conocimiento de los clásicos y el miedo que tenía a que sus debilidades se supieran.

Gertrudis tenía unos dedos primorosos para la cocina; era, sobre todo, inteligente en pescado frito, y aun la caldereta la comprendía con un instinto que sólo se revela en una verdadera vocación.

Con los mariscos hacía primores. Si se trataba de dejarlos como Dios les crió, con todos sus encantos naturales, sabiendo a los misterios del Océano, doña Tula conservaba el aroma de la frescura, el encanto salobre con gracia y coquetería, sin menoscabo de los fueros de la limpieza; pero si le era lícito entregarse a los bordados culinarios del idealismo gastronómico, hacía de unas almejas, de unas ostras, de unos percebes o de unos calamares platos exquisitos, que parecían orgías enteras en un bocado, incentivos y voluptuosos de la pasión más lírica y ardiente... ¿Qué más? El mismo

Zurita, entusiasmado cierto día con unos cangrejos que le sirvió doña Gertrudis sonriente, llegó a decir que aquel plato era más tentador que toda la literatura erótica de Ovidio, Tibulo y Marcial...

¡Cómo había comido, y cómo comía ahora el buen Aquiles!

En esta parte, diga él lo que quiera, le había venido Dios a ver. Sin conocerlo el mismo catedrático de Ética, que a pesar de los desengaños filosóficos se cuidaba poco de la materia grosera, había ido engordando paulatinamente, y aunque seguía siendo pálido y su musculatura la de un adolescente, las pantorrillas se le habían rellenado, y tenía carne en las mejillas y debajo de la barba. Todo se lo debía a Tula, a la patrona sentimental y despreocupada que ideaba planes satánicos respecto de Aquiles.

Era este el primer huésped a quien había engordado exprofeso la patrona trascendental de Lugarucos.

Tula (Gertrudis Campoarana en el siglo) era toda una señora. Viuda de un americanete rico, se había aburrido mucho bajo las tocas de la viudez; su afición a Jorge Sand primero, a Belot después, y siempre al hombre, le había hecho insoportable la soledad de su estado. La compañía de las mujeres la enojaba, y no habiendo modo de procurarse honestamente en Lugarucos el trato continuo del *sexo antagónico*, como ella decía, discurrió (y discurrió con el diablo) fingir que su fortuna había tenido grandes pérdidas y poner casa de pupilos decentes para ayuda de sus rentas.

De este modo consiguió Tula rodearse de hombres, cuidar *ropa masculina*, oler a tabaco, sentir el macho en su casa, suprema necesidad de su existencia.

En cuanto a dejarse enamorar por los pupilos, Tula comprendió que era muy peligroso, porque todos eran demasiado atrevidos, todos querían gozar el dulce privilegio; había celos, rivalidades, y la casa se volvía un infierno. Fue, pues, una Penélope cuyo Ulises no había de volver. Le gritaba la tentación, pero huía de la caída. Coqueteaba con todos los huéspedes, pero no daba su corazón a torcer a ninguno.

Además, el oficio de patrona le fue agradando por sí mismo; a pesar de que era rica, el negocio la sedujo y amó el arte por el arte, es decir, aguló el vino, echó sebo al caldo, galvanizó chuletas y apuró la letra a la carne mechada, como todas las patronas epitelúricas. Era una gran cocinera, pero esotéricamente, es decir, para sus amigos particulares; al vulgo de los pupilos los trataba como las demás patronas que en el mundo han sido.

Mas llegó a Lugarucos Aquiles Zurita, y aquello fue otra cosa. Tula se enamoró del pupilo nuevo por los motivos que van apuntados, y concibió el plan satánico de seducción a que antes se aludía. Poco a poco fue despidiendo a los demás huéspedes, y llegó un día en que Zurita se encontró solo a la mesa. Entonces doña Tula, tímida como una gacela, vestida como una duquesa, le propuso que comieran juntos, porque observaba que estando solo despachaba los platos muy de prisa,

y esto era muy malo para el estómago. Aquiles aceptó distraído.

Comieron juntos. Cada comida era un festín. Pocos platos, para que Zurita no se alarmase, pero succulentos y sazonados con pólvora de amor. Tula se convirtió en una Lucrecia Borgia de aperitivos eróticos.

Pero el triste filósofo comía manjares excelentes sin notarlo.

Por las noches daba muchas vueltas en la cama, y también notaba después de cenar un vigor espiritual extraordinario, que le impulsaba a proyectar grandes hazañas, tal como restaurar él solo, por sí y ante sí el decaído krausismo, o fundar una religión. Lo más peligroso era un sentimentalismo voluptuoso que se apoderaba de él a la hora de la siesta, y al oscurecer, al recorrer los bosques de castaños, las alamedas sembradas de ruiseñores o las playas quejumbrosas.

Doña Tula dejaba hacer, dejaba pasar. Creía en la Química.

No se insinuaba demasiado, porque temía la fuga del psicólogo. Se esmeraba en la cocina y se esmeraba en el tocador. Mucha amabilidad, muchas miradas fijas, pero pacíficas, suaves; muchos perfumes en la ropa, mucha mostaza y muchos y muy buenos mariscos... Esta era su política, su *ars amandi*.

Lo cual demuestra que Gertrudis tenía mucho más talento que doña Concha y doña Engracia.

Doña Concha quería seducir a un huésped a quien daba chuletas de caballo fósil... ¡Imposible!

Doña Engracia quemaba con los ojos al macilento humanista, pero no le convidaba a comer.

Así él pudo resistir con tanto valor las tentaciones de aquellas dos incautas mujeres.

Ahora la batalla era formidable. Cuando Aquiles comprendió que Tula quería lo que habían querido las otras, ya estaba él bastante rollizo y sentía una virilidad de que antes ni aún noticia tenía. La filosofía materialista comenzó a parecerle menos antipática, y en la duda de si había o no algo más que hechos, se consagró al epicureísmo, en latín por supuesto, no en la práctica.

Leyó mucho al amigo de Mecenas, y se enterneció con aquel melancólico consuelo del placer efímero, que es la unción de la poesía horaciana.

Ovidio también se le apareció otra vez con sus triunfos de amor, con sus noches en vela ante la puerta cruel de su amada, con sus celos de los maridos, con aquellos cantos rápidos, ardientes, en que los favores de una noche se pagaron con la inmortalidad de la poesía... Y pensando en Ovidio fue cuando se le ocurrió advertir el gran peligro en que su virtud estaba cerca de doña Gertrudis Campoarana.

Aquella Circe le quería seducir sobre seguro, esclavizándole por la gula. Sí, Tula era muy literata y debía de saber aquello de Nasón

*Et Venus in vinis ignis in igne fuit.*¹⁵

¹⁵ Y Venus estaba en las venas del fuego en el fuego.

Aquellos cangrejos, aquellas ostras, aquellas langostas, aquellos calamares, aquellos langostinos en aquellas salsas, aquel sauterne, no eran más que la traducción libre del verso de Ovidio

Et Venus in vinis ignis in igne fuit.

“¡Huyamos, huyamos también ahora! —pensó Aquiles suspirando—. No se diga —le dijo al mar, su confidente— que mi virtud venció cuando tuvo hambre y metafísica, y que sucumbe cuando tiene hartazgo y positivismo. Yo no sé si hay o no hay metafísica, yo no sé cuál es el criterio de la moralidad...; pero sería un cobarde sucumbiendo ahora”.

Y aunque algún neófito naturalista pueda acusar al pobre Aquiles de idealismo e inverosimilitud, lo histórico es que Zurita huyó, huyó otra vez: huyó de Tula como había huido de Concha y de Engracia.

Y eso que ahora negaba en redondo el *imperativo categórico*.

La carne, aquel marisco hecho carne, le gritaba dentro: ¡amor, mi derecho!

Pero la Psicología, la Lógica y la Ética, que ya no estimaba siquiera, le gritaban: ¡abstención, virtud, pureza...!

Y el eterno José mudó de posada.

VI

Aquiles salió de las redes de Tula con una pasión invencible: la pasión por el pescado, y especialmente por los mariscos.

Aunque algo se había enamorado de la patrona, al cabo de algunos meses consiguió olvidarla. Pero el regalo de su mesa para toda la vida se le había pegado al alma. ¡Como había comido allí no volvería a comer en la vida! Esta desconsoladora convicción le acompañó hasta el sepulcro.

Y con el mismo fervor con que en mejores tiempos se había consagrado a la contemplación del Ser en sí dentro del *yo* antes del límite, etc., se consagró a buscar en mercados y plazas el mejor pescado.

Él, que había sido un hombre insignificante mientras no fue más que catedrático de Psicología, Lógica y Ética, comenzó a llamar la atención de Lugarucos por su pericia en materia de culinaria ictiológica.

Meditó mucho y acabó por adivinar qué peces debían entrar y cuáles no en una caldereta clásica, y qué ingredientes debían sazónarla.

Pronto fueron célebres en todo el partido judicial las calderetas del catedrático de Psicología.

Cuando en la playa o en el mercado se discutía si un besugo, un bonito o una merluza estaban frescos o no, se nombraba árbitro al Sr. Zurita si pasaba por allí.

Y él, sonriente, con aquel gesto humilde que conservaba a pesar de su gloria y de sus buenas carnes, después de mirar y oler la pieza decía:

—¡Fresco!, o ¡pesta!

Y a nadie se le ocurría apelar.

Cuando los señores catedráticos tenían merienda, que era a menudo, Aquiles era votado por unanimidad presidente de la comisión organizadora... y presidía el banquete y era el primero en ponerse alegre.

Sí, había acabado por tomar una borrachera en cada festín. *Ergo bibamus!*, decía, recordando que era hijo de un dómine.

Y en el seno de la confianza, decía en tales momentos de expansión al que le quería oír:

—¡Huí de la sirena, pero no puedo olvidar los primores de su cocina! ¡Podré volver a amar como entonces, pero no volveré a comer de aquella manera!

Y caía en profunda melancolía.

Todos sus compañeros sabían ya de memoria los temas constantes de las borracheras de Aquiles: Tula, el marisco, la Filosofía... todo mezclado.

Mientras estaba en su sano juicio nunca hablaba ya de filosofía, ni tal vez pensaba en ella. En cátedra explicaba como una máquina la Psicología oficial, la de texto, pero nada más; le parecía hasta mala educación mentar las cuestiones metafísicas.

Pero en *alegrándose* era otra cosa. Pedía la palabra, se ponía sobre la mesa hollando los manteles, y suplicaba

con lágrimas en los ojos a todos aquellos borrachos que salvarsen la ciencia, que procurasen la santa armonía, porque él, en el fondo de su alma, siempre había suspirado por la armonía del análisis y de la síntesis, de Tula y la virtud, de la fe y la razón, del krausismo y los médicos del Ateneo...

—¡Señores, señores: salvemos la raza humana que se pierde por el orgullo! —exclamaba, llorando todo el vino que había bebido, puestas las manos en cruz—. Se os ha dicho *nihil mirari!*, no maravillarse de nada; pues yo os digo, en verdad: admiradlo todo, creedlo todo, todo es verdad, todo es uno y lo mismo... ¡Ah!, queridos hermanos, en estos instantes de lucidez, de inspiración por el amor, yo veo la verdad una, yo veo dentro de mí la esencia de todo ser; yo me veo como siendo uno con el todo, sin dejar de ser este...

—¡Este borracho, este grandísimo borracho! —interrumpía el catedrático de Agricultura, gran positivista y no menos ebrio. Y cogiendo por las piernas al de Psicología le paseaba en triunfo alrededor de la mesa, mientras Aquiles seguía gritando:

—¡Todo está en todo y el *quid* es amarlo todo por serlo, no por conocerlo...! Yo amo a Tula en lo absoluto, y la amo por *serla* no por conocerla...

El de Agricultura daba con la carga en tierra, y Aquiles interrumpía sus reminiscencias de filósofo idealista para dormir debajo de la mesa la borrachera de los justos.

Y entonces, como si se tratase de un juicio de los muertos en Egipto, empezaban ante el *cuerpo* de Aquiles los comentarios y censuras de los amigos:

—¡Qué pesado se pone cuando le da por su filosofía!

—Bien; pero únicamente habla de eso cuando se emborracha.

—¡No faltaba más!

—Y lo cierto es que no se puede prescindir de él.

—¡Imposible! Es el *Brillat-Savarin* del mar.

—¡Qué manos!

—¡Qué olfato!

—¡Qué tacto!

—¡Qué instinto culinario!

—Debía escribir un libro de cocina marítima.

—Teme el qué dirán. Al fin es catedrático de Filosofía.

VII

Ya hace años que murió Zurita, y en Lugarucos cada vez que se trata de comer pescado, nunca falta quien diga:

—¿Se acuerdan ustedes de las calderetas de aquel catedrático de Psicología y Lógica?

—¡Ah, Zurita!

—¡El gran Zurita!

Y a todos se les hace la boca agua.

Oviedo, 1884.

Medicina rústica

Medicina rústica

Silverio Lanza¹

(1856-1912)



—Medita, Mariano, lo que me propones, y verás que es una infamia.

—¿Por qué, Silverio?

—¡Hombre de Dios! Si yo fuese médico, y fuese a reemplazarte en Navadobolos, siempre quedaría el hecho penable de que te reemplazaba para que te casases burlando a tu suegro, que es el alcalde del pueblo donde ejerces.

—¡Discutible!

—Además, quieres que vaya a reemplazarte no siendo yo médico, y esto es gravísimo.

—Di que no quieres contribuir a mi boda con Remedios, aunque sabes que su padre es rico, y que esta boda es necesaria porque estamos enamorados, y contamos con la madre, la señora alcaldesa, y con toda la familia, menos con don Remigio, porque se ha empeñado en casar a Remedios con el chico del tío Judas solamente para unir las dos lindes de la vereda por donde atajan

¹ Juan Bautista Amorós y Vázquez de Figueroa (1856-1912), fue narrador de cuentos y novelas, conocido con el pseudónimo de Silverio Lanza.

los de Cuatezones cuando vienen a Navadebolos. Y no sabe el muy animal que, aunque are la vereda, y aunque cerque a una las dos tierras, le tirarán las tapias, abrirán dos boquetes, pasará por ellos la gente, pisarán el sembrado y los surcos, y reconstituirán la vereda los Cuatezones. Y don Remigio y Judas se quedarán más cuatezones que sus vecinos.

—¡Qué lástima!

—¡Sí que lo es! El domingo saldrá Remedios con su madre camino de un balneario que la he recomendado yo mismo a doña Rosalía, de acuerdo con ella y con mi novia. En la capital se hospedarán en casa del cura don Facundo, que es tío de Remedios, yo me hospedaré en una fonda, escribiremos a don Remigio, le ocultaremos el sitio donde estamos, y vendrán las negativas, las insistencias y la concesión y las amonestaciones.

—¡Un sainete que pudiera ser tragedia!

—Entonces es inútil que oigas a mi novia.

—¿La tienes escondida aquí?

—No, pero tengo de ella un retrato que te dedica, y una carta (que también firma su madre) pidiéndote que me complazcas en el favor que te pido.

—¿Sabiendo ellas que yo no soy médico?

—¡Claro!

—Pues cree, Mariano, que si doña Rosalía y tu novia son nuestros cómplices es el hecho igualmente penable, pero no se penará mientras yo conserve ese retrato y esa carita.

—De modo que...

—¡A Navadobolos, Mariano! ¡De Galeno a Cajal y Gorgi me sean propicios todos los Esculapios!

Llegamos a la estación, y subimos al coche que emplea media hora en llegar al pueblo; cuando entramos en la carretera real, parose el coche para que montase un señor cura. El clérigo era de libras, pero se le acogió sin murmuraciones; un tisiquillo se pasó a mi lado, el padre se sentó enfrente, y continuó la marcha.

Mariano hizo entonces mi presentación. Me hallaba ante don Atanasio (el Chucho, rematante y administrador de Consumos); su esposa; el joven Eleuterio (Cachitos), barbero, ministrante, sustituto de albéitar y esqueleto animado; y el licenciado don Rogelio García Albarrá, coadjutor en Zajones y futuro capellán de monjas en Alamillos de la Ribera.

La conversación se animó cuando di pitillos a todos los viajeros, y sonreí a la señora del Chucho pidiéndole permiso para fumar. Su esposo repetía:

—La gente de aquí no es mala, pero les hay muy brutos.

—Algo —dijo Cachitos.

—Y que cuente esta lo de la Melitona, que si no es por usted, don Mariano, se va como su padre.

—La voluntad de Dios —dijo el cura.

—Pues la Melitona estaba pa dar... vamos, pa parir, cuando va y qué hace...

—Calla, mujer, que habla don Rogelio.

—No, no; siga usted.

—Así que empezó a sentir los dolores...

—Te he dicho que te calles.

—¡Cómo se callaba el señor cura!

—Porque está estudiando el sermón que ha echarme.

—No hace falta estudiar para...

—Para confundir a un librepensador, como yo, ¿no es eso? Enzarzados el señor Atanasio, jefe y verbo de los racionalistas, con el padre Rogelio, verbo y jefe de los curitas pedantes, propuse al coadjutor cambiarse de sitio con la señora del Anastasio.

Asintieron a ello todos los interesados; interpolamos recíprocamente nuestras piernas los administradores y yo; y, cuando la quinta jaculatoria del padre tuvo absortos a sus oyentes, advertí a la mujer que la pantorrilla que yo estrechaba entre las mías parecía hinchada, y era de presumir un estado cardíaco o una *elephantiasis* incipiente.

—Me va usted a meter en *cuidiao* si no me receta algo.

Llegamos enseguida a Navadebolos, nos apeamos, y nos despedimos ofreciéndonos mutuamente.

Se marchó Mariano, después de llevarme a su alojamiento, y volvió enseguida.

—Remedios y su madre se fueron esta mañana.

—Te esperarán en la capital.

—Así lo creo. He visto al alcalde, y, con su risita traidora, me ha dicho que ya podía marcharme cuando quisiera. ¿Estás dispuesto a que te presente?

—Ahora mismo.

—¿Qué te parecen mis patrones?

—Ella, vieja, y él, borracho.

El alcalde no estaba en su casa, y fuimos a buscarle al Casino. Mariano, temeroso como futuro yerno desairado, me presentó con voz balbuciente, pero debí de inspirar algún respeto al señor alcalde, porque me hizo sentar, volvió la espalda a Mariano, y ofreciéndome un pitillo, me dijo:

—¿Usted no conoce esta tierra?

—No, señor.

—¿Usted es de la capital?

—Sí, señor.

—Como mi padre. Los hijos de los militares tienen eso.

—Sí, señor, tienen eso. ¿Y usted también es hijo de militar?

—No, señor. Mi padre se casó con mi madre.

—¿Antes de enviudar?

—Fue mi madre la que enviudó.

—Y se casó después.

—De segundas.

—¿Y usted no lo impidió?

—Era yo muy pequeño.

—Su padre de usted no lo hubiese consentido. Jamás.

—Las madres siempre son madres dice el eclesiástico.

—Pero los hijos no son siempre hijos. Esto lo digo yo y todos los que los tenemos. ¿Usted los tiene?

—¡Solo!

—Uno solo

—Que estoy solo, señor don... ¿Usted quiere que le llame don Remigio o que le llame señor alcalde?

—Hombre, la costumbre en público es llamarme por el cargo, pero particularmente llámeme usted como quiera.

—Muchas gracias, señor alcalde. Y usted perdone la interrupción. No sé de qué hablábamos.

—De los hijos que no son hijos.

—¿Usted se halla en ese caso?

—Yo tengo una hija.

—Pequeña.

—No, señor.

—Será buena moza, como su padre.

—Es... ya tendrá usted el gusto de conocerla.

—El gusto será mío.

—Muchas gracias. Pero no está buena ocasión.

—¿Pa conocerla?

—Me refiero a su amigo de usted, que será muy amigo.

—Lo es, señor alcalde, pero noto que eso no le agrada a usted.

—¿A mí?

—Usted comprenderá que si él y yo no fuésemos amigos, no me hubiese traído aquí; y usted comprenderá, señor alcalde, que el interés afirma las amistades, lo cual significa...

—Que usted acaso sea una víctima de la amistad.

—O una víctima del interés.

—Explíquese usted, don... ¿se llama usted don Silverio?

—Sí, señor; pero, particularmente llámeme usted como quiera.

—Pues bien, explíquese usted, don Silverio.

—Creo, como usted, que ésta no es buena ocasión.

—Lo que yo creo es que nos vamos comprendiendo.

—O que nos hemos comprendido.

Y el buen alcalde estrechó afectuosamente mis manos, se sonrió, se puso en pie y volviéndose a Mariano, que se había retirado hacia un balcón, le dijo bruscamente:

—Ya sabe usted que puede marcharse cuando quiera.

—Entregaré la enfermería.

—No es necesario; da usted al señor don Silverio la lista de los enfermos, y el alguacil le acompañará por las casas.

—Como usted guste.

—Si a don Silverio le parece bien.

—Perfectamente. Pero si hay algún caso en que con venga conocer la historia clínica del enfermo.

—Ninguno. Éste no hace esas historias.

Mariano bajó la cabeza; yo le miré desdeñosamente, y, acompañado del alcalde, fui a la sala de juegos, donde su señoría me presentó cariñosamente a los mayores y peores contribuyentes de Navadebolos.

El pobre Mariano tuvo que cenar y marcharse sin decirme una palabra, porque en el Casino recibí dos letrillas del párroco invitándome a cenar con él, y

participándome que tal era su costumbre con los forasteros de distinción. Consulté con don Remigio la norma que yo debía seguir, y el alcalde, satisfecho de la consulta, me aconsejó que cenase con el párroco, y me invitó a almorzar para el día siguiente.

Acompañado del alguacil, que era cojo y tuerto, visité a los enfermos, que eran pocos y sucios. Pero el alguacil me advirtió que enseguida aumentarían las enfermedades, porque todos los vecinos desearían conocerme.

Regresé a mi alojamiento, y descansé contemplando el despacho del señor médico titular de Navadobolos. Un sillón de operaciones que compró en el rastro, y que era de posición fija, porque los elevadores estaban descompuestos. Una mesa camilla cubierta con un viejo tapete calado en abundancia por las quemaduras hechas con cerillas y cigarros. Un armario, también *rastrero*, en cuya parte visible a través de la cristalería, estaban cubiertos de polvo un estuche de instrumentos que mi esposa regaló a Mariano, una cartera que fue regalo mío, dos aparatos para auscultar, dos termómetros y dos objetos de uso corriente. En la parte que no era visible al exterior, estaban amontonados el consabido periódico profesional y la consabida revista profesional que reciben (y no siempre leen) los médicos de pueblo. Y con esos papeles, los prospectos de los laboratorios que fabrican específicos, y algunos ejemplares de publicaciones alegres.

¡Qué reflexiones hice y callo!

En casa del señor cura hallé al coadjutor de Zajones, que me trató como si fuésemos antiguos amigos; me presentó al párroco y a la indispensable ama, y pasó el tiempo recordando la necedad y los desplantes *volterianos* de Atanasio, un mercader de tejidos *peor que aquellos mercaderes que Nuestro Señor Jesucristo, que esté en gloria, echaba fuera del templo.*

El párroco era un buen viejecillo que, según las malas lenguas, debía a la simonía y a su dinero aquella parroquia.

Era cariñoso, indulgente, ignorante confeso y convicto, y sujeto sin más tacha que su decidido amor a las pesetas: amor disculpable en quien tuvo ocasión de hacerles valer sobre todas las otras altezas humanas.

A las diez de la noche me disponía a salir de la casa del cura y marcharme a la mía, cuando el ama me avisó que el cabo de los serenos venía a buscarme porque al tío Nicéforo le había dado un ataque.

Noté que el párroco, el coadjutor y el ama se sonreían, pero me desentendí de ellos, y apresuradamente me despedí, dándoles gracias por la hospitalidad, y me lancé a la calle. El cabo me dijo las cuatro necedades y las cuatro groserías que dicen los sencillos cuando quieren ser corteses complicados.

Y llegamos a casa de Nicéforo.

Confieso que no me remordía la conciencia, y dedico esta observación a los criminalistas. Es cierto que yo me daba cuenta de mi engaño; pero no del perjuicio que ocasionase al prójimo, acaso porque aquellos pa-

letos no me pareciesen prójimos, acaso porque yo me creyese médico, o acaso porque creyese que los médicos eran tan inútiles o más peligrosos que yo. Además, el éxito obtenido me daba confianza; y además la mujer de Atanasio, y el vino consumido al cura y con que el cura consumía, me habían dado la despreocupación que engendra los grandes actos que incubados por el ciego aplauso llevan a la fortuna, e incubados por el ciego enojo llevan a la desgracia.

Nicéforo estaba tumbado en un mal colchón que descansaba sobre un tablado. La casa era pobre y olía mal. Sin embargo, Nicéforo era el medidor del pueblo, y estaba rico, según me lo dijo el cabo.

Me acerqué al enfermo; el olor del vino en digestión me produjo náuseas; le pulsé, le ausculté, examiné las conjuntivas y las córneas; el vientre lleno de mugre y los pies llenos de porquería; me volví a la mujer del enfermo y la pregunté:

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—Cerca de una hora.

—¿Ha venido de la calle?

—Sí, señor, y dijo que tenía frío y se acostó. ¿Qué le parece a usted?

—Ahora me parece que está enfermo, pero hasta mañana no podré asegurar si está grave.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—Su esposo se emborracha a menudo, y esto tiene mal fin. En esta ocasión la borrachera es lo de menos, lo grave es la congestión que se presenta. Hace falta

calentar agua, y que vayan a la botica y que llamen al señor Cachitos.

—¿Va usted a sangrarle? ¡Ay, Dios mío!

—Quizá no. Que pase el cabo y le daré la receta. Arranqué una hoja de mi cartera de bolsillo y escribí.

D^e.

Del preparado típico tópico de la Farmacopea española sinapismisante.

Cantidad suficiente.

Repártase para cuatro aplicaciones a circular.

Ldo. Lanza.

—Oiga usted —dije al cabo—. Mientras preparan eso de la botica, se llega usted a casa del señor Cachitos y le trae usted aquí.

—Estará en el Casino.

—Convenía también que si el teniente cura que se halla de guardia no se ha acostado, esperase un poco.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —decía sollozando la mujer del borracho.

Volví a pulsar al enfermo, que roncaba estrepitosamente.

Cuando llegó Cachitos me dijo, después de saludarme:

—Éste tendrá su borrachera.

—Sí, señor; pero tiene algo más.

—¿Sí?

—Usted, que es hombre de ciencia, examine las córneas, y verá el llamado paño de *Play du Plait*, el autor de la asepsia por verdadera secuestación de las toxinas.

—Y, ¿qué hago yo?

—Ahora va usted a afeitarlo el vértice craneal como si fuese la ancha tonsura de un fraile, porque yo no consiento que se me muera un enfermo si conozco el peligro y lo conozco en tiempo oportuno.

—No será tanto el mal.

—La congestión que llamamos por presión o termodinámica ya está iniciada; si en ese cerebro se extravasa una gota de sangre, vendrá la hemiplejía, la Parálisis parcial o la muerte.

—Eso es. Y, ¿qué traen de la botica?

—El desequilibrio para equilibrar este otro desequilibrio.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—¿Amoníaco?

—No, señor; cuatro sinapismos. Pone usted dos en las plantas de los pies, y otro en el brazo derecho.

—Y otro en el brazo izquierdo.

—No, hombre; ahí la circulación es corta.

—No lo sabía.

—El otro sinapismo lo guarda usted como arma final de reserva. Si con los sinapismos no descargamos enseguida el cerebro, aplicaremos en la tonsura que va usted a hacer.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—Pulverizaciones de alcohol o de éter, porque carecemos de hielo; y si no adelantamos nada, aplicaremos en esta tonsura el cuarto sinapismo.

—Eso es.

—No olvide usted que los sinapismos de los pies los

va usted trasladando y ascendiendo cada cinco minutos, y el del brazo lo va usted descendiendo hacia la muñeca, y, ¡a levantar la ampolla!

—No tenga usted cuidado.

—¿Usted tendrá ventosas?

—Sí, señor; ¿las traigo?

—Ahora no son precisas; y, en último caso, las sabrá usted poner calentando el aire en unos vasitos ligeros.

—Sí, señor. Usted mande sin miedo.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—Yo volveré pronto. Me voy al Casino, porque he dado palabra al señor alcalde de acudir allí. Pero confío en que usted no se moverá.

—Vaya usted tranquilo.

En el Casino ya se tenía noticia de mi asistencia al borracho, y allí vino a buscarme *Cachitos* dándose importancia de profesor—ayudante. Las caras burlonas fueron sustituidas por unas caras asombradas cuando *Cachitos* y el boticario que le acompañaba aseguraron que Nicéforo acababa de salvarse de una congestión. Y como supuse que era el boticario aquel viejecillo del tamaño de un pardal, pregunté al barbero:

—¿Qué pasa allí?

—¿Qué pasa allí?

—Pues, nada; que le hice la coronilla, le desnudé, le apliqué los sinapismos y volvió en sí.

—¿Los retiró usted?

—Enseguida. El paño del que usted me habló iba desapareciendo. Rediez; ese hombre le debe a usted la vida.

—Se la debe al señor farmacéutico, que, según lo que veo, es docto y hombre de conciencia.

Así nació el fervoroso entusiasmo que siempre me tuvo aquel mercachifle de drogas, a quien dejé absoluta libertad de ser el curandero mayor. Él me orientó en muchas ocasiones; él dosificó por mí, y, como todos los fatuos, quiso justificar y avalorar mis alabanzas colmándome de elogios que a otro fatuo hubieran envanecido. Por él curó el sobrino del síndico, y yo me llevé la gloria.

Con la partera tuve igual éxito, pues no me faltó para ponerme a prueba el partito de la tía Pulgares. Nunca me vi entre más basura; y calculando que el heredero de aquellos marranos saldría de noche como las cucarachas, dije a la señora Balbina, que se iba a cenar a su casa:

—Espérese usted, el feto vendrá pronto y viene bien. Ya comprendo que usted es persona justa, y puedo confiarme a usted. ¡Cuántos quisieran saber lo que usted sabe! Créame usted, antes de una hora. No habrá ninguna dificultad para usted: si la hubiera me llama usted enseguida, y, de todos modos, me llama usted. Será antes de una hora. Estoy en casa del señor alcalde. Y como la Pulgares parió a los cincuenta minutos y yo felicité por su comportamiento a la *señá* Balbina, me hizo esta fama de tocólogo eminente, aunque no asistí

a la parturienta. Pero aún creo que huele mal la mano derecha con que reconocí a la Pulgares como la hembra más marrana de la Creación.

Entre tanto, el alcalde no cesaba de inquirir si yo había tenido carta de Mariano. Su preocupación era visible, porque la única carta que le envió su esposa no le satisfacía. Pero don Remigio me obsequiaba, y la primera vez que me llevó a pasear me abrió su pecho, y enseñándome el camino de doscientos metros que unía el pueblo con la carretera de Cuaterosos a la capital, me dijo:

—Así es siempre el cuarto estado. Les he hecho este camino como una seda, y, sin embargo, se van por la vereda...

—Atjarán.

—Algo, no lo niego; pero, si fuesen como los hombres del porvenir, andarían más y no se meterían entre polvo y entre lodo.

—Es cierto.

—Y, sobre todo, no se meterían en terreno vedado. Ya les obligaré yo.

—¿Tiene usted medios?

—Los tengo y ya tendrá usted conocimiento de mi idea.

—Cuando usted guste.

—Añada usted que ese huerto que linda con el camino es mío, y que yo cedí gratis mi terreno cuando se expropió. Yo esperaba que hubiese tránsito, y esta casilla de la huerta la hubiera ensanchado para recreo de mi familia y de mis amigos.

—Muy bien.

—Pero los pueblos están en la infancia.

Y don Remigio resoplaba después de lanzar sus sentencias.

Una tarde subió el alguacil al Casino y me dijo que el señor alcalde me esperaba en el Ayuntamiento. Temblé y fui a escape.

Su señoría, acompañado del secretario, me dio reservadamente la noticia de que en Zajona se había organizado, por iniciativa del coadjutor, un banquete en honor mío, y que, citándome para celebrar una consulta, me llevarían enseguida.

—Yo sé lo que usted vale, pero le advierto lo que le preparan, porque también va en ello el honor de Navadebolos.

—Esté usted tranquilo.

Y aquella noche preparé el eterno discurso que eructan todos los ignorantes, porque solamente se habla con sencillez cuando se tiene conocimiento cierto y profundo de lo que se dice.

Helo aquí:

“Señores y colegas: ana, poli u omni filos o fobos.

Su deferente galantería de ustedes me impele a exteriorizar un acto de ipsogenia, aún más, un acto de raudogenia. To it be -dice el sabio doctor Lieman comparando el polifacético y el monoplático con la cultivación intensiva, extensiva e integral del bacillus poligénico y con la del micodermapseudogénicosi, compadeciéndonos con Longeyey y con monsieur de la Blague, entendemos como que es ávica

o módulo sucedente la comunión alter et altero salvo en el miogenitismo y sus variantes mórficas et eut.

Pero yo hallo que nuestra omnisciencia y nuestra antisevicia me serán gemelos antagónicos que, regulando y propulsando lo abductor y la aducción, me estatifiquen en el ritmo sincrónico donde lo abúlico y lo atávico no se positivan ni se motilizan: como lo adinámico encynemática y el polípar helicoidálico no son posibles en el sector donde el péndulo se desplaza osthogónicamente al horizonte sensual.

Voy primero a estatuar espontáneamente lo que llama Burrieu auto-psiúia, quizá exótica por infracción de lo consuetudinario, quizá eventualica por frivolidad versalítica de una determinante incognóstica, o quizá nuncio de virtualidades asequibles ad homo en este lapso, como en la ciclambulía de los evós se va de lo infrasensible a lo corpuscúlico, a lo micromaeroynosciente para perderse en lo suprasensible sin dejar de ser secular, perdurable, mayestático y cósmico.

Y ya que vuestra atención agénita y evolutante radiaeciona telestésica sustituyendo la límbica que L'Altre llamaba telusismos vesánicos de las masas, confesaré la obsesión mentatésica de mi ego mental cuya inmanencia anímica como que convive en lo gayo y en el luctuo en característica biológica de mi antupostática.

¿Reintegramos o no lo infirmus a lo fisiológico? ¿Lo dolente es disyuntivo por asimetría o por antitecnia? ¿En reflejo y venal, o directo y causal, o constituyente y mortificante?

No sigo mi labor esquemática. La tosinficación solutiva de una entera idiosincrasia epifísica o apofísica en el extremo del proceso morboso, como en el otro se muerde la cola, que es nuestra simbólica misión, cerrando el circuito donde el más del carbón y el menos del zinc crean electrolíticas nupcias copulosas en misterios eleusinos del par antropoideo. Así será eficiente, abérrico y caótico lo que no se desdoble como en semiología sintomática.

Ceda nuestra sevicia ante mi inopia intelecta fustigada y acicatada por el cretinismo cuneiforme del medio; y para quien dijo que la forma humana es el descanso de la materia, dedicad vuestra aquiescencia. He dicho ecuánicamente”.

Mi auditorio quedó callado hasta convencerse de que yo había concluido mi discurso. Entonces me aplaudieron con frenesí. El titular de Alamillos me abrazó: olía a ajo picado como muchos higienistas. *Cachitos*, enterrecido, me quiso besar la mano, y *mi* alcalde exclamó:
—Éste es un hombre con tres pares.

Quería decir con tres pares de mulas, que ya es un buen pasar.

El coadjutor, ofreciéndome un cigarro estanquero, ceñido de la anilla heredada de un habano, me dijo:

—Insisto en que es usted racionalista, pero su racionalismo, que rechazo, no empecé para que me extasíe con la asombrosa sabiduría que usted posee, con su práctica moral de amor al prójimo, y con la corrección exquisita con que usted procede como caballero.

—Muchas gracias, señor cura. Sé que no valgo lo que usted me atribuye, ni me explico de que usted piense así acerca de mi humilde persona; y, si la galantería de usted es señuelo para que yo confunda en mi afecto al hombre con el sacerdote, está usted equivocado. Como sacerdote sólo hallará usted mi repulsión, disimulada naturalmente por mi habitual cortesía, pero como hombre tendrá usted siempre mi decidido afecto y mi ciego entusiasmo; porque me admira hallar en condición tan modesta quien como usted domina las especulaciones filosóficas; va con paso firme por el campo de la metafísica; y, siendo el primero de nuestros teólogos, rechaza la soberbia, y con evangélica humildad derrocha en el dolor ajeno el dulce bálsamo de su amor inagotable.

—Bien, muy bien.

—¡Bravo! ¡Bravo!

—¡Ea! ¡A hacer las paces! —dijo don Remigio—, porque hombres como ustedes no debían reñir nunca ni morirse nunca, porque nos hacen falta, a mí que soy un bruto y a los demás, ¿no es cierto?

Asentimiento de los curas y de los médicos del auditorio.

Salimos a la calle y después a las afueras del pueblo, y en la tartana del alcalde volvimos a montar don Remigio, el boticario, *Cachitos* y yo. Llegamos a Navadebolos y a la puerta del Casino, y nos apeamos. Me despedí para hacer a los enfermos mi visita de la noche y *Cachitos* me acompañó.

—Rediez; ha estado usted mejor que el *Bomba* matando.

—No podía hacer nada extraordinario porque aquello fue una sorpresa.

—Le tenían a usted preparada la encerrona.

—Y las improvisaciones son siempre débiles.

—¡Rediez con la debilidad! Pero lo mejor de todo es lo que le ha dicho usted al cura.

—Yo sentiría que se resintiese.

—Pues que se ponga un puntalito. Así deben ser los médicos: materiales, y no espirituosos como el de Vadoseco, que todo lo arregla con oraciones y no deja a nadie ganar un céntimo. Allí tiene usted el ministrante que si no fuera por lo que saca de las barbas se moría de hambre.

—¿Y ha estado ese médico en la reunión?

—¡Ca!; la mujer no le habrá dado permiso. Por supuesto que no le hubiera entendido a usted, como yo, pongo por caso, ¡rediez lo que sabe usted, y lo bien que lo dice! ¿Pero usted no sabe lo que le ocurrió a don Mariano con el de Vadoseco?

—No

—Pues a don Mariano, como es subdelegado, todos los médicos del partido tienen que enviarle sus partes.

—¡Extraña costumbre!

—Y el de Vadoseco decía en uno de ellos: Murieron de *ictericia*, uno; *de todas las otras enfermedades*, uno; *de paso*, uno; y *de asiento*, tres.

—¿De paso?

—El que murió de paso era un transeúnte.

—Y los que murieron de asiento eran vecinos estables.

—Murieron de asiento porque murieron de indigestión.

—¡Soberbio!

—Ya lo creo.

—Como lo es la muerte por ictericia,² y la muerte por todas las otras enfermedades.

—Pues ése es nuestro hombre. ¡Para que le hubiera entendido a usted! Cualquier día. ¡Pero que ha estado usted muy bien! Así, y solamente así, son los médicos buenos.

¡Pobre *Cachitos*! ¡Pobres ignorantes!

Al día siguiente vino a verme Atanasio. Traía dos comisiones: una, felicitar me en nombre de los libre-pensadores de Navadebolos, y ofrecerme la presidencia de la Asociación; la otra, participarme que su esposa padecía de flatos ardientes. Agradecí la ofrecida presidencia, pero la rechacé porque el médico debe ser libre, debe ser el sacerdote que... (reminiscencias del discursito) ¡y, para aliviar a la esposa, aconsejé a Atanasio que no abusase del matrimonio!

—Crea usted, y a otro no se lo diría, pero a usted se lo puedo decir, que, desde que ando entre los Consumos y quebraderos de cabeza, y algo más que se debe, pues se puede decir que... vamos, que nada.

² Ictericia: “coloración amarillenta de la piel y las mucosas que se produce por un aumento de bilirrubina en la sangre como resultado de ciertos trastornos hepáticos.”

—Iré a verla.

—Pero no le hable usted de esto.

—Yo tengo que hablar de todo lo que pueda orientarme respecto al enfermo.

—Pues vaya usted cuando yo no esté.

Mi patrona, acompañada de su esposo, me trajo el desayuno.

—Digo que como le llevan a usted que ni feriado, y todo el mundo le tiene a usted que convidar a la comida y a la cena, pues le he dicho yo a esta, pues mira hay que ponerle al señor algo más fuerte para desayunarse, porque sabe Dios los comistrajos que le harán; porque otra cosa no tendremos, pero limpieza y dignidad para no abusar de nadie, me parece. Conque digo que le he frito a usted unos huevos con unas *miajas* de chorizo y de tocino. ¡Tráelo, hombre!

—Está bien. Se lo agradezco a ustedes y lo probaré. Pero yo como poco.

—Pues don Mariano se come a Dios y a su madre, porque el día que le hago gachas de almortas con tropezones, o arroz a banda, o cordero en salmorejo, le digo a usted que hay que ver.

—La juventud.

—Y que ya se ha hecho a los guisos de por acá. ¿Qué, le gusta a usted el desayuno?

—Sí, señora, Muchas gracias.

—Sabe usted, lo que hay es que se puede comer con satisfacción, porque ese huevo se ha quedado duro al freírlo, y ese otro se ha roto de puro frescos que son

los dos. Esto es una hermosura; ya quisieran ustedes comer así en Madrid; pero allí va lo que no queremos en los pueblos. No haga usted caso de esas motas negras: son del aceite; quiere decirse, de que el aceite ya estaba frito y yo le dije a éste, pues le echaré un poco de grasa al señor por si quiere mojar un poco de pan.

—Está bien.

—Pues me alegro que le guste, porque no sabe una qué poner, y ya ve usted que en un pueblo no hay donde echar mano como en otras partes. Lo cual que, como usted no hace el gasto como los otros cómodos, pues le dije yo a éste, pues voy a ver si le encuentro al señor un par de perdices; pero, ¡buen trote llevan!; en cuanto que cogen una, pues ya está camino de Madrid, de modo que acá tenemos que pasarnos con lo que en Madrid no quieren.

—No se apure usted, yo como de todo.

—Más vale así; y quiere decirse que si no hay perdices habrá pichones, que así que yo vaya al convento y diga que son para usted, ni qué decir tiene.

—¿Hay un convento de monjas?

—Sí, señor. Conforme se mira a la vega. Y vamos que yo sé que las madres no le guardan intención a don Mariana por lo que pasó.

—¿Qué fue?

—Cosas de la juventud. Pues nada, que don Mariano se incomodó por lo del agua de las monjas, y dijo que si haría o si no haría, y lo cual que no pudo hacer

nada, porque de Madrid le enviaron a decir que no se metiese con las monjas.

—Pero, ¿qué agua era esa?

—Pues ya ve usted: que las monjas tienen en su almunia un árbol seco que echa agua gota a gota, y el agua lo cura todo, y si es cosa de calentura, pues la corta enseguida.

—¡Admirable!

—¿Usted cree en eso?

—¿Por qué lo he de dudar?

—Y a decir que usted sabe más que muchos; y así que las monjas lo sepan, pues ya tiene usted el bizcocho que le haga falta, y el dulce de cidra y el de lisonja, que lo hacen muy bien, y algo más.

—De modo que el agua...

—Sabe usted, ésa la dan para las calenturas, o, pongo por caso, para lavarse una llaga; pero además tienen la pomada de Santa Lucía, que es maravillosa, y la de San Rafael, que también hace muchas curas. Por supuesto, que el agua, si va usted al convento, le enseña a usted el árbol que está goteando; y si quiere usted estarse llenando un cacharro, pues se está usted, pero que si llega una monja a llenar, pues antes es ella.

—Es justo.

—Pues ahí tiene usted, que don Mariano se empeñó en que él solo tenía que curar; y no pudo ser, porque las monjas se le echaron encima; y no paró ahí, si no que le diga a usted éste lo de la tía Remedios, la saludadora.

—Pues la tía Remedios...

—Deja, que yo lo contaré. Total, nada: una mujer que le soba a usted el vientre y echa usted todo lo malo que tenga dentro; y le pone un vaso vacío en el estómago y sale al vaso todo el mal, y se ve el mal dentro del vaso.

—Y al hijo de la Prieta...

—Y al hijo de la Prieta, que cogió del sol un tabardillo en la cabeza, pues le puso el vaso con agua, y el agua empezó a hervir y así sacó el calor. Y a uno que se moría con uno de esos cólicos malos que los llaman como míseros, pues se lo curó poniéndole en el ombligo la colilla de un cigarro.

—Está bien.

—Como que aquí, créalo usted, quien menos cura es el médico.

—Y el boticario.

—No, señor; el boticario también gana, porque hace muchas cosas para las monjas, y le vende otras a la Remedios, y cobra muy bien lo que manda Cachitos.

—¿Cachitos?

—Sí, señor. Todos los que tienen enfermedades de esas feas, van siempre a que Cachitos los cure, porque se lo tapa.

—¿Y el médico lo cuenta?

—Pues hay de todo. Aquí ha habido quien se callaba, y los hay que lo dicen todo: las cosas de los matrimonios, y lo de la gente moza, y las desgracias que ocurren a las chicas.

—Mal hecho.

—Usted lo dice porque sabe usted más que nadie. Pero que muchos no son como usted, y a lo mejor se llevan dos bofetadas o una paliza.

—¡Qué vergüenza!

—Para el que la tiene. Pero el que la tiene no se mete en esos apuros.

—Es cierto.

—Pero, ¿es que no come usted más?

—No, señora.

—Que no le ha gustado a usted.

—Mucho; pero como muy poquito.

—Pues si a media mañana quiere usted un caldo del primer hervor con un huevecito.

—Ya veremos, ya veremos.

—O una miaja de embutido.

—Haré la prueba otro día.

—Y quiere decirse que, aunque esto cuesta más que el chocolate que le dábamos a don Mariano, pues no hay nada perdido, porque ya se ve que usted es persona considerada.

—Creo que sí.

—Y no abusa del pobre.

—Nada de eso.

—Conque ahora saldrá usted a la visita.

—Allá voy.

—¡Pero hombre, mira que eres inútil! No has dicho una palabra, y me has hecho la forzosa de que yo tenga que decirlo todo.

—Es que...

—Calla, no hables sin razón y sin motivo.

Marchose la patrona con su inseparable e inútil esposo, y mientras yo concluía de vestirme recordaba las reflexiones que hice al reconocer el mezquino material científico de Mariano; pero ahora me parecía excesivo. Me parecía pregón de una grande humildad y de una gran ciencia, que se encarnaban unidos en el modesto médico titular de un poblacho español. Porque era muy triste cursar una carrera larga, difícil y costosa, para convertirse en un empleado a las órdenes de cualquier alcalde, de cualquier cacique, de cualquier vecino, de cualquier majadero, y no tener amparo en el pueblo, donde se es considerado como un extraño que viene a vivir a costa del municipio y de los igualados; y no tener amparo en Madrid, que presume de ser Europa, y donde no hay un director que tenga las energías y otras condiciones necesarias para castigar a los charlatanes; al menos para impedir, o siquiera para no proteger, que los charlatanes se impongan de una manera oficiosa y real a los pobres médicos.

Y ya que los prelados hallan compatible el charlatanismo (que no castigan) con la digna y austera cursión y vida de los eclesiásticos y de los religiosos, ¿qué menos pudiese hacer el médico que negar su asistencia al convento donde se ejerce el charlatanismo y donde el médico no va a ser sino el testafarro legal del charlatán místico?

Pensaba yo con qué dureza poco evangélica, pero muy legal, me hubiesen aplicado el Código las monjitas curanderas y la Remedios si hubiesen sabido que yo era otro médico fingido, que al fin tenía mayor resistencia que ellas y el valor de arriesgarme, mientras que ellas obraban tranquilamente, sabiendo que el titular y el subdelegado de Medicina estaban de hecho a sus órdenes.

¡Qué vergüenza para todos!

Salí a la calle para hacer la visita de la mañana, pero el alguacil se me acercó notificándome que el alcalde me esperaba.

—Y debe de ser cosa gorda.

—Allá voy.

Don Remigio estaba en su casa y en su despacho: me recibió muy serio; cerró las puertas; me hizo sentar, y atento, pero grave, me preguntó:

—¿Es usted muy amigo del médico don Mariano?

—Creo, señor alcalde...

—Aquí no vea usted a la autoridad.

—Pues bien, creo haberle a usted contestado a esa pregunta el mismo día que llegué, y me extraña que usted insista.

—Pues insisto porque acabo de recibir una carta que dice lo contrario.

—¡Lo contrario!, ¿de qué? Pues una carta no es un documento indubitable.

—Ésta lo es.

—Lo será, pero yo soy quien necesita ahora explicaciones, bien entendido que no se las pido a la autoridad.

—Al amigo, don Silverio, al amigo. Y no es que en la carta se lo desmienta, pero vamos, que da lugar a sospechas.

—Lo dará; pero esa sospecha que usted tiene, quizá con razón, es injuriosa para mí, y yo tengo derecho para suplicar a usted que me enseñe esa carta.

—Es de mi primo.

—¿Quién?

—Un primo cura que tengo en Madrid.

—¿Y ese señor conoce mis amistades? Y, ¿por qué habla de mí? ¿Es que me injuria un desconocido sin que yo pueda defenderme?

—No, don Silverio, cálmese usted.

—Eso es fácil decirlo.

—Va usted a saber todo lo que me pasa. Si usted es bueno y usted lo puede saber.

Don Remigio empezó a llorar silenciosamente y me dio la carta de su primo.

El señor cura aseguraba que su sobrina y Mariano estaban resueltos a casarse; que la alcaldesa consentía en ello; que el padre lo hallaba acertadísimo; y que, para evitar un escándalo, suplicaba a Don Remigio expusiese claramente las razones que tenía contra tal enlace. Si eran claras y concluyentes el cura aseguraba que la sobrina volvería al pueblo y Mariano se quedaría en Madrid. Si no eran concluyentes y claras, el cura caería del lado de los novios. Al terminar su carta decía:

De todos modos, contesta enseguida y dime cómo está el nuevo doctor, por quien hay aquí mucho interés.

—Pero, señor alcalde, ¿también es usted de los hombres que lloran?

—Perdone usted, amigo mío.

—¿Y llora usted porque se le casa la hija? ¿Ese médico es indigno de ella?

—No, señor.

—Cree usted que ella le quiere.

—Hace mucho tiempo.

—Cree usted que él la quiere a ella.

—También.

—¿Buscaba usted un yerno con dinero?

—No, señor; pero quería que mis hijos fuesen amos de la vereda por los dos lindes, y acabar con ellos, y obligar a esos brutos de Cuatezones a...

—¿Y era usted capaz de dar una hija por media vereda?

—Quizá pensé mal.

—¿Quiere usted arreglar para siempre, y con beneficio para usted, ese problema del camino?

—¡No he de quererlo! Diga usted.

—Oiga usted antes. ¿Está usted dispuesto a la boda que le aconseja su primo?

—Y, ¡qué remedio! Yo no quiero escándalos, yo no quiero violentar a mi hija, yo no quiero...

—Pero, ¡no llore usted! Todavía no sabe la ciencia por qué hacen llorar la cebolla y los noviazgos. Quedamos en que se casarán.

—Que se casen.

—Pues yo voy a darle a usted mi regalo de boda.

—¿Lo del camino?

—Eso. Establezca usted en su terreno de la vereda un almacén de vinos y de comestibles, y venda usted al por menor, con la rebaja de que allí están los géneros libres de Consumos.

—Mayor motivo para que los Cuatezones vayan por la vereda.

—Pero ganará usted en ello.

—Eso sí.

—Y la práctica moral—social no es encaminar a los hombres, sino cobrarles el peaje en todos los caminos. Arregle usted para su recreo la casilla de la huerta, y no le estorbará el paso de los Cuatezones.

—Y será verdad.

—Recomiendo a usted mi patrón para tendero.

—No es mal hombre, pero es muy borracho.

—Así atenderá el negocio y se curará del vino.

—¿No cree usted en la eficacia de mi consejo?

—¡Pero usted todo lo arregla!

—¿Que no? ¡Si se ve como el agua!

—Conque eso no impedirá la boda.

—Ya he dicho que se casarán y se casarán sin escándalo, porque usted es hombre serio y se callará lo que ha leído.

—Lo tengo olvidado.

—Y a propósito, ¿a qué se refiere mi primo cuando habla de usted?

—Lo ignoro. Habrá interpretado mal, o habrá expresado mal, los recuerdos que para mí le haya dado don Mariano, si lo ha visto.

—¿Pero usted no tiene en esto de la boda arte ni parte?

—Señor mío, con el respeto que me merece usted como alcalde, le ruego recoja el juramento más sagrado que pueda hacer un médico como yo. Lo juro por la fe que me inspiran las teorías hipocráticas, las evolucionistas y las modernas, ¡ah, sí!, y las modernas teorías biológicas.

—Basta; ¡pelillos a la mar!

—¿Escribirá usted hoy a su primo?

—Ahora, para que vaya la carta en el mixto.

—Pues salude usted a ese señor en mi nombre, y dígame usted que me hallo perfectamente.

—Y de usted también tendremos que pensar algo, porque usted no ha sido un suplente cualquiera, y quiere decirse que...

—Trataremos en cuando venga su yerno.

—Que lo será.

—Y a gusto de todos.

—Hombre, pues si no hubiera sido por lo del camino, ya estaban casados.

Hice de prisa mi monótona visita, reducida, como siempre, a oler mal; a recetar vagamente, para que el boticario se despachase a su gusto en el medicamento y en el precio; a llenar de esperanza a quienes, no habiendo conservado su salud, piden al médico que

les haya una nueva y pronto; a llamar pulmonía a las expectoraciones sanguinolentas; dolores de costado a cualquier calambre de un intercostal; reuma a la astenia muscular producida por cansancio o exceso de ácidos, y epilepsia a la neuro—astemia producida por inanición; a retardar o acelerar injustamente la curación oficial de las lesiones, y a no olvidar completamente los intereses de los herederos y del enterrador.

Y al verme en casa respiré ampliamente por primera vez desde que me hallaba en Navadobolos. Ya estaba acordada la boda; Mariano volvería a escape; yo terminaría felizmente mi farsa y...

—Don Silverio.

—¿Qué?

—El comandante de puesto y un guardia vienen a buscarle a usted. Se desmoronó mi castillo de naipes. Seguramente todo estaba descubierto. ¡Pobre Mariano!

—Que pasen enseguida.

—¿Da usted su permiso? No se había descubierto nada, pero la situación era gravísima.

A tres kilómetros, y en la carretera general, había volcado el automóvil de un señor marqués, y éste, su esposa, su hijo, que guiaba el carruaje, y un amigo estaban heridos. La pareja, que volvía de una entrevista, había acudido al lugar del suceso, y uno de los guardias, el que tenía presente, venía a buscarme.

Vi el peligro en toda su extensión, porque en medicina, como en derecho, no es posible tratar a los

marqueses con la desvergonzada ligereza que se usa con los patanes.

Vi todo el peligro, pero imitando a mi ilustre antecesor, busqué el gran remedio para el grande mal y me dispuse a amputar todos los miembros de aquella familia aristocrática.

Iba, sin embargo, pálido y tembloroso.

Cuando llegamos a la carretera no vi el automóvil: había desaparecido. Sólo estaban diez o doce personas que nos vieron al descender del collado y que nos llamaban con urgencia.

Formaban el grupo los labriegos que trabajaban en las cercanías, y en medio del corro estaba, sentado en el suelo y apoyando la espalda en unos aparejos de caballería, el criado herido, que gemía dolorosamente y a grandes voces

Según se nos dijo, habían levantado a fuerza de puños el automóvil, y en él se había ido el marqués con su familia huyendo de los médicos del pueblo. Pero el criado no consintió que le tocasen, y allí le dejó el marqués, recomendándole con algunas monedas a los campesinos.

El herido aseguraba que tenía rotos la pierna izquierda y el brazo izquierdo, y cuando fui a tocarlos lanzaba gritos desgarradores. Se improvisaron unas angarillas y en ellas fue conducido al hospital del pueblo.

El secretario del Juzgado rebuscó el expediente de un caso análogo ocurrido veinte años después, y, con

arreglo a aquella pauta fue ordenando al juez las declaraciones que debía tomar.

Y en aquel hospital sin sala de cirugía, sin un mal baño, sin botiquín, y que sólo servía para albergar en invierno a dos o tres viejos pobres, y a mejorar los ingresos de los patronos, fue colocado el dolorido cuerpo de Santos Boscajo y de otro lacayo de los señores marqueses.

Entre Cachitos y yo, porque el enfermero estaba a jornal sacando patatas, desnudamos a Santos, que no cesaba de chillar. En aquel cuerpo, que seguramente nunca había sentido el contacto del agua, no pude hallar el menor indicio de una equimosis o arañazo. Pero el hombre seguía doliéndose, y como yo le preguntase qué deseaba:

—Comer y descansar. Me parece.

Le volví la espalda, y ya iba a declarar ante el juez que el supuesto herido estaba sano, cuando Cachitos, que venía con vendas, trapos y unas largas cañas, me dijo:

—Ahora va usted a lucirse, y ahora verán, ¡rediez!, los señoritos de la capital quiénes son los médicos y los profesores ayudantes que hay en las aldeas, como ellos dicen. Por supuesto, que al marqués le va a costar las perras, porque ya el señor Fulgencio, que es patrono, ha dicho que las estancias van a ser siete pesetas diarias, y dos por enfermería, y los alimentos aparte, y usted pondrá su cuenta, que será de órdago, como la mía, porque esos señoritos si no pagan caro creen que se les engaña.

—Lo pensaré.

—Ya sé yo que usted hará una cura de las buenas, como usted puede hacerla; pero yo no me descuido, y como habrá que entablillar el brazo y la pierna, me traigo estas cañitas, y ya verá usted qué bien las corto y las coso por dentro a un trapo con algodón y por fuera a una tela bonita, para que suba más la cuenta.

—¡Cachitos!

—Lo que usted oye. Se me olvidaba que el señor alcalde le está a usted esperando para almorzar y me ha dicho que vaya usted pronto, que es más de la una.

El alcalde me dio la noticia de que el marqués había sido diputado por el distrito, y que ningún elector le pudo ver la cara ni antes ni después de las elecciones.

Esto me decidió y me convencí de que Santos padecía dos fracturas que, si no eran conminutas para él, no serían sin minutas para el amo.

El juez siguió tomando declaraciones; yo di mi parte facultativo, que era un delicioso modelo de ambigüedad y de anfibología; el boticario agotó el repuesto de sellos, de frascos, de cajas y de etiquetas, entendiéndose admirablemente con Cachitos y con el enfermero, quienes, a costa del marqués, comían opíparamente con Santos, que sujetaba los naipes en la mano del entablillado brazo, los manejaba a puñetazos con la derecha, y no se cansaba de jugar al truque, a la brisca y al mus.

Pero un día el marqués, que ya había girado algunas cantidades, anunció que su médico visitaría a Santos. Y

el médico era otro marqués, el marqués del Duodeno, honroso título que se le había concedido por haber extirpado el estómago a un personaje de un modo más científico y más humano que el seguido para extirpar el estómago de los pobres. El sabio cirujano era el insigne autor del cardisincrómetro, sorprendente platillo cuya oscilación, producida por fuerza eléctrica y rimada por el pulso del enfermo, permitía que la mano del operador, llevada por el platillo, estuviese siempre a la misma distancia del corazón, y así podía operarse en éste como si se hallase inmóvil.

Cuando supe que venía el eminente doctor, temblé de espanto, pero ya no era posible huir. En último caso, el marqués de Duodeno perdonaría mi superchería cuando supiese los motivos de ella cuando se conveniese de que no había producido lesión, salvo las pesetas del marqués que yo reintegraría religiosamente.

Convine con las autoridades en que el doctor comería conmigo; y el párroco envió como cocinera a la sobrina del ama. Un criado del sabio sería el jefe de comedor, y el cura, el alcalde, el juez, el boticario y el maestro serían los comensales.

A las diez de la mañana llegué en la tartana del alcalde, y sin más acompañamiento que un criado, a la estación del ferrocarril. Del tren sólo de apeó un viajero, mozo de veinticinco años, que preguntó al jefe:

—¿Hay aquí alguien de Valdebolos?

—Servidor de usted —dije yo—. ¿Es usted el excelentísimo señor marqués de Duodeno?

—Su representante.

—Muy señor mío: yo soy el médico suplente de Valdebolos.

—Tanto gusto.

Y aunque quise hacer de impertinente, le noté que me hablaba con cortedad. Aquella cara me era conocida.

Montamos en la tartana y nos ofrecimos pitillos.

—De modo que el enfermo...

—Muy mejorado.

—Ésta será tierra de vino.

—De vino y de aceite.

—Pues aquí no se ven olivos.

—El aceite está arriba.

—Claro.

—Quiero decir que está en la montaña.

—Ha resultado chisposo.

—¡Qué tiempo!

—¡Ya, ya!

—Usted me mira como si me conociese.

—Sí, señor.

—Mi nombre es Francisco Labaja.

—¡Labaja! ¡Sí, hombre sí! ¡Usted es Labaja!

—Sí, señor.

—Veamos: que usted es el Labaja de Bolsa.

—Eso es. Iba allí como dependiente Rubiela.

Y Rubiela le llamaba a usted desde la plataforma: ¡Labaja, Labaja!, y los desocupados del corro gritaban:

¡La Baja! ¡Ya viene La Baja!

—Eso es; eso es.

—¿Y ahora ejerce usted la medicina?

—Aún no he concluido la carrera.

—Pero practica usted con el marqués del Duodeno.

—No, señor; con el doctor Ramírez, que es ayudante del marqués. Y como el marqués no había de venir aquí, se lo encargó a Ramírez, y como éste ha pasado la noche de parto me ha enviado a mí.

—Pues lo celebro, porque prefiero almorzar con un amigo antiguo como usted. Porque usted almorzará conmigo. Todo está preparado.

—Muchas gracias. Repetiremos en la capital cuando usted vaya allá.

—Muchas gracias.

—Si no vuelvo antes de que usted vaya.

—¿Piensa usted volver?

—Hombre: hablaremos como amigos.

—El marqués cobrará por esta visita doscientas pesetas, y dará cincuenta a Ramírez, que me da dos duros para la comida y no me hace hoy trabajar.

—Cuenta usted conmigo para que estas visitas se repitan a menudo siempre que sea usted el doctor.

—Seguramente. A usted no le molestará eso.

—Nada; todo lo contrario.

Ante Santos nos reunimos dos médicos falsificados. El enfermo me puso por las nubes, y aunque aseguró que estaba muy bien asistido, pidió que se le enviase dinero para gastos que no sufragaba el hospital.

Camino de mi casa, dejé a Labaja con los comensales; llegué al Casino, llamé aparte al secretario y le dije:

—Para tranquilidad mía y del Juzgado escriba usted la comparecencia del doctor Acan; usted no pierda su tiempo si este asunto produce una demanda civil del criado contra el amo. Copie usted mis informes y mis partes de asistencia, las manifestaciones de agradecimiento del enfermo, las frases del doctor laudatorias para mí, para *Cachitos*, para el enfermero y para las autoridades y no olvide usted que el doctor hizo un reconocimiento minucioso y opinó en un todo como yo opino respecto al diagnóstico, al pronóstico y al tratamiento. No almuerce usted en su casa, escriba usted enseguida y venga usted a comer con nosotros. Cuando pida a usted el documento lo saca usted del bolsillo.

Labaja comió bien; bebió más; nos contó trapisondas de bastidores y cuentos verdes, y, cuando le presenté el escrito de comparecencia para que lo leyese y lo firmase, lo firmó sin leerlo.

—¿Firmo por orden?

—Acaso no sea lo más acertado.

—Tiene usted razón.

Y, sin vacilar, firmó: *El Marqués del Duodeno*.

Aquella firma valía al sabio treinta duros; a Ramírez, ocho; a Labaja, dos; a mí, un buen sueño; y a Mariano, su porvenir.

Lo equitativo no es siempre lo justo.

Dejé a *mi compañero* Labaja instalado en el tren correo y regresé a casa. El patrón, que me esperaba todas las noches, me entregó dos duros.

—¿Quién ha traído esto?

—La Tolica.

—Muy señora mía.

—Pues la mujer de Rufino, el carnicero.

—¿Y qué quiere?

—Será de una mayor o dos medianas, porque las chicas son a cinco reales.

—Perdone usted que no pueda seguir a su hermosa imaginación.

—Usted dirá.

—Usted es el que ha de decirme con mucha paciencia por qué me traen esos dos duros.

—Porque el carnicero habrá sacrificado un buey, o una vaca, o un toro, o dos terneras, u ocho corderos o carneros.

—¿Y por qué paga eso?

—Pues porque usted le ha puesto el visto al ganado.

—Yo no he puesto nada.

—¡Claro! Pero se lo explicaré a usted bien y desde lejos.

—Así. Siéntese usted.

—Usted y el veterinario de Zajoso son los *peritos* para decir allí y aquí lo que es bueno y es malo para comer.

—Comprendido.

—Aquí tenemos médico, y, en Zajoso, veterinario. Pero aquí no hay veterinario...

—Lo sé; y en Zajoso no hay médico.

—De modo que usted es el *perito* un mes y otro mes lo es el veterinario.

—Perfectamente ideado.

—Este mes lo es usted.

—No lo sabía.

—Mientras se maten reses sanas y se vendan cosas sanas, usted no se entera. Pero si matan reses que ya estuviesen muertas... quiere decirse que...

—Comprendido.

—Entonces le da a usted dos duros por una res mayor, un duro por una mediana, y las chicas a cinco reales.

—Pues agradeceré a usted que mañana devuelva esos dos duros al carnicero.

—No, señor.

—¿Que no?

—Los devuelve usted. Porque usted no lleva mala idea, pero no va por buen camino. Y lo que usted quiere es que todo se haga con la debida honradez, y, para eso, hace falta que vengan hombres que la tengan.

—Es verdad.

—¡Y tanto! Al médico le pagan poco, porque ya le han ajustado la cuenta de lo que ha de robar. Si usted les quita eso a don Mariano o cualesquiera otro que venga, pues le mata usted de hambre o nos deja usted sin médico.

—También es verdad.

—Y si se tira a que todos los hombres tengan vergüenza, pues, si usted devuelve los dos duros, pues también deben devolver lo que cobran el alcalde, el se-

cretario y los concejales, y pagar lo que consumen todo el año en la carnicería, en la tahona y en las tiendas.

—¿No pagan?

—Jamás. Por eso hay muchas cosas caras y malas.

—Si eso se supiese.

—Lo sabrá el Gobierno.

—No.

—Pues yo creí que hacían ministros a los que conocían las granujadas, como hacen médicos a los que conocen las enfermedades. A la cuenta yo sé demasiado para ministro y no sé lo suficiente para médico

—Es posible.

—Pero hay diferencia. Porque el que se mete a gobernar suele ser un granuja desahogado y todos los de su casta le hacen un hueco. Pero el médico tiene que serlo, porque si lo finge y se enteran los otros médicos...

—Tiene usted razón.

—Y usted gana de dormir.

—Algo.

—Pues aquí, sobre la cómoda, dejo los dos duros.

—Ahí se los encontrará don Mariano cuando vuelva.

—Usted sabrá lo que hace. Conque, hasta mañana.

—Adiós.

Me desvelaron las últimas palabras del patrón. ¿Sospechará algo? Aquellas continuadas zozobras alteraban la normalidad de mis funciones: comprendí que estaba abusando de la buena suerte, y por la mañana fui a la estación y en la ambulancia deposité esta carta:

“Querido Mariano: Habéis convenido en que tu matrimonio se celebre en ésa porque el señor cura que os ha de casar no quiere venir al pueblo. Me parece bien. Pero tu suegra y tu novia vendrán pronto para arreglar el equipo. Antes he de marcharme yo. Envíame un telegrama que disculpe mi partida”.

Llegó un telegrama diciéndome que mi cuñado estaba agonizando. Me despedí del alcalde: quedó sustituyéndome el médico de Valdeseco; y el buen don Remigio me invitó a la boda.

Y vino el dulce día de salir para siempre de Navadobolos. Me despidió todo el vecindario: y la mujer del Chucho me dijo aparte:

—Es usted el primer médico que se va sin ver lo que yo tengo.

Cachitos me aseguró que tendría noticias de todos. Y las tuve.

El domingo siguiente al día de mi marcha y terminada la misa, hubo gran reunión en el atrio de la iglesia. Por unanimidad se tomó el acuerdo de que, a toda costa fuera yo el médico titular.

—Señores —decía el boticario—; es un buen médico que no me ha pedido un duro, ni ha ido conmigo a medias ni ha recetado inútilmente ni específicos caros, ni fórmulas complicadas que es donde un farmacéutico puede meter mano. Ni ha sido un gorrón de los que me consumen gratis la goma, la menta, el alcohol, el azúcar y las aguas minerales.

—Y que lo diga usted —añadió Cachitos—. Jamás se ha pringado en una cuenta mía, y eso que yo le he presentado el cebo para que acudiese al engaño; y jamás me ha ocupado en nada que no fuera mi obligación.

—Como ustedes opino yo mismo también —dijo el secretario— porque una tarde le advertí que tenía que hacer el informe de la Junta de Sanidad y me respondió:

—Pero, ¿soy yo de la junta?

—Es que siempre los hace el médico. Y hace falta para el presupuesto extraordinario.

—No lo sé.

—Es un presupuesto extraordinario que se hace todos los años por dos mil setecientas pesetas.

—Ya debía ser ordinario.

—No, señor, tiene que ser extraordinario.

—Y, ¿por qué se propone?

—Por epidemias.

—¡Si este pueblo es saludable!

—Mucho; pero se suponen tres epidemias: la viruela, el tifus y la difteria; y se calcula lo necesario para vacuna y desinfectantes y sueros.

—Y, ¿se vacuna a todos?

—No, señor, a nadie. A los de la junta se les paga una merienda, porque echen las firmas, y lo demás se gasta en toros por la función.

Y no hizo el informe.

—Y, ¿usted qué dice?, señor cura —preguntó Chachitos.

—Le creo un librepensador; pero es el primero que no se ha propasado con las muchachas.

Y el día de la boda nos enseñó don Remigio una exposición suscripta por todos los vecinos del pueblo pidiendo que yo fuese, a cualquier precio, médico de Navadebolos.

—Y conste —afirmó el Alcalde—, que yo también lo suscribo, porque éste, que ya es mi hijo, tiene bastante con ayudarme a cuidar de la hacienda y sustituirme pronto en el Ayuntamiento.

Me negué; se obstinó don Remigio y fue preciso confiarle el secreto, pero tuve, para tranquilizar al vecindario, que escribir las siguientes líneas: “Queridos amigos: De ningún modo puedo volver a curar las enfermedades de vuestro cuerpo y, acaso, las de vuestro espíritu; pero os daré la receta para conservar y recuperar, en lo humanamente posible, la hermosa salud.

Sed limpios.

Tened limpia vuestra cama, vuestra conciencia y vuestro estómago.

Limpiad vuestra casa y vuestras ropas.

Limpiad vuestras heridas con lo que más limpie: el agua limpia, el alcohol limpia y el ácido limpia.

Y si, a pesar de tanta limpieza, no os curáis, llamad a vuestro médico, pero no para engañarle y para afrentarle, sino para orientarle y agradecerle con largueza.

Y cuando veáis que un médico no os habla claro, huid de él, porque, creedme, la medicina con oscuridades, la justicia con oscuridades y la devoción con oscuridades son una enfermedad, un delito y una herejía.

Finalmente, mientras seáis unos cerdos sólo podréis aspirar a que vuestros médicos sean unos porquerizos.

Salud os desea vuestro buen amigo,

Silverio Lanza”

La devoradora

La devoradora
Vicente Blasco Ibáñez¹
(1867-1928)



I

Cuando entraba en el Casino de Montecarlo, los porteros la acogían con la misma reverencia que a los personajes célebres. Luego, mientras ella iba alejándose, hacían comentarios sobre el aspecto y los adornos de su persona.

—Todavía le queda mucho que jugar. Las joyas que trae hoy no las habíamos visto nunca.

Otros empleados más jóvenes preferían discutir, entre ellos, sobre la belleza de esta bailarina célebre.

—La Balabanova aún parece una niña, y debe haber cumplido los cuarenta. Tal vez tiene más.

Vista a cierta distancia no resultaba fácil adivinar la edad, de esta mujer, pequeña, ágil, de graciosos y sueltos movimientos, vestida siempre con una elegancia juvenil. Era preciso que los viejos concurrentes al Casino, atraídos por el brillo de sus alhajas, se fijasen en ella, recordando su historia.

¹ **Vicente Blasco Ibáñez** (1867-1928) fue un escritor, periodista y político español, impulsor del naturalismo y el realismo literarios.

Todos conocían a Olga Balabanova, la célebre bailarina del Teatro Imperial de San Petersburgo, por haber tenido amoríos con varios individuos de la familia reinante, y hasta se murmuraba que, durante unos meses, logró monopolizar los deseos del último de los zares, frío y distraído en sus afecciones.

La ruina del Imperio y el triunfo de la revolución la habían sorprendido en su magnífica casa de Cap d'Ail, regalo de un gran duque. Lo mismo que tantos príncipes, generales y altos funcionarios de la corte rusa refugiados en la Costa Azul, había visto desaparecer instantáneamente su riqueza. Era un naufrago más del buque imperial, enorme y majestuoso, perdido para siempre.

Una cantidad considerable de joyas, recuerdo de la munificencia de diversos amantes, le servía para prolongar su quebrantada opulencia. Los demás sobrevivientes del régimen zarista descendían poco a poco en rango social, apelando, al fin, para poder vivir, al trabajo de sus manos. En los puertos de Niza y de Marsella, antiguos generales eran mozos de carga; solemnes diplomáticos dirigían un bodegón o un pequeño café; damas de la corte imperial hacían colectas entre sus amigos para establecer una sombrerería o una casa de huéspedes. Otros “nuevos pobres”, menos dignos y enérgicos en su miseria, se dedicaban simplemente a pedir dinero a todo el mundo, con la ilusoria esperanza de proseguir irregularmente su misma vida de antes.

Mientras tanto, la Balabanova continuaba habitando su lujosa vivienda, como si nada hubiese ocurrido en Rusia. Conservaba su automóvil, su servidumbre de siempre, no privándose de ir, tarde y noche, al Casino de Montecarlo para jugar. Algunas joyas célebres por su valor, y muy conocidas por haberlas lucido Olga sobre su persona, figuraban ya en los escaparates de los grandes joyeros de Niza y de París. Al principio fue vendiendo lentamente estos valiosos recuerdos del pasado. La catástrofe de su mundo aconsejó una momentánea prudencia a esta mujer, especie de mariposa, que parecía guardar en su cerebro la misma ligereza estupenda de sus pies.

En los primeros meses redujo el personal doméstico de su casa, se quedó con un solo automóvil, procurando limitar su funcionamiento; hizo otras economías, y sobre todo, juró por los santos más milagrosos del calendario ruso no volver a pisar los salones privados del Casino de Montecarlo, ni el inmediato edificio del “Sporting Club”. Era preciso limitar los gastos, sosteniéndose con la venta ordenada de sus cuantiosas joyas. Mas la necesidad de socorrer a ciertos compatriotas venidos a menos la obligó a admitirlos en su casa como servidores. Su automóvil, guiado por un antiguo coronel de Ingenieros, ahora chofer, emprendió el camino todos los días del citado Casino, lo mismo que antes de la revolución, y las ventas de joyas empezaron a sucederse con una rapidez creciente.

Tenía la Balabanova una lógica en armonía con su carácter un poco incoherente de eslava. Ya había realizado ella las economías necesarias, y su conciencia estaba tranquila. Si después de esto la vida la empujaba lo mismo que antes, ¿qué podía hacer?... *Nitchevo*.

Y seguía su destino, quejándose de la suerte al hablar con sus compatriotas, mostrándose a continuación, para los extraños, sonriente, graciosa, y al mismo tiempo altiva y distante, igual que en los tiempos que la respetaban por haber sido unos meses zarina de la mano izquierda, y durante largos años amante declarada del gran duque Cirilo Nicolás. A medida que desaparecían sus alhajas más célebres, iba sacando a la luz otras, olvidadas en la época de prosperidad, y que ahora, con la desgracia, parecían haber adquirido nuevo valor. Todas las gemas más preciosas, montadas en platino (el metal de su país), figuraban en el tesoro de la Balabanova.

Pero la ruina es semejante a las inundaciones de crecimiento continuo, que arrastran, al fin, las cosas más sólidas y enraizadas en apariencia. Olga parecía sostener con el Destino una lucha incesante. Sacaba de su escondrijo nuevas joyas, para verlas al poco tiempo arrebatadas por su mala suerte. Hacía gala de otras, y en un plazo todavía más breve desaparecían de igual modo... Era que, después de los primeros meses de cordura, se había entregado al juego con una fe quimérica, creyendo en influencias supersticiosas, en mágicas combinaciones para esclavizar a la ganancia.

En su época triunfante había jugado por ostentación, para que la admirase el público, ya que no le era posible bailar en los escenarios de la Costa Azul. ¡Qué podía darle el juego que no le regalase su Cirilo Nicolás!... Ahora jugaba para ganar.

Como todos los acostumbrados al manejo, sin tasa, del dinero, imaginóse que éste acudiría obediente al menor esfuerzo de su voluntad, lo mismo que una persona de buena educación, incapaz de volver la espalda a sus antiguas relaciones. Y el dinero se escapaba de sus manos como si ya no la conociese. Alguna vez retrocedía hacia ella en pequeñas cantidades, merced a una ganancia precaria, pero lo hacía traidoramente, para llevarse con él nuevas masas de su misma especie, en el pánico de las grandes pérdidas.

Cada mes presenciaba la partida sin retorno de un collar, de una pulsera o de pendientes, suntuosos como los de un rajá, que todos habían conocido colgando de sus pequeñas orejas arreboladas de rosa artificial.

Para las gentes que la rodeaban en el Casino, fingía no dar importancia a esta continua pérdida. Era “un simple contratiempo”, como si viviese aún en *Cap d’Ail* con el gran duque.

Cuando volvía a su magnífica “villa”, en las horas nocturnas próximas al amanecer, gustaba de asomarse a una terraza inmediata a su dormitorio, viendo a sus pies el jardín, con las oscuras masas de su arboleda dormida y los redondeles acuáticos de sus fuentes, en cuyo fondo de ébano vibraban las estrellas. Luego, le-

vantando los ojos, contemplaba el mar y sus arrugas de vagorosa fosforescencia en la noche, llanura inquieta a través de la cual se había ido “él” para siempre, con una majestad de dios muerto, llevándose a remolque la fortuna.

Ahora, completamente a solas, su rostro terso como el de una estatua, bruñido por una juventud artificial, podía reflejar sin miedo las impresiones internas. Dos lágrimas caían lentamente de sus ojos, ennegreciéndose con el *rimmels* de sus pestañas y la sombra azul que servía de aureola a sus párpados.

—¡Ay, los tiempos pasados! —gemía—. ¡Oh, Kiki! ¡Quién hubiese podido sospechar lo que ahora vemos!...

II

Durante los últimos años del Imperio había sido considerada como una gloria nacional. Los novelistas de Rusia hacían sentir su influencia en todas las literaturas; sus músicos figuraban en todos los conciertos, y los bailes eslavos venían a dar nueva vida al arte de la danza.

Era la Balaba nova la primera bailarina de su país. El director de los teatros imperiales sólo la había permitido breves y contados viajes fuera de Rusia. Sus habilidades coreográficas pertenecían a su patria, o mejor dicho, a la corte del zar.

Parecía impulsada por una fuerza misteriosa, enemiga de todas las leyes de la gravitación. Se despegaba del suelo, manteniéndose en el aire cual si fuese de una materia sutil, emancipada de las atracciones terrestres; iba de un lado a otro del escenario con fáciles saltos, iguales a vuelos. Inspiraba a los hombres un amor que tenía algo de místico, como si perteneciese a una raza aparte, superior a la humana. Repetía en la realidad la existencia inmaterial de las sílfides y otras hembras intangibles, hijas del aire o del fuego, descritas por los cabalistas, y que en la Edad Media copularon con los humanos.

Esta atracción, producto de su graciosa ligereza, la había sentido el mismo zar, y recuerdo de un capricho, que sus cortesanos llamaban “artístico”, fue el suntuoso palacio, en lo más céntrico de San Petersburgo, que la célebre bailarina recibió como regalo.

Llegó la emperatriz a preocuparse de ella, distinguiéndola con una celosa animosidad, y otras mujeres de la corte la acompañaron en este agresivo sentimiento, esposas de grandes duques o de simples príncipes multimillonarios, las cuales pretendían seducir al soberano, más por el honor que esto representaba para su orgullo que por verdaderos deseos amorosos.

La sorda hostilidad de las señoras de la corte enorgullecía y molestaba al mismo tiempo a la Balabanova. Había llegado a no conocer el valor de las cosas. El

despilfarro de una corte suntuosa, que nunca supo hacer cuentas, parecía agobiarla con sus incesantes regalos. Además, gozaba de cierta influencia política cerca de los ministros del emperador y de los personajes palatinos.

Un día, no obstante sus triunfos, se manifestó dispuesta, con gran asombro de todos, a renunciar a tanta gloria. Tenía para ello un motivo, que no dijo nunca. Su arte asombroso sólo podía desarrollarse en plena juventud. Se aproximaba ya a los treinta años, y más de una vez se dio cuenta de que sus miembros obedecían con menos vigor a los impulsos de su voluntad. Estos desfallecimientos únicamente los notaba ella. Aún le era posible bailar diez años más, pero mostrando una decadencia, magistralmente disimulada al principio, que el público acabaría por conocer.

Mejor era marcharse en pleno triunfo, dejando el recuerdo de un ser excepcional. Encontró un pretexto para justificar dicha retirada: su amor al gran duque Cirilo Nicolás, que vivía casi públicamente con ella, cual si fuese un marido morgánico. Era un tío del emperador, tan deseoso de monopolizar esta herencia de su sobrino, que no vacilaba en ir contra las tradiciones de su familia y los escrúpulos oficiales de la corte. Siendo soltero, ofreció lo que no podían dar los otros amorosos de la célebre bailarina, todos ellos casados y con miedo a una ostentación de relaciones demasiado audaz.

Grandote, de barba rubia, ojos claros y nariz algo achatada, sonriendo con cierta expresión infantil, era

“el gigante bueno”, el eslavo fácil de manejar, aunque en ciertos momentos, arrastrado por repentina y gritona cólera, se mostraba capaz de las mayores violencias. Con el permiso del emperador se marcharon los dos a la Europa Occidental, acabando por instalarse en la Costa Azul, donde el gran duque compró a Olga una lujosa “villa” cerca del Mediterráneo.

Varios años duró la vida común de Cirilo Nicolás y la Balabanova. Él aún sabía contar menos que ella. Pasaba el dinero por sus manos sin que éstas lo notasen, por ser manos de príncipe, que parecían recibirlo todo gratuitamente. Cuando Cirilo Nicolás perdía en las mesas de juego, era en forma de fichas de diversos colores, que él apreciaba como juguetes de niño, sin valor alguno.

El público de todos los lugares de placer conocía a esta pareja célebre. Ella, pequeñita, graciosa, caminando como si sólo tocase el suelo con las puntas de sus pies, vistiendo siempre trajes extraordinarios, las últimas invenciones de los modistos, cubierta de joyas inauditas, que hacían aproximarse a las mujeres bizqueando de envidia. Él, cada vez más grande, cada vez más grueso, de pies pesadísimos, acogiendo con igual sonrisa de bondad a los amigos íntimos y a los pequeños empleados, satisfecho de desempeñar lejos de su país el papel de gran señor democrático, sencillo de gustos.

Olga lo trataba públicamente con protectora amabilidad, cual si fuese un niño grande, de limitada

inteligencia, que necesitase en todo momento guía o consejo. Cirilo Nicolás aceptaba sumiso tales mandatos. Todo lo de ella parecía inspirarle amor y agradecimiento, hasta las palabras un poco cortantes con que le afeaba sus torpezas, en días de histérica nerviosidad.

Nada perdía callándose el gran duque, pues, según afirmación de las enemigas de la Balabanova, tenía la costumbre de embriagarse cada quince días con vodka, el licor nacional, en recuerdo de la patria lejana, dando a continuación una paliza a la sílfide. Pero las más de las veces sólo recibía ésta los primeros golpes, pues apelando a su antigua agilidad, lograba colocarse a una salvadora distancia.

Cuando la bailarina se imaginaba como algo eterno esta existencia de peregrinaciones a los lugares más elegantes de Europa y felices internadas en su casa de Cap d'Ail, ocurrió de pronto el fallecimiento del gran duque.

Nunca pudo saberse con certeza de qué había muerto este personaje, al que ella apodaba familiarmente Kiki. Siempre le fue difícil comprender, ahora que estaba instalada en la Costa Azul, cómo al otro lado de Europa existían más de cien millones de seres acostumbrados a considerar casi de origen divino a este rubio barbón que tomaba el sol en la terraza, al lado de ella, con batín semejante a un dolman de húsar y pantalones anchos en forma de embudo.

Los médicos no dijeron con claridad a qué se debió la muerte fulminante de este gigantón de manos atlé-

ticas, que muchas veces, a los postres de una comida, para admirar a sus comensales, enrollaba una bandeja de plata cual si fuese un cigarro. Tampoco se mencionó en ningún papel público que el tío del zar había muerto en casa de la Balabanova. La “villa” de Cap d’Ail figuró por algunos días como si fuese propiedad del gran duque y éste la habitase solo.

En aquel tiempo, Francia se preocupaba de halagar a Rusia por todos los medios, viendo en ella su única aliada ante las amenazas del porvenir, y a causa de esto, el fallecimiento del gran duque revistió en toda la Costa Azul la solemnidad de un duelo nacional.

Entre los numerosos mandos y honores que su nacimiento había atribuido al difunto figuraba el de almirante de la marina rusa, y una división de la flota del mar Negro vino a anclar en la bahía de Villefranche para llevarse sus restos.

El embarque, en plena noche, fue de una majestad teatral. Nunca la Balabanova había danzado en un baile que tuviese tan impresionante decoración, y eso que llevaba pasada su juventud bajo chorros luminosos que la perseguían en sus evoluciones, deslizándose como una libélula entre bosquecillos de jardines maravillosos. Tres acorazados blancos, venidos para recoger el cuerpo de su almirante, marcaban sobre las aguas oscuras su albo color de cisnes gigantescos. De sus lomos surgían mangas de luz verde. Los enormes proyectores tenían una lente de dicho color para la ceremonia fúnebre. De las montañas inmediatas surgían otros

surtidores luminosos, intensamente blancos, paseando con lentitud su resplandor de soles artificiales por las aguas en calma de la vasta cuenca marina.

Varios acorazados franceses, venidos de Tolón, saludaban con lento cañoneo al pariente del monarca aliado. Las piezas de los navíos blancos contestaban con la misma acompasada majestad. Iban llegando hasta la costa músicas lejanísimas, con el largo ritmo de las marchas fúnebres. Eran las bandas de los acorazados. La marine-ría rusa, abundante en cantores, entonaba coros rituales, y estas voces humanas se confundían armónicamente como los instrumentos de una inmensa orquesta.

Sonaban más frecuentes los cañonazos; músicas y cánticos subían de tono; las mangas de luz color de esmeralda y color de diamante se concentraban sobre un pez negro que iba cortando lentamente las aguas, escoltado por otros peces más pequeños: la lancha con el cadáver del gran duque.

Olga, que había venido a presenciar, desde el camino de la Cornisa, este espectáculo extraordinario, lloró de pena y de orgullo a un mismo tiempo. Tan ruidoso duelo era por un hombre que días antes vivía en su casa, puesto de zapatillas y batín, con todas las dulces intimidades y los vulgares defectos de un esposo. Las tropas de tierra habían tomado sus armas en plena noche; tronaban las piezas de artillería; grandes buques que, bajo el resplandor eléctrico, parecían de marfil, habían venido desde el fondo del Mediterráneo; miles y miles de hombres de

guerra estaban inmóviles en aquellos momentos, en solemne formación, sobre los acorazados o al borde de la costa; muchedumbres más numerosas se mantenían ocultas en la sombra, esparcidas en los caminos, en los olivares, en las cumbres inmediatas a la rada, los ojos muy abiertos para no perder detalle de esta ceremonia, que el misterio nocturno hacía más imponente y dramática... y todo por *Kiki*... ¡Cuán dolorosa su pérdida!... ¡Qué satisfacción para su vanidad!

Durante algunos meses se dio aires de viuda de príncipe. Escogió vestidos oscuros; fue parca en el uso de joyas; se abstuvo de fiestas ruidosas. Mantenía trato amistoso con personajes de la corte imperial, amigos del difunto. Además, le parecía indudable que los polizontes zaristas daban informes de su conducta. Debía mostrar la majestad dolorosa de una mujer que ha pertenecido a la familia de los zares, aunque sea torcidamente. Un luto austero impondría cierto respeto a las señoras de la corte, siempre enemigas suyas.

Su única diversión fue jugar, y jugó más que antes. Podía hacerlo sin miedo, pues el difunto la había dejado una parte considerable de su fortuna particular. Ella poseía también en Rusia cuantiosos bienes, amasados en su época de esplendor. Podía permitirse los despilfarros de cualquier multimillonaria americana que viene sola a Europa, mientras su marido sigue trabajando allá.

Sobrevino la gran guerra, luego la revolución en Rusia, y al ver destronado al zar y muertos, fugitivos

o amargados por la miseria a todos los que habían pertenecido a su mundo, tuvo la certeza de que esta catástrofe era simplemente un estremecimiento precursor de otras que iban a echar abajo la armazón de las demás naciones europeas.

Las remesas de dinero, achicadas considerablemente desde los primeros meses de la guerra, se cortaron para siempre con la revolución. Olga, pájaro alegre, de brillante plumaje, hizo coro a las lamentaciones de sus amigos, pero al poco tiempo pareció cansarse de ellas. Había que vivir, y acabó por acostumbrarse a su nueva existencia, que aún continuaba siendo lujosa, aunque a ella le parecía abundante en privaciones.

Un ruso ya entrado en años, Sergio Briansky, que vivía siempre en la Costa Azul, y al que sus amigos apodaban “el Boyardo”, por haber sido sus ascendientes grandes señores feudales de los que ostentaron dicho título, hablaba algunas veces con la Balabanova en el Casino de Montecarlo. Amigo oficioso y gran señor “venido a menos”, estaba siempre enterado de cuanto ocurría en torno a él, para comunicarlo a los demás. Su cara rojiza, de una frescura juvenil, flanqueada por dos patillas blancas, que unía como puente un bigote corto, era visible a todas horas en las salas del Casino, a pesar de que “el Boyardo” rara vez jugaba.

—Muchos de mis compatriotas —decía Briansky— se presentan ahora como empobrecidos por la revolución, y antes de ella eran igualmente pobres. Yo soy más franco. Cuando la Balabanova se daba aires de

gran duquesa, yo tenía el mismo dinero que tengo ahora: ¡nada!

Hablando con los que no eran rusos, les advertía que se guardasen de imitar a sus compatriotas cuando maldecían el régimen de los Soviets.

—Por un patriotismo excesivo se acuerdan repentinamente de que los “rojos” son rusos también, y acaban por enfadarse si un extranjero los critica.

Olga parecía justificar a veces, con sus contradicciones de carácter, esta afirmación de Briansky. Odiaba a los bolcheviques como seres pertenecientes a otra especie, necesitaba su exterminio, pero esto no impedía que cuando en su presencia algún extranjero insultaba a Lenine, acabase por decir con rudeza:

—Es un ruso, un grande hombre. Ya quisieran muchas naciones de Europa tener otro igual.

Al escuchar “el Boyardo” estas incoherencias de su célebre compatriota, recordaba a muchas damas de la aristocracia rusa, residentes en Biarritz y en Montecarlo, antes de la caída del Imperio. Eran nihilistas, daban dinero para los atentados revolucionarios, y llamaban siempre al zar “nuestro padre”, derramando lágrimas si su vida corría algún peligro.

—Nuestro cerebro —continuaba Briansky— es a modo de un guante. Unas veces nos sirve por el derecho, otras por el revés; es el mismo y no es el mismo. Por eso asombramos con nuestras contradicciones. Todos tenemos algo de loco. Dostoievski, un desequilibrado de inmenso talento, es nuestro verdadero no-

velista. No podía ser otro: él solo estaba preparado para conocernos.

Con una curiosidad de filósofo cínico, acostumbrado a sobrellevar apuros y privaciones, iba siguiendo el lento naufragio social de esta mujer, antigua predilecta de la fortuna caprichosa. Llevaba la cuenta de sus pérdidas en el juego, de sus alhajas, que iban desapareciendo, de sus economías, siempre de corta duración, reemplazadas por nuevos despilfarros.

—Un día u otro llegará al fondo del saco. Ya usa alhajas que tenía olvidadas. Debe rebuscar por la noche en los rincones de sus cofrecillos y muebles... ¡Admirable serenidad! Guarda el aire satisfecho de sus mejores tiempos, a pesar de que su ruina no tiene remedio. Murió el zar, se acabaron los grandes duques. Además, no hay quien corra detrás de las bailarinas cuando han pasado de los cuarenta años... ¡Pobre mariposa!

III

El hombre de carácter más grave y bien equilibrado de todo el Comité, que se reunía en el palacio de la Balabanova, era Boris *Satanow*.

Dicho Comité, cuyas funciones eran múltiples y mal definidas, estaba compuesto, en su mayoría, por jóvenes que antes de la revolución se dedicaban a perseguir inútilmente la gloria en los campos de las Letras

o de las Artes. En realidad, los organismos directivos de la República de los Soviets los habían ido eliminando, hasta aislarlos en este Comité sin finalidad determinada, a causa de la versatilidad de su carácter o su sensualismo extremado. Dicho sensualismo, franco y ruidoso, era incompatible con la austeridad de aquéllos, preocupados únicamente de brutales descuajamientos y supresiones crueles para implantar la soñada reforma social.

No tenía el grupo instalado en el palacio de la Balabanova ningún poder ejecutivo. Sus órdenes carecían de curso al llegar a las otras organizaciones. Las quejas de sus miembros las acogían los personajes importantes de la revolución con la sonrisa del padre que escucha a un hijo travieso incapaz de trabajos serios.

Casi todos ellos eran antes de la caída del zarismo oscuros periodistas, escultores y pintores, más aficionados a exponer a gritos sus teorías artísticas, extremadamente raras, que a una labor seria y continua. Al verse investidos de autoridad, como delegados del pueblo, querían someter las Letras, y especialmente las Artes, a nuevos procedimientos, asombrando al resto de la tierra con sus innovaciones.

Guiados, sin saberlo, por un oscuro instinto de “artistas a la antigua” que aún dormitaba en su interior, habían escogido como residencia el palacio de la Balabanova, regalo del difunto zar, construcción de estilo “versallesco”, cuyos salones guardaban aún muebles y telas adquiridos en la época de la gran Catalina.

Algunas de dichas tapicerías irritaron al Comité. Eran del siglo XVIII, con damas de amplia faldamenta danzando sobre praderas de violetas, acompañadas por los violines de unos músicos con peluca blanca y en mangas de camisa, teniendo sus ricas casacas caídas en el césped. El Comité echó abajo muchas estatuas y rasgó estos tapices, recuerdos del zar, escogidos especialmente como una alusión a las habilidades artísticas de la mujer a quien regalaba el palacio. Después de tal destrozo adornaron los salones con simple tela roja, símbolo de la revolución. Y si dichos tapices, convertidos en trapos, no se perdieron para siempre, fue por la intervención del compañero Lunatcharsky, comisario del pueblo, algo así como ministro de Bellas Artes, al cual odiaban los del Comité por su manía reaccionaria de conservar las obras del pasado, sin tener en cuenta su significación.

En los primeros tiempos del régimen comunista, este grupo de jóvenes había adoptado el proyecto de erigir en una de las plazas de Petrogrado una estatua colosal de Luzbel, ángel de la rebeldía. El boceto lo ejecutó a golpes de mazo cierto individuo del Comité, cuyas obras escultóricas ofrecían la rudeza brutal del arte primitivo. Pero tuvieron que desistir del citado proyecto en vista de que otros camaradas habían lanzado la idea de elevar un monumento a Judas Iscariote, confesándose, finalmente, vencidos en esta continua persecución de la paradoja. Luego siguieron reuniéndose para hablar de todo sin ningún propósito

determinado, con la facundia dulce de los rusos, y para quejarse de que la revolución no era revolución, ya que los mantenía a ellos relegados en aquel palacio.

Boris *Satanow* se mostraba el más silencioso. No bebía; escuchaba a todos con los ojos vagos y un aire distraído, como si su pensamiento estuviese siempre a enormes distancias.

De sus camaradas apreciaba con bondadosa predilección al más loco y peligroso, joven poeta que había adoptado como nombre definitivo el pseudónimo con que firmaba sus versos, *Floreal*, sacado del calendario de la Revolución francesa.

Tampoco *Satanow* se llamaba así. Su verdadero apellido era Abramovich, y había nacido judío, lo mismo que otros directores de la revolución comunista, aunque no eran éstos tantos como se imaginaban en el resto de la tierra. Acostumbrado a firmar con el pseudónimo de *Satanow* sus artículos subversivos, había acabado por adoptarlo como nombre, viendo en él un recuerdo de sus persecuciones y sufrimientos en la época del zarismo. Siendo todavía niño lo hirieron en un motín. Repetidas veces se había visto llevado a la cárcel. Conocía los tormentos del hambre, del frío, y después de la victoria de los suyos continuaba sin esfuerzo amigo de la pobreza.

Este revolucionario de veintiocho años admiraba a los directores del gran trastorno, detrás del cual esperaba ver surgir una humanidad completamente nueva. Quería imitar a Lenine, dueño de toda Rusia,

que se alimentaba parcamente, siendo el primero en respetar las restricciones dictadas en vista de la miseria general. Junto a él encontraba a muchos, igualmente de gustos ascéticos, imponiéndose con el ardor del fanático todas las privaciones que consideraban necesarias, por creer que siendo duros con ellos mismos podrían serlo con los demás, haciendo triunfar finalmente sus doctrinas. Pero veía también, dirigiendo la vida de Rusia, como innoble levadura de toda revolución, un gran número de ambiciosos y de sensuales, anhelantes de gozar, y muchos fracasados del antiguo régimen, que sólo buscaban en la nueva era roja la satisfacción de sus agrios rencores.

Apreciaba a *Floreal* por ser un instintivo. Un sincero e irrazonado amor al pueblo había empujado a la revolución a este poeta. Además, sentía la necesidad de expansionar en las revueltas populares sus gustos salvajes, exacerbados por el alcohol. Los otros individuos del Comité se gozaban en embriagarlo, envidiosos de su fama popular como versificador. En el palacio de la Balabanova tenía vodka en abundancia, y apenas empezaba a dominarle la embriaguez, despertaban en su interior las almas de cien abuelos *mujiks* que habían vivido en servidumbre milenaria, aguantando latigazos, y querían a su vez vengarse destruyendo.

Bebía y bebía hundido en un sillón de madera dorada tapizado de seda rosa. Su cuerpo joven y vigoroso se elevaba repentinamente del suelo con simiesco salto; sus manos se agarraban a una gran araña

de cristal; ésta, no pudiendo resistir la pesadez de su cuerpo, se desprendía del techo, y el poeta rodaba sobre la rica alfombra —abundante ya en manchas y jirones—, bajo una lluvia de cristales y pedazos de metal, que le herían, haciendo correr su sangre.

En otras ocasiones era un espejo lo que caía con él, o los transparente cuarterones de una vidriera. Necesitaba estrépito, destrucción, algo que se derrumbase con él, haciéndole derramar sangre: un simulacro en pequeño del cataclismo revolucionario.

Al ver sus manos y su rostro cubiertos por las crecientes ondulaciones del líquido escarlata, exigía a gritos una pluma. Necesitaba escribir. Había llegado el momento de la inspiración. Sus versos sólo le parecían buenos escritos con sangre, e insensible al dolor, sin permitir que su amigo Boris le vendase, iba trazando sobre el papel estrofas rojas a la gloria de la humanidad futura, o simples versos de amor a mujeres que habían huido de él, cansadas de recibir golpes casi mortales y verle luego a sus pies derramando lágrimas, llamándolas “madrecita” para conseguir su perdón.

El silencioso *Satanow* presenciaba con cierta repugnancia las embriagueces de sus compañeros y sus violencias carnales. Obsesionado por sus doctrinas, crueles y humanitarias a un mismo tiempo, no había dejado lugar en su existencia a los goces de la sensualidad. La comunión de los sexos sólo la había conocido en su vida muy contadas veces, y éstas más por curiosidad que por deseo, cumpliendo la función ge-

nésica distraídamente. Vivía más en su pensamiento que en la realidad. Como decía *Floreal*, su abstención de alcohol y su ascetismo para alimentarse hacían de él una especie de misógino. Prefería las mujeres miradas de lejos a como eran en una intimidad real.

Muchas veces le recordó el palacio de la Balabanova uno de los sucesos más interesantes de su adolescencia. Una noche, siendo estudiante de Liceo, había conseguido penetrar en un teatro, durante una fiesta de caridad en la que danzaba la dueña de este edificio, la amiga del emperador.

Era la visión de un mundo en el que *Satanow* no había entrado nunca; mundo de ociosidad dulce, de opulenta riqueza, de placeres desconocidos para los que viven abajo. Y la Balabanova quedaba en su memoria como un cuerpo inmaterial, hecho de oro fluido, semejante a surtidor de luz que acompañaba sus ligeros saltos, envolviéndola en un halo de gloria.

Tal recuerdo le hizo evitar más de una vez, con disimulada prudencia, la destrucción del palacio de la Balabanova, como si aún quedase algo de ella en aquel dormitorio lujoso por donde *Floreal* y otros camaradas habían hecho pasar a sus diversas amigas. En otros momentos, al acordarse de que el emperador había regalado este palacio, acogía con indiferencia todas sus devastaciones.

Dos sucesos trastornaron en pocas semanas la vida de Boris. Su amigo *Floreal* murió en una de sus embriagueces rojas. Tal vez, dedicado a escribir versos con sangre, se olvidó de que ésta seguía manando de

sus venas cortadas, sumiéndose finalmente en una inconsciencia mortal... Y como si la desaparición del borracho inspirado se llevase la única razón de existencia del menospreciado Comité, éste fue disuelto. Otro organismo más activo y enérgico tomó posesión del palacio de la Balabanova, y el grupo de artistas paradójicos, viéndose sin local, se esparció, uniéndose fragmentariamente a nuevos núcleos.

Satanow, muy apreciado por los “padres graves” del comunismo, a causa de sus austeras costumbres y su prudencia silenciosa, recibió el encargo de una misión importante en la Europa burguesa.

Rusia se veía traicionada por muchos de sus enviados, que al vivir en la abundancia al otro lado de las fronteras, olvidaban la causa del pueblo, pensando sólo en sus propios goces. La República de los Soviets tenía el deber de provocar el levantamiento de los trabajadores en todas las naciones de la tierra.

Boris, que había hecho estudios en el Barrio Latino de París y viajado poco antes de la guerra por una gran parte de la Europa del Sur, debía fomentar la revolución comunista en dichos países, especialmente en Francia, llevando instrucciones a los camaradas de allá y medios materiales para su ejecución.

La Tesorería de Moscú, pobre en dinero acuñado, era enormemente rica en joyas. La revolución había hecho suyas todas las alhajas que la aristocracia rusa, ostentosa y dilapidadora, pudo reunir en el curso de dos siglos. Las piedras más preciosas de las minas de

Asia, o innumerables joyas, obra de los más célebres orfebres de París y Londres, habían ido acumulándose en la corte de los zares. Durante los primeros meses de anarquía comunista, muchas de dichas alhajas desaparecieron. Luego los directores de los Soviets se habían dado cuenta del valor de estos despojos de la Rusia antigua, reuniéndolos para sus necesidades futuras, especialmente para la propaganda exterior.

Un viejo camarada, gran amigo de Lenine, especie de iluminado, humanitario y terrible, que vivía como un asceta, daba de comer a los animales errantes y había ordenado el tiro en la nuca para centenares de personas, explicó al joven el encargo que debía cumplir. Dicho personaje, llamado por unos “el Santo ateo” y por otros “el Inquisidor rojo”, hizo ver a *Satanow* toda la importancia de su misión cuando le aconsejó que fuese pródigo, y llevase una existencia opulenta. Debía vivir como un ruso de la época despótica, como uno de aquellos partidarios de los zares que corrían el mundo ostentosamente. Esto serviría para ocultar mejor su carácter de enviado del pueblo.

La República de los Soviets no había sido reconocida aún por ninguna cancillería europea. Un bloqueo económico hacía sufrir al país enormes miserias. Todos los que inspiraban sospechas de bolchevismo se veían perseguidos en el resto de Europa. Cuantos envíos hacía el gobierno ruso al extranjero eran decomisados.

Satanow debía instalarse en grandes hoteles, llevar la existencia cómoda de un burgués millonario. Esto le

permitiría entenderse más fácilmente con los camaradas de cada país que esperaban las órdenes de Moscú. Los comisarios del pueblo tenían confianza en Boris, revolucionario puro, incapaz de olvidar el origen de las riquezas confiadas a su prudencia. Perteneían a todos, y por lo mismo debía administrarlas con probidad.

Después de hablar así el terrible personaje de voz dulzona y sonrisa patriarcal, le entregó un cofrecito elegante lleno de bombones de chocolate, confeccionados por un antiguo confitero que había sido proveedor del zar y ahora acataba servilmente las órdenes de la policía roja a cambio de un puñado de arenques dos veces por semana y un pan con más tierra que harina.

Estas cápsulas dulces, oscuras, perfumadas, ocultaban cada una de ellas una piedra preciosa: brillantes de numerosos quilates, esmeraldas, zafiros, toda la pedrería desmontada de joyas famosas que habían usado las damas de la familia imperial, las grandes duquesas y las esposas de ciertos personajes enriquecidos en las minas de Siberia.

—Llevas ahí por valor de muchos millones; no sé cuántos. Encontrarás en todas partes algún camarada que entienda de estas cosas y te ayude para su venta. Ya sabes cómo debes emplear el dinero.

No olvides nunca que te he recomendado para esta misión de confianza, porque creo conocerte.

Se imaginó Boris, al verse fuera de Rusia, haber retrocedido varios años en su pasado, como si no

hubiera ocurrido la gran revolución, como si aún estuviese en tiempo de los zares, cuando era un pobre estudiante, lo vigilaba la policía de todas las capitales, y se veía en la obligación de vagabundear empujado por constantes persecuciones y por la escasez de dinero. Ahora era rico. Se había despojado de su blusa con cinturón de correa y de sus altas botas, uniforme popular que todos los de su clase adoptaron desde los primeros días de la revolución comunista. Iba vestido con la elegancia improvisada y algo vulgar del “nuevo rico”, lo que le proporcionaba el verse aceptado en todas partes con mayores halagos que los otros viajeros.

Corrió el riesgo de que le descubriesen al pasar de su país a las naciones colindantes. Luego la policía pareció convencerse de la irrealidad de sus sospechas, y dejó de espiarle.

Boris, sereno y silencioso, despistaba toda vigilancia. Sus papeles estaban en regla; vivía en los hoteles más elegantes, donde sólo se albergaban gentes que prorrumpían en gritos de horror y ponían sus ojos en alto al hablar de los Soviets. Tomaba el té por las tardes en los *dancings* de moda, siguiendo atentamente las diversiones de un mundo en apariencia feliz, a cuya muerte había asistido allá en su tierra.

Al llegar a todo hotel colocaba ostensiblemente sobre un mueble su elegante cofrecillo de bombones. Varias veces se dio cuenta de que alguien había registrado sus maletas, pero nunca tocaron dicha cajita.

Era un compañero de viaje, natural en un joven que no fumaba ni bebía.

En un hotel de Praga notó la desaparición de uno de los bombones. Quedó perplejo. Tal vez la policía había penetrado en su cuarto estando él ausente, y a estas horas examinaba la pequeña cápsula de chocolate, quedando descubierto su secreto.

Luego, la turbación de una criada gorda y rubiaza, que se ruborizó bajo sus fríos ojos inquisitivos, le hizo sospechar que era ella la autora de dicha ratería. Indudablemente, llevaba en el fondo de su estómago más de medio millón de francos sin saberlo. ¿Qué hacer?... No iba a abrirla el vientre. No podía tampoco revelar su secreto. La valiosa piedra podía volver a salir en una expulsión digestiva, sin que la paciente se diese cuenta de tal pérdida. También podía ocurrir que permaneciese enredada en sus entrañas, originando mortales accidentes.

La prudencia le aconsejó marcharse cuanto antes. Además, deseaba llegar a Francia. Esta vida de comodidades le hacía ver bajo una nueva luz esplendorosa aquel París que había conocido en los tiempos más míseros de su juventud.

IV

El cínico y alegre Briansky olvidó las preocupaciones de su pobreza y las numerosas vidas ajenas que excitaban su interés, para concentrar toda su atención en la Balabanova.

Meses antes había empezado a darse cuenta de que la célebre bailarina tocaba ya “el fondo del saco”. No más fichas de mil francos, puesta mínima en su juego. Ahora su unidad monetaria era la pieza de cien francos, manejada con una timidez y una parsimonia nunca vistas en ella. “El Boyardo” la había sorprendido varias veces en las salas públicas del Casino, confundida con el ávido y mediocre mujerío que juega en dichas mesas, y apuntando con fichas rojas de un simple luis.

Ya no cambiaba rápidamente de alhajas. Llevaba siempre las mismas, y las defendía con tenaces regateos de los israelitas que tienen sus establecimientos en la plaza del Casino o en la avenida Massena, de Niza.

—El día que venda las últimas —decía “el Boyardo”— tendrá que ponerse joyas falsas, como muchas otras mujeres.

Sabía también que la lujosa “villa” de Cap d’Ail estaba hipotecada dos veces, y para que la danzarina la abandonase definitivamente sólo faltaba que llegase a un acuerdo con cierto millonario americano, deseoso de adquirirla. El precio de venta era calculado en millones; pero el día que recibiese éstos, sólo iba a quedar

en sus manos una mínima parte. Los dos usureros que le habían hecho préstamos intervenían en sus asuntos y dirigían la operación de la venta, para reembolsarse de sus hipotecas con todo el acompañamiento de múltiples y exagerados intereses.

Olga hablaba ya de la monotonía de su existencia en la Costa Azul, de los terribles recuerdos que despertaba en ella. Prefería marcharse a París... Y Briansky se regocijaba al oír esto, aceptándolo como una confesión de su derrota.

No era “el Boyardo” mejor ni peor que los demás; pero la caída de las gentes que había conocido triunfantes y orgullosas de su prosperidad le producía un regocijo malsano, dándole nueva resignación para sobrellevar su miseria.

De pronto empezó a ver a la Balabanova en los salones del Casino acompañada por un joven ruso. En vano se aproximaba disimuladamente para sorprender sus conversaciones en el idioma natal: simples recuerdos de allá, alusiones al pasado, críticas de los europeos occidentales, diálogos en broma, por el placer de recordar las agudezas de la lengua rusa.

Se habían conocido en el Casino. Briansky presenció sus primeros encuentros: una vecindad de jugadores sentados a la misma mesa; la repentina confianza al saberse compatriotas; las atenciones crecientes de dos personas del mismo país que se encuentran todos los días.

El curioso “Boyardo” empezó a comunicar sus impresiones a las gentes que venían a sentarse al lado suyo en un diván de las salas privadas.

—Nueva conquista de la Balabanova. Ese pobre joven parece entusiasmado con ella. ¡Y pensar que ya está más cerca de los cincuenta que de los cuarenta!... Pero es indudable que se arregla muy bien... Sabe guardar ese airecito de niña tímida que engaña a cualquiera, viéndola de lejos. Conserva su agilidad de bailarina.

Y daba irreverentes detalles sobre los medios empleados por Olga para la conservación artificial de su belleza. Todos los años iba a París en busca de un especialista americano, que le estiraba la piel del rostro, haciéndole varios tajos en las sienas. Los dos bucles laterales de su peinado, a estilo de muchacho, ocultaban junto a las orejas las cicatrices de tal operación. Luego pretendía explicar el entusiasmo amoroso del joven:

—Es ruso, y debe haberla visto de niño, cuando bailaba en el Teatro Imperial. ¡Ay, los entusiasmos y fantasmagorías de la adolescencia, que nos acompañan hasta la vejez y la muerte!

Comparaba las mujeres con los paisajes. Éstos nos interesan más cuando tienen una historia, cuando ha pasado algo importante en ellos. La belleza esplendorosa de muchas jóvenes es semejante a los paisajes vírgenes de América: muy hermosos, pero extinguida la primera impresión de su descubrimiento, “no dicen nada”... Nada ha pasado en ellos.

No le parecía extraordinario ver a jóvenes enamorados de mujeres célebres y viejas.

—Las han admirado en una fotografía de escaparate o en un periódico, cuando eran colegiales. Son la primera ilusión de una adolescencia que despierta. Las conocieron en el crítico momento que empieza a subir la savia por el árbol humano, haciendo surgir las primeras flores del deseo.

Briansky no se equivocaba en sus apreciaciones. Boris *Satanow*, después de vivir en París y Londres en trato disimulado con sus camaradas, había sentido la atracción de la Costa Azul.

Resulta difícil permanecer en el ambiente de los ricos sin verse conquistado por sus placeres. En fuerza de contemplar anuncios colorinescos de Niza, Cannes, Montecarlo o Mentón en todos los hoteles donde residía, en fuerza de escuchar proyectos de inmediatos viajes en las conversaciones de las gentes que le rodeaban, había acabado por sentir un deseo vehemente de conocer dicha orilla del Mediterráneo, Campos Elíseos malditos donde venían a reposar o entregarse a sus diversiones con mayor intensidad todas las clases sociales dominadoras, por cuyo exterminio había él trabajado.

Estando en el Casino de Montecarlo se reconoció una afición que nunca había llegado a sospechar. Amaba las peripecias del juego con un ardor de hombre casto y sobrio. No sintiendo predilección por el vino ni los deleites carnales, estaba preparado, de larga fecha,

para las emociones de la lucha con el azar, de la batalla tenaz y silenciosa contra la suerte.

Allí vio de cerca, mientras jugaba, a la mujer que tantas veces había pasado por sus recuerdos, y oyó su voz, siendo finalmente tratado por ella como un igual.

En el primer momento, la novedad se la hizo apreciar tal como era. ¡Cuán distinta de aquella mariposa divina, envuelta en luz de oro, que revoloteaba entre jardines de ensueño!... Luego, sus ojos se acostumbraron a la hábil pintura de aquel rostro; a la mirada, seductora por costumbre, de aquellas pupilas artificialmente misteriosas en el fondo de una aureola azul; a las entonaciones infantiles de su voz dulce y acariciadora, que persistía en guardar la misma entonación de los años primaverales.

Despertó además la bailarina en su interior una vanidad de plebeyo, una ambición igualitaria, semejante a la envidia vengadora que lleva provocadas tantas revoluciones. Esta hembra costosa había recibido en su lecho al emperador y pontífice de más de cien millones de seres, dueño absoluto de sus vidas y sus almas, y también a grandes personajes de su corte, generales o ministros. Un gran duque había hecho de ella casi su esposa... Sería curioso que él, descendiente de pobres *mujiks*, fuese el sucesor del que llamaban sus padres, quitándose el gorro de pieles al nombrarlo, “nuestro padrecito el zar”.

Que estuviese ella cerca de su ocaso no disminuía la satisfacción vanidosa de dicho triunfo. Además, estas mujeres de lujo parecen de una juventud in-

mortal. Pueden dedicar a la defensa de su belleza todas las energías de su voluntad, todos los recursos de su espíritu. Sólo las pobres envejecen.

Satanow sentíase otro hombre al entrar en la antigua “villa” de Cirilo Nicolás, primeramente como amigo de confianza; luego como amante joven, admirado en silencio por su vigor y por una generosidad que le parecía a Olga extraordinaria después de varios años de apuros pecuniarios y de una ruina lenta y en apariencia irremediable. Al fin, Boris había acabado por abandonar su hotel de Montecarlo, instalándose en la principesca vivienda de la bailarina.

La confianza mutua que inspiran las intimidades amorosas rompió al poco tiempo la reserva natural de Boris, aquel laconismo que le acompañaba hasta en los momentos más expansivos de su existencia. La Balabanova supo quién era su amante y cuál el motivo de su permanencia en la Europa Occidental.

Esto no le produjo sorpresa alguna. Estaba acostumbrada a la alta categoría de sus amantes. Todos los hombres más poderosos de allá la habían buscado, y le pareció lógico que los dominadores del presente repitiesen los mismos gestos.

Hasta se exageró a sí misma la importancia de *Satanow* entre los revolucionarios, haciendo de él algo equivalente a un gran duque de la República de los Soviets. Sólo el recuerdo de sus noches la impidió

lamentarse de que este joven, de nombre oscuro entre los suyos, no fuese el enfermo y envejecido Lenine, venido de incógnito a la Costa Azul.

Algo más que la vida anterior de él, abundante en miserias y persecuciones, y los desmanes de aquel Comité instalado en su palacio —allá en la ciudad que ahora se llamaba Leningrado—, preocupó a Olga en sus conversaciones con el bolchevique. Mostró una ardiente curiosidad por conocer la pedrería que había traído disimulada dentro de bombones de chocolate hasta la Europa Occidental.

Boris consultó las notas que llevaba escritas, como honesto y fiel administrador del pueblo, consignando las cantidades en signos, únicamente comprensibles para él. Camaradas de París y Londres le habían servido de mediadores en las ventas de algunas de dichas piedras preciosas, entregando luego su producto a otros camaradas para sostenimiento de periódicos o para preparar una revolución que nunca llegaba a hacerse visible.

La bailarina se llevó ambas manos a la cabeza, tonsurada por detrás, hundiéndolas luego en sus bucles delanteros, para hacer más patente el escándalo y la indignación que provocaban en ella dichas ventas.

—Te han engañado... ¡Esos judíos! Tú eres un niño y no sabes nada de tales cosas. Déjame a mí. Todos los grandes joyeros del mundo me conocen... ¡He tenido con ellos tantos negocios!

V

Boris pasó a ser la preocupación especial del curioso Briansky.

La vida presente de la bailarina había vuelto a ser idéntica a la que llevaba en los tiempos de Cirilo Nicolás. Renovación de la servidumbre, otra vez lujosa y bien cuidada, como la que vivía en torno al gran duque. Expulsión de toda aquella domesticidad rusa, de carácter adventicio, que Olga había ido admitiendo al iniciarse su ruina. Todos recibían una indemnización y la orden de partir inmediatamente. Ella y su amante temían ser entendidos, cuando hablaban en ruso, por estos compatriotas agriados, propensos a la murmuración y al espionaje. Ahora todos los criados de la casa y hasta el chofer eran franceses, precaución que estorbaba las averiguaciones de Briansky.

Ya no vendía su “villa” la Balabanova, y los temibles usureros habían recibido el importe de sus hipotecas para que no siguiesen incubando sobre ellas nuevos enjambres de intereses. Un joyero de Niza trabajaba de tal modo para la antigua bailarina, que no le era posible aceptar nuevos encargos. Ahora las alhajas de moda eran las pulseras, y la Balabanova le hacía incrustar en aros de platino diamantes sueltos y esmeraldas encontrados inesperadamente en el fondo secreto de ciertos muebles. ¡El gran duque era tan olvidadizo y la había

rodeado a ella durante la primera parte de su vida de tan estupendas riquezas!...

No se daba por convencido Briansky al oír estos detalles que le iban explicando algunas amigas envidiosas de Olga para justificar el renacimiento de su lujo. Todas ellas acababan por admitir lo que decía el viejo malicioso. El autor de esta nueva prosperidad no podía ser otro que aquel Abramovich que vivía con ella. Damas antiguas de la corte imperial sentíanse indignadas por la insolente buena suerte de la bailarina.

—¡Un hombre rico, y además joven!... Verse sostenida de tal modo a una edad en que otras tienen que pagar a los danzarines para que las saquen...

Briansky le creía unas veces judío millonario de Sebastopol que se pagaba la satisfacción de ser amante de una beldad admirada en su niñez; otras le tenía por minero siberiano que había situado a tiempo sus riquezas en Europa, antes de la revolución comunista. Luego desechaba ambas suposiciones, aferrándose a otra más atrevida.

Encontraba algo de anormal, de improvisado, en la opulencia de este millonario. Hacía memoria de sus primeros días en Montecarlo, cuando era visible para todos su torpeza en los usos corrientes de la clase social que se denomina a sí misma “gran mundo”, su timidez al moverse entre personas que hasta poco antes le parecían extrañas y tal vez enemigas. Había sorprendido

en repetidas ocasiones a la Balabanova adoptando a su lado una actitud de maestra. La fría corrección de que alardeaba ahora este *gentleman*, su asistencia a todas las fiestas, la puntual disciplina con que se endosaba a las siete de la tarde el *smoking* o el frac, como si toda su vida hubiese hecho lo mismo, no desorientaban al “Boyardo” en sus apreciaciones.

Conocía bien el ansia de gozar, el alma hambrienta de placeres que duerme en el fondo de sus compatriotas, sin diferencias de raza ni de religión. Recordaba a Gaponi, el pope revolucionario que había capitaneado, después de los desastres de la guerra rusojaponesa, la primera manifestación en las calles de San Petersburgo contra el absolutismo zarista.

Huido luego a la Europa Occidental, le atraía inmediatamente la Costa Azul, con sus Carnavales ruidosos, sus veladas elegantes, y sobre todo, las aventuras del juego. “El Boyardo” había visto cómo el sacerdote popular se lavaba su originaria suciedad, recortándose las negras barbas de profeta, despojándose de la sagrada y aceitosa melena.

Todas las tardes, al anochecer, se ponía el *smoking* para jugar en los salones del Casino. Un enjambre de cocotas, atraídas por la celebridad y el dinero abundante, rodeaba al antiguo levita. Los Comités revolucionarios le enviaban fondos incesantemente para su sostenimiento; pero él necesitaba cada vez más en esta nueva y deslumbradora existencia, que nunca había sospechado.

El gran duque Cirilo Nicolás se cruzaba con él algunas veces en el Casino. Nada de extrañeza ni de gestos hostiles. El gigante rubio amante de Olga hasta parecía sonreír en las profundidades de su barba dorada. El pope sonreía igualmente con una expresión de compadre de clase inferior.

Algunos curiosos llegaban a decir que los dos personajes, al rozarse, juntaban sus manos instantáneamente, cambiándose entre ellas un pequeño papel, casi invisible por sus dobleces. El tío del zar contribuía a los despilfarros del pope. La Balabanova debía conocer dicho secreto. Cirilo Nicolás se lo contaba todo, y seguramente estaba enterada de las cantidades que llegaban de allá para el agitador corrompido por los placeres de la Costa Azul. Tampoco debía ignorar los informes que proporcionaba éste a la policía imperial, vendiendo a sus más fieles compañeros.

De pronto Briansky dejó de ver al famoso Gaponi. Lo habían llamado sus amigos de Rusia. Tal vez se ocultaba cerca de la frontera, preparando un nuevo levantamiento popular.

Un día lo encontraron ahorcado dentro de una casa. Los revolucionarios, enterados de su traición, lo habían hecho volver al país con promesas engañosas. Luego comparecía ante un tribunal, compuesto de antiguos amigos, que lo sentenciaba a morir inmediatamente.

Ahora, este compatriota, que había devuelto a la Balabanova su antigua opulencia y conservaba cierto encogimiento revelador de su origen, le hacía recordar

a Gaponi. Empezó averiguaciones para conocer su verdadera personalidad, apelando al auxilio de los numerosos náufragos del zarismo que vivían como obreros o simples mendicantes de buen aspecto en Niza y en Marsella. Algunos habían sido altos funcionarios de la Ochvana, o sea de la policía imperial, hábiles en el espionaje; pero ninguno pudo llegar en sus averiguaciones más allá de las cosas vagas que había sospechado Briansky.

El joven Abraminieli era un personaje de existencia impenetrable. Vivía siempre al lado de la Balabanova, y ésta, por su parte, parecía protegerlo, estableciendo en torno de él un aislamiento que repelía toda curiosidad. Lo único que pudieron sacar en limpio de sus averiguaciones fue que todos los rusos —hasta los rojos— ignoraban el pasado de este joven. Los simpatizantes con la revolución residentes en la Costa Azul jamás habían hablado con él.

Sólo cuando las averiguaciones de los amigos del “Boyardo” llegaron hasta París y Londres, empezaron aquéllos a darse cuenta de que tal vez dicho individuo podía ser cierto enviado de los Soviets, que durante un corto espacio de tiempo había vivido en relación con los comunistas de las mencionadas capitales.

Briansky, sin necesidad de más datos, mostró la certeza de que la inesperada opulencia de la bailarina procedía de Rusia. Luego, por los informes de un antiguo jefe del espionaje imperial, que ahora tenía un cafetucho en el puerto de Niza, se enteró de que el tal

Abraminovich quizá era un llamado Boris *Satanow*, que estaba en relación con el gobierno de Moscú.

Interesándose cada vez más en tales averiguaciones, procuró “el Boyardo” reanudar su antigua amistad con la Balabanova, como en los tiempos en que aún vivía cerca del gran duque. Juzgaba agradable ser amigo de *Satanow*. La pobreza le había hecho escéptico. Todos resultaban iguales para él. La vida era un simple espectáculo, con personajes ridículos o terribles, pero siempre interesantes. ¡Quién sabe si llegarían a tocarle algunas gotas de aquel chaparrón misterioso de riquezas que parecía caer sobre la bailarina!...

Pero se vio repelido por Olga con una indiferencia cortés, y el tal *Satanow*, siempre taciturno y silencioso, rechazó también sus exageradas amabilidades, mostrándose finalmente hostil, en vista de su insistencia. Tal vez lo tomaba por un espía. ¡Había tantos en la Costa Azul!...

Continuó examinando de lejos a esta pareja rica, en apariencia feliz. Como su curiosidad acababa por hacerle conocer, más o menos pronto, todo lo que ocurría en Montecarlo, se enteró de los viajes realizados por famosos traficantes de piedras preciosas, desde Londres y Amsterdam, para avistarse con la famosa bailarina en su casa de *Cap d’Ail* y examinar gemas raras, de altísimos precios.

—¡El dinero que debe estar haciendo esa mujer! — Pensaba con envidia.

Un día supo, por aquel amigo que tenía un cafetín en el puerto de Niza, la llegada a la Costa Azul de

dos revolucionarios jóvenes, amigos de *Satanow*. La antigua policía del Imperio guardaba misteriosas relaciones con la nueva policía roja de la Tcheka. Bien podía ser que estos dos soviéticos viniesen a pedir cuentas a su camarada. Allá en Moscú debían sentir extrañeza viendo transcurrido más de un año sin que *Satanow* saliese de las inmediaciones de Montecarlo, dejando olvidada su misión. Necesitaban enterarse además del reparto de aquel depósito que el pueblo le había confiado.

Vio Briansky una tarde a los dos emisarios en el atrio del Casino. Intentó ponerse en relación con ellos hablándoles en ruso; pero la sonrisa burlona o insolente de este par de jóvenes, el laconismo grosero con que le contestaron, le obligó a retirarse. También lo tomaban por espía.

En las tardes siguientes encontró a Olga y a Boris. Sin duda necesitaban venir a los salones de juego, aburridos de permanecer encerrados en su “villa” lujosa. Querían ver gente, y al mismo tiempo miraban en torno con cierta inquietud, temiendo un encuentro molesto. Ella parecía mostrar en su ágil pequeñez cierta arrogancia ofensiva; una resuelta voluntad de defender a su joven amante, de evitarle todo contacto con sus antiguos amigos.

Transcurrieron varias semanas sin que “el Boyardo” volviese a ver a la opulenta pareja. Pensó que tal vez se habían ido a París, creyendo evitar más fácilmente en una ciudad enorme el contacto con aquellos

emisarios. Una noche encontró a la bailarina en los salones privados del Casino.

—¿Sola? —preguntó con exagerada extrañeza—. ¿Y el amigo Boris Abramovich?... ¿Está enfermo?

—Se ha ido —contestó ella con una expresión que repelía toda insistencia en las preguntas—. Sus negocios le han obligado a trasladarse allá, y tardará un poco en regresar. ¡Es tan terrible un viaje a nuestra antigua patria!...

Nunca pudo saber el viejo curioso cómo había sido este viaje. Tal vez *Satanow*, en una reversión a su antiguo fervor revolucionario, siguió voluntariamente a sus dos camaradas después de escucharlos. Había pecado, y debía expiar.

Además, era posible que los suyos le perdonasen si hablaba con franqueza, pues ninguno de ellos creía en la perfectibilidad humana. Por no existir tal perfección los hombres habían esclavizado a los hombres durante miles y miles de años. Ni los de arriba ni los de abajo llegaban nunca a poseer la pureza absoluta de alma, gracias a la cual podrán los humanos vivir felices en lo futuro. Unos y otros eran víctimas del egoísmo ancestral que todavía renace, como un chisporroteo diabólico, en la vida de los más limpios...

Y si le imponían un castigo supremo, para ejemplo de los demás; si lo sentenciaban a muerte, ¿qué hacer?... *Nitchevo*. Ya había vivido bastante, viendo en su corta existencia un mundo nuevo, el mundo rojo de la aurora, acabado de nacer entre llantos y estremecimientos,

y un mundo viejo que se extinguía con los esplendores deslumbrantes y la dulzura melancólica de las puestas de sol. Este mundo lleno de injusticias y desigualdades tenía, no obstante, cosas seductoras. Él podía afirmarlo.

Luego sospechó Briansky que tal vez la Balabanova no era extraña a tal desaparición. ¡Quién podría saber nunca con qué enrevesadas combinaciones de su egoísmo, devorador de hombres, había impulsado al revolucionario a que fuese al encuentro de los que debían juzgarle, mientras el infeliz creía moverse por su propia inspiración!...

Ya no volvió a saber más de Boris *Satanow*. ¡Perdido para siempre, más allá de la frontera rusa, igual a un muro infranqueable! Sus amigos del cafetín del puerto de Niza, que se imaginaban saberlo todo, nunca tuvieron noticias de él. A pesar de esto, “el Boyardo” habló de su muerte como si la conociese con toda exactitud.

—Lo mismo que Graponi... Éste no hizo traición a nadie. Murió puro... pero ¡dejó olvidadas en esta Costa Azul tantas riquezas!

VI

Olga Balabanova ha vendido su “villa”, cobrando cuatro millones de francos, sin tener que hacer particiones con ningún acreedor hipotecario.

Briansky, que posee un sentido especial para adivinar la presencia del dinero por más que se oculte, la cree muy rica, casi más que en los tiempos del gran duque, ya que su riqueza le pertenece actualmente en toda propiedad y la disfruta sin miedo a los cambios de carácter y las irregularidades de un amante.

A pesar de su opulencia, ha transformado su modo de vivir. Vio de cerca la cara lívida de la pobreza, poco antes de que se le apareciese el revolucionario Boris *Satanow*, joven y hermoso como un arcángel de los que figuran en los iconos, llevando en su diestra un cofrecillo lleno de piedras preciosas.

Sabe ahora mejor lo que vale la riqueza, y ha modificado su vida para que aquélla no se pierda, para que se estanque en sus manos, dando su rendimiento máximo en placeres, y además la tranquilidad que proporciona una fortuna inmutable.

Vive en una “villa” que ha comprado junto a Montecarlo, hermosa, pero más pequeña que la otra, sin que exija una domesticidad de príncipe. Ha guardado el mejor de sus automóviles. Va al Casino todos los días, porque necesita el placer del juego. Cada vez siente por él mayor entusiasmo, lo que es una demostración de que se hace vieja.

Lleva el rostro más pintado que nunca. Usa trajes de jovencita, pero empleando en ellos telas de plata y de oro. Siente la nostalgia de sus mocedades, cuando se mostraba a los públicos vestida de hada o de reina.

Aún lleva los tacones más altos, cubiertos de diamantes falsos, y estos talones de *strass*, que emiten luces, se mueven con una ligereza graciosa, como si la tierra fuese elástica bajo su presión. Conserva la misma voz de niña ruborosa y desfalleciente.

Al verla pasar, “el Boyardo” queda pensativo y habla en voz baja.

—¡Ah, devoradora! Para ella no hay Imperio ni revoluciones. Todos son iguales;

todos han contribuido a la opulencia de su vida. Parece ignorar la existencia de la vejez. Se esfuerza por suprimir los últimos diez años. Yo creo que hasta sueña con enloquecer de amor a un nieto suyo ignorado, y con ganar por tercera vez una fortuna enorme... ¡Quién sabe si acaricia la ilusión de que en Rusia se restaure el Imperio, como en los buenos tiempos de su juventud! Todo es posible en este mundo... Lo malo para ella es que el futuro zar y los futuros grandes duques están a estas horas agarrados aún a los pechos de sus nodrizas... Le va a faltar el tiempo para comérselos.

Control de lectura

Control de lectura

El último pecado de **Juan Valera**

1. ¿Cuál es el sobrenombre de María Antonia?
2. ¿Cuál era la profesión de María Antonia?
3. ¿Qué tipo de relación se establece entre María Antonia y don Jacinto?
4. ¿Por qué hay una ruptura entre María Antonia y don Jacinto?
5. ¿Cuál es el destino final de María Antonia?
6. Elabora un resumen de una cuartilla de la historia de esta novela.

Fin de una novela de **Pedro Antonio de Alarcón**

1. ¿En qué estación del año ocurren los hechos?
2. ¿Cómo es el ambiente que rodea el exterior e interior del monasterio?
3. ¿Quién es Juan y qué acciones desarrolla en el relato?
4. ¿Qué se sabe de la dama del claustro?
5. ¿Cuál es la función de los paratextos (Advertencia, Post-scriptum, epígrafe y poemas) en la obra?
6. Elabora un resumen de una cuartilla de la historia de esta novela.

Tropiquillos de **Benito Pérez Galdós**

1. ¿Cuál es el nombre de Tropiquillos?
2. ¿Quién era y de dónde venía Tropiquillos?
3. ¿Qué ocurrió con la familia de Tropiquillos?
4. ¿Con quién se casa Tropiquillos?
5. ¿Qué le ocurre al final de la novela a Tropiquillos?
6. Elabora un resumen de una cuartilla de la historia de esta novela.

En las cavernas de **Emilia Pardo Bazán**

1. ¿Cuáles son los nombres de los personajes principales de la obra?
2. ¿Qué conocimientos hereda a la tribu Napal?
3. ¿Por qué surge la rivalidad entre Ronero y Napal?
4. ¿Quién se aprovecha de los conocimientos de Napal?
5. ¿Por qué desean huir Damara y Napal?
6. ¿Cómo es recordado el mago por la tribu?
7. Elabora un resumen de una cuartilla de la historia de esta novela.

Zurita de **Leopoldo Alas “Clarín”**

1. ¿Zurita es un idealista o materialista?
2. ¿Qué le enseña don Ciprino a Zurita?
3. ¿Cómo es la relación de Zurita con las mujeres?
4. ¿Qué aprende Zurita de doña Gertrudis?
5. ¿Cómo describirías el final de Zurita?

6. Elabora un resumen de una cuartilla de la historia de esta novela.

Medicina rústica de **Silverio Lanza**

1. ¿Por qué Silverio se hace pasar por médico?
2. ¿Por qué el alcalde no deja casar a su hija con Mariano?
3. ¿Cómo convence Silverio al alcalde para que deje casar a su hija?
4. ¿Cómo curan al criado del Marqués?
5. ¿Cuál es la opinión que prevalece respecto a los curas del pueblo?
6. Elabora un resumen de una cuartilla de la historia de esta novela.

La devoradora de **Vicente Blasco Ibáñez**

1. ¿Cuál era la profesión de Olga Balabanova?
2. ¿Cuál fue la relación de Cirilo Nicolás y Boris Satanov con Olga?
3. ¿Cuál es la función de Briansky en la obra?
4. ¿De dónde obtiene sus riquezas Olga Balabanova?
5. Elabora un resumen de una cuartilla de la historia de esta novela.

Referencias directas

- Alas “Clarín”, L., *Zurita*: <https://biblioteca.org.ar/libros/11965.htm>
- Blasco Ibáñez, V., *La devoradora*: <https://albalearning.com/audiolibros/blasco/ladevoradora1.html>
- De Alarcón, P. A., *Fin de una novela*: http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/historietas-nacionales--o/html/feed2boa-82b1-11dfacc7-002185ce6064_4.html#I_17_
- Lanza, S., *Medicina rústica*: http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/novela-ii--o/html/000e0004-82b2-11df-acc7-002185ce6064_10.html#I_99_
- Pardo Bazán, E., *En las cavernas*: (<https://biblioteca-vilareal.wordpress.com/los-textos--de-tesoros-digitales/pardo-bazan-emilia-en-las-cavernas/>)
- Pérez Galdós, B., *Tropiquillos*: http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-sombra-celin-tropiquillos-theros--o/html/ff41a07c-82b1-11dfacc7-002185ce6064_5.html#I_32_
- Valera, J. , *El último pecado*: <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-ultimo-pecado--o/html/ff0052ac-82b1-11df-acc7>

Referencias indirectas

- Baquero Goyanes, M. *Qué es novela. Qué es cuento*. Murcia: Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Murcia, 1988.
- Benedetti, M. “Tres géneros narrativos”. *Sobre artes y oficios*. Montevideo: Alfa, 1968, 14-29.
- Cardona-López, J. “La novela corta moderna hispanoamericana como tema de un seminario interuniversitario” *Les Ateliers du SAL*, Número 9, 2016 : 11-19
- Ezama Gil, Á. “Algunos datos para la historia del término ‘novela corta’ en la literatura española de fin de siglo.” *Revista de literatura* 55. 109 (1993): 141-48.
- Jiménez Aguirre, G., Enríquez Hernández, G.M., et al. *Una selva tan infinita. La novela corta en México (1872-2011)*. Vols. I-II. México: UNAM-Fundación para las Letras Mexicanas, 2011.
- . *Una selva tan infinita. La novela corta en México (1891-2014)*. Vol. III. México: UNAM-Fundación para las Letras Mexicanas, 2014.
- Mata, O., *La novela corta mexicana en el siglo XIX*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1999.



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. Enrique Graue Wiechers
RECTOR

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas
SECRETARIO GENERAL

Mtro. Hugo Concha Cantú
ABOGADO GENERAL

Dr. Luis Álvarez Icaza Longoria
SECRETARIO ADMINISTRATIVO

Dra. Patricia Dolores Ávila Aranda
SECRETARIA DE DESARROLLO INSTITUCIONAL

Lic. Raúl Arcenio Aguilar Tamayo
SECRETARIO DE PREVENCIÓN Y SEGURIDAD UNIVERSITARIA

Mtro. Néstor Martínez Cristo
DIRECTOR GENERAL DE COMUNICACIÓN SOCIAL



**ESCUELA NACIONAL
COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES**

Dr. Benjamín Barajas Sánchez
DIRECTOR GENERAL

Lic. Mayra Monsalvo Carmona
SECRETARIA GENERAL

Lic. María Elena Juárez Sánchez
SECRETARIA ACADÉMICA

Lic. Rocío Carrillo Camargo
SECRETARIA ADMINISTRATIVA

Biól. David Castillo Muñoz
SECRETARIO DE SERVICIOS DE APOYO AL APRENDIZAJE

Mtra. Dulce María Santillán Reyes
SECRETARIA DE PLANEACIÓN

Mtro. José Alfredo Núñez Toledo
SECRETARIO ESTUDIANTIL

Lic. Gema Góngora Jaramillo
SECRETARIA DE PROGRAMAS INSTITUCIONALES

Lic. Héctor Baca Espinoza
SECRETARIO DE COMUNICACIÓN INSTITUCIONAL

Ing. Armando Rodríguez Arguijo
SECRETARIO DE INFORMÁTICA

DEPARTAMENTO EDITORIAL

Dirección editorial: Héctor Baca Espinoza

Revisión editorial: Marcos Daniel Aguilar Ojeda

Coordinación editorial y corrección: Mario Medrano González

Diseño de portada: Ivan Cruz Melchor

Diagramación: Cristina Mera Manzo



Novela corta española
(entre los siglos XIX y XX)



Se terminó de imprimir en
abril de 2023, sobre papel bond
ahuesado de 90 grs. para los
interiores y cartulina sulfatada de
12 pts. para los forros.



En su composición se utilizó
la familia tipográfica Espinosa
Nova. El diseño y formación
estuvo a cargo de Ivan Cruz y
Cristina Mera.

